Linati

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 4 1992
THEOLOGICAL SEMINARY

FOLIO GT625 .L5618 1956
Linati, Claudio, 1790-1832.
Trajes civiles, militares y
religiosos de México (1828)
/

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/trajescivilesmil00lina

TRAJES
CIVILES, MILITARES Y RELIGIOSOS
DE
MEXICO
(1828)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Nabor Carrillo

Secretario General:

Dr. Efrén C. del Pozo

CLAUDIO LINATI

TRAJES CIVILES, MILITARES Y RELIGIOSOS DE MEXICO

(1828)

INTRODUCCION
ESTUDIO Y TRADUCCION DE
JUSTINO FERNANDEZ

PROLOGO
DE
MANUEL TOUSSAINT

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 4 1992
THEOLOGICAL SEMINARY

XX ANIVERSARIO DEL
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTETICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
IMPRENTA UNIVERSITARIA. MEXICO, 1956

Derechos reservados
conforme a la Ley.
Copyright.

Printed and made in Mexico.
Impreso y hecho en México
por la
Imprenta Universitaria.
Bolivia 17. México, D. F.

PROLOGO DE
MANUEL TOUSSAINT

Entre las publicaciones con que el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México conmemora su vigésimo año de existencia, este libro será de los mejor acogidos.

Para el bibliófilo mexicano de buena cepa, la sola mención del Linati *es algo que, como dicen, "le hace agua la boca". Siempre fué raro y cuando aparecía algún ejemplar, volaba al instante; más esas apariciones se han hecho cada vez más escasas y hoy es verdaderamente extraordinario que aparezca un ejemplar. La causa de su rareza es que, habiendo sido publicado por entregas, no todos los suscritores las encuadernaron formando libro, por más que, muchas de las obras importantes del siglo* XIX, *así fueron dadas a luz.*

Es extraño que el Linati *no haya sido puesto en castellano y publicado en México acompañado de todas sus láminas en aquella época que hubiera sido más propicia para la reproducción, pues el auge alcanzado por la litografía mexicana sólo era superado por el europeo, y se reprodujeron obras que tenían menor interés nacional como el* Robert Macaire *de Daumier y la admirable edición francesa de* Pablo y Virginia.

La causa de no haber traducido el Linati estriba quizás en que no satisfizo sino más bien ofendió a la sociedad mexicana de su tiempo. Por una parte disgustaba a la inmensa mayoría de católicos (escoceses) con su sátira constante a la Iglesia, y por otra a los liberales (yorkinos), con su reproducción de trajes religiosos y con su insistencia en los tipos bajos y vulgares que desprestigiaban al país describiéndolo atrasado, con los vicios de la Colonia y falta de progreso de un país incipiente.

Si no existiese el antecedente español cuyo título fué copiado, podría creerse que el libro llamado Los Mexicanos pintados por sí mismos, *publicado en 1854, era, si no una réplica, ya que habían transcurrido veintiséis años, sí una versión mexicana de lo que era México y sus tipos y trajes. Lo dice en su página de prospecto: "En Europa se tiene una idea tan pobre de nuestro país que nos miran como unos degradados, cobardes e ignorantes, incapaces de formar un cuerpo de nación. Con una obra como la muestra vendrán abajo estas pueriles preocupaciones."*

Es curioso e interesante comparar los índices de las dos obras. Sólo aparecen cuatro figuras iguales en los dos: el Aguador, *el* Evangelista, *el* Sereno *y el* Cochero. *Otros pueden asimilarse:* Hacendado *con* Ranchero; Joven dama *con* Coqueta; Joven obrera *con* Recamarera. *Pero nada más. Los mexicanos aparecen todos, ellos y ellas, muy planchaditos, muy catrines; abundan los sombreros de copa —haut de forme—, y sólo un tipo, el* Tocinero, *puede ser equiparado con el inmundo* Lépero *de Linati.*

Sean o no exactas estas acciones y reacciones entre los dos libros, la importancia del Linati *no se limita a su mérito artístico. Como lo demuestra perfectamente Justino Fernández en su estudio, el parmesano, además de ser todo un artista, estaba dotado de un fino espíritu de observación, de sutil humorismo, de ideales de libertad y de igualitarismo social, que permiten que nos ofrezca una visión personalísima de México a principios del siglo* XIX, *a los siete años de su independencia, para ser más precisos. La descripción de Linati puede ser apasionada a veces, aduladora otras, pero, de todas maneras, es el testimonio de un observador de los hechos que describe.*

Se comprende pues que en nuestros tiempos en que existe un desmedido afán por conocer "qué es el mexicano", sea este un documento de primera mano. En el siglo XIX *no se preocupaban los hombres nacidos en este país por saber "qué era el mexicano", sino por "ser mexicanos" a carta cabal, con sus pequeñeces y sus grandezas. Hoy, acaso, es más difícil ser mexicano, que sentarse detrás de un escritorio a averiguar qué es un mexicano. Se me dirá que me contradigo, pues ahí están los* Mexicanos pintados por sí mismos; *mas tal contradicción no existe, ya que solamente se trata de cuadros descritos con literatura más o menos buena o mala, pero nunca de formalizar un concepto de lo que pudiera ser la* mexicanidad, *término horrendo que los investigadores actuales no han usado, pero idea exacta de lo que buscan. Las observaciones de Linati acaso sirvan para modificar, en segundas ediciones, los conceptos vertidos en la numerosa literatura aparecida para dilucidar el tema.*

Una observación final se impone cuando hablamos de la obra de Linati: siete de sus láminas reproducen tipos indígenas. Es decir que este elemento primordial de México subsistía entonces, en 1828, más vigorosamente destacado que en tiempos ulteriores. Así, cuando Linati quiere caracterizar su libro poniendo al frente de él una figura que diga por sí mismo el país a que la obra se refiere, no reproduce a la "china poblana", como se haría hoy —porque acaso entonces aún no existía como símbolo popular ese tipo—, sino la efigie convencional pero representativa de Moctezuma Xocoyotzin. Con ella nadie podía dudar en Europa de que se trataba de un libro acerca de México.

MANUEL TOUSSAINT

ADVERTENCIA

La reproducción facsimilar del libro de Claudio Linati *Costumes Civils, militaires et réligieux du Mexique* (Bruselas, 1828), no ha sido fácil empresa. Los ejemplares varían entre sí en tono de color, en tamaños de hojas y aun en alguno está incluída una variante de cierto tema, como el de la "Guardia Cívica de Alvarado". Con todo, se ha procurado conseguir la mejor impresión gracias a los esfuerzos y conocimientos del personal que hizo los grabados, de la casa: *Tostado, grabador, S. A.* y del impresor, señor *Eduardo Casas*. La responsabilidad del trabajo en conjunto estuvo a cargo de la *Editorial de Arte, S. A.*, cuyo director, señor Eugenio Fischgrund puso todo su empeño en lograr el buen éxito de la empresa. A todos ellos doy aquí las gracias.

El ejemplar del libro de Linati que se utilizó para reproducirlo pertenece a mi biblioteca, mas, como le faltara la lámina con la imagen de Hidalgo, me fue facilitado gentilmente otro ejemplar, cuyas láminas tienen un colorido más intenso, por el señor José Antonio Pérez Porrúa, ejemplar perteneciente a la Biblioteca de la Librería Porrúa Hnos. y Cía., por lo que expreso mi agradecimiento.

No hubiera sido posible lograr la publicación de este volumen sin el entusiasmo con que fue acogido el proyecto por parte de las autoridades universitarias, es decir tanto por el rector, doctor Nabor Carrillo, como, muy especialmente, por el secretario general, doctor Efrén C. del Pozo. También el director general de Publicaciones, señor Henrique González Casanova contribuyó de diversos modos a que se llevara a cabo la edición. Así, agradezco a las autoridades universitarias su colaboración en esta empresa.

La parte del trabajo que correspondió a la Imprenta Universitaria fué realizada con todo cuidado y por la atención especial que se le dió, expreso mi agradecimiento al director, señor Francisco González Guerrero, y al regente señor Manuel T. Moreno.

Por último, doy las gracias a Madita Block por haber revisado la traducción.

Esperamos que el público aprecie el esfuerzo de presentar con dignidad y poner en circulación una obra tan valiosa como la de Claudio Linati para el conocimiento de nuestro pasado y que se publica, además, por su gran calidad artística. Por otra parte, a más de un siglo de distancia este volumen viene a constituir un homenaje al artista italiano que introdujo la litografía en México.

JUSTINO FERNÁNDEZ

INTRODUCCION

Una de las obras de mayor atractivo e interés entre las publicadas por extranjeros sobre México en la primera mitad del siglo XIX *es, sin duda, el libro de Claudio Linati, escrito en francés, que lleva por título:* Trajes civiles, militares y religiosos de México. *Impreso en Bruselas en 1828, contiene cuarenta y ocho litografías a color, dibujadas del natural —según declara su autor, aunque no lo fueron todas—, más una en negro que sirve de frontispicio, con la imagen de Moctezuma II. Cada una de las láminas, que representan tipos, personajes, costumbres y trajes mexicanos, va acompañada de su correspondiente texto y, en conjunto, componen un documento histórico de positivo valor, que contiene una visión del México de entonces, del artista y escritor italiano.*

El volumen fue editado en 4º (28.5 x 22 centímetros) y encuadernado en piel. En la primera página aparece la imagen de Moctezuma II y en la segunda la portada, en litografía diseñada especialmente con variedad de letras románticas: Costumes / Civils, Militaires et Réligieux / du / Mexique. / Dessinés d'après nature / par / C. Linati. / Imprimés à la Litographie Royale de Jobard. / Bruselles. / Publiés par Ch. Sattanino. *No tiene fecha, mas hay datos de que el libro salió a la luz en 1828.*

En cuanto a Ch. Sattanino que figura como editor, debe tratarse del mismo que Linati menciona en un documento, cuando el 27 de julio de 1826 solicita del gobierno "... una indemnización para regresar a Europa con su compañero y dependiente Sattanino ...".[1]

El interior del volumen, sin paginar, está compuesto ingeniosamente de manera que el texto quede siempre frente a la lámina que le corresponde, para tenerla presente al hacer la lectura y dejando las vueltas de las litografías en blanco. La impresión es excelente y todo el volumen precioso.

1 *Documentos para la historia de la litografía en México.* México, 1955. Recopilados por Edmundo O'Gorman. Con un estudio por Justino Fernández. Instituto de Investigaciones Estéticas. Estudios y Fuentes del Arte en México, I. Universidad Nacional Autónoma de México. Imprenta Universitaria (Doc. 16, pp. 83 y 84).

Esta edición príncipe con sus láminas a color es la más conocida, pero existe otra con litografías sólo en negro, publicada en Londres en 1830.[2] *Esta otra, del mismo tamaño que la anterior, consta únicamente de treinta y tres láminas y tiene texto también en francés como la primera. El título es diferente:* Costumes et Moeurs du Mexique. Par Linati: Une Collection de trentetrois planches. Londres. Engelmann, Graf, Coindet & Cie. M. DCCC. XXX.

Hace unos años que se publicó en España un libro de Vicente Castañeda, titulado: Méjico en los primeros años de su Independencia. *Representaciones gráficas. Madrid, 1947. El autor hace un estudio del libro de Linati que ahora nos ocupa, dividido en capítulos que comprenden: Personajes, Ejército y milicias, Oficios varios, Cosas sociales y Costumbres. Y reproduce en negro treinta y una de las láminas, agrupándolas por temas según el orden que les dió a los capítulos de su estudio. No incluyó los textos correspondientes, si bien, claro está, los utiliza en parte.*

Las anteriores publicaciones son aquellas de que tengo conocimiento. La edición que ahora presentamos es la segunda completa y la primera traducción al español.

Además, he visto en México, en colección particular, un grupo de acuarelas de Linati con temas mexicanos semejantes a los del libro, que su actual propietario compró en Londres hace unos años, y que parecen apuntes del natural para hacer más tarde obras acabadas.

Hoy día es difícil encontrar el libro de Linati, como no sea en alguna biblioteca para eruditos o en la de algún bibliófilo; constituye una de esas rarezas fuera de la circulación. Por otra parte, si bien es muy conocido por sus preciosas láminas, no parece que a los textos se les haya prestado la atención debida. Este libro de Linati merece ser estimado cabalmente porque si sus litografías, además de gustar, son documentos para la historia de nuestra indumentaria y costumbres, sus textos, que contienen observaciones y opiniones de interés mayor aún que aquellos temas, son un documento para la

2 Véase: *A Dictionary of Books relating to America.* Joseph Sabin. New York. 1878. Vol. 10, p. 350. H. 41143. (Debo la noticia al señor Bruno Pagliai, a quien doy aquí las gracias.)

historia social y política de nuestro país. Así, por su calidad artística e interés histórico en un amplio sentido, el libro de Linati debe entrar nuevamente en circulación. Tal ha sido mi propósito acogido por el director del Instituto de Investigaciones Estéticas, doctor Manuel Toussaint, el primero en interesarse en nuestro tiempo por un tema como el que nos ocupa, al publicar La litografía en México *(1934),*[3] *ya que, como es bien sabido, Linati fue el introductor del arte litográfico en nuestro país.*

Al preparar la presente edición preferí traducir el texto en beneficio de aquellos que no tengan fácil acceso a la lengua francesa; se trata de una versión bastante apegada al original, en la que he corregido algunos nombres y palabras mexicanos que aparecen trastrocados por el autor. Además, me pareció necesario hacer una crítica de las litografías para estimar su verdadero valor artístico, y entresacar de los textos los temas que aparecen diseminados entre ellos y ordenarlos sistemáticamente, con objeto de poner de relieve el pensamiento de Linati y ofrecer su *visión de México, la que le fue posible observar, dados sus intereses y su pasión, puesto que sus capacidades en otros aspectos son indudables. Más que la anécdota me ha interesado comprender el espíritu, la mente, las intenciones y los sentimientos de Linati. Espero contribuir a que el lector estime en su totalidad la obra del artista y del escritor italiano.*

Y surgen ahora dos cuestiones que procuraré atender en cierta medida: ¿quién fue Claudio Linati?, ¿cuál fue el origen y el sentido de la obra que publicó en Bruselas?

La biografía de Linati tiene sin duda interés, siendo como fue una vida tan azarosa, mas ni este es el sitio para desarrollarla, ni soy el indicado para presentarla; así, sólo me ocuparé de lo principal y de lo que esté más directamente en relación con la obra que nos ocupa.

3 Toussaint, Manuel. *La litografía en México*. México, 1934. Ediciones de la Biblioteca Nacional.

Claudio Linati de Prevost, según firma algunos documentos para el establecimiento de la litografía en México, [4] *fue hijo del Conde Filippo Linati (1757-1837), de Parma, distinguido en la política de su tiempo. Claudio nació en la Carbonera de Parma en 1790 y tuvo una esmerada educación.* [5] *Desde muy joven mostró aficiones a las bellas artes y una nada común capacidad de dibujante, que era orgullo del padre. A los diecisiete años pertenecía a la Sociedad Parmesana de Grabadores. Allí practicó el arte del grabado y se tiene noticia de unas trece obras suyas: unos desnudos, la tarjeta de visita de su padre —muy romántica, con un amorcillo— y algunas obras de mayor ambición. Mas el temperamento del muchacho no encontraba en el grabado su vía de expresión, le llamó "estéril" y lo abandonó por el nuevo arte de la litografía. En 1809 va a París para instruirse en las bellas artes y tienen la fortuna de frecuentar el taller de David, por quien tuvo una devoción a través de la vida, como lo prueba el artículo necrológico que publicó en el 7º número de "El Iris" (1826), periódico fundado por Linati, Galli y Heredia, en México, en que se dice: "Discípulo de este famoso pintor —y agrega— creo pagar una deuda a la gratitud, con dedicar un artículo a su memoria." Linati exalta la vuelta del arte francés a la verdad, a la dignidad y a la moralidad, debido en gran parte al genio de David.*

Después sus rumbos cambiaron. Entró en 1810 a la milicia, aunque no le gustaba, dado su carácter independiente. Soldado en el ejército napoleónico. cae prisionero en Hungría, pero hecha la paz en 1814, va a España, donde la madre tenía bienes, y se casa al año siguiente con doña Isabel de Bacardí, distinguida y rica. Su hijo Filippo nace en 1816 y dos años más tarde la familia se establece en Parma.

4 *Doc. para la historia de la litografía.* (Véase nota 1.)

5 Utilizo para los datos que he organizado en forma de sucinta y especial biografía los excelentes artículos de varios autores y la correspondencia, que fueron reunidos en el volumen dedicado a su memoria y que me fue dado a conocer por el doctor M. Toussaint, a quien doy aquí las gracias. *Claudio Linati* (1790-1832). Parma, 1935. *Memorie Parmensi per la Storia del Risorgimento.* Volume Quarto.

Por ese tiempo se acentúa en Claudio su espíritu contrario a toda clase de tiranías y su gran amor a la libertad. Forma parte de la Sociedad Secreta del Sublime Maestro Perfecto y se dedica a la propaganda política, mas descubiertos y perseguidos sus miembros, Linati pasa a España en 1821 donde toma parte, en Cataluña, en la lucha a favor del Gobierno Liberal; huye a Francia, mientras dictan su condena, en 1824, a diez años de cárcel, cambiada después por la pena de muerte; y sus bienes fueron confiscados al comprobarse que pertenecía a la Sociedad Secreta.

De Francia pasó a Bélgica. En Bruselas conoció al señor Gorostiza, agente confidencial de México. Para una mente como la de Linati, México, que hacía poco había consumado su Independencia, se le debió presentar no sólo como su salvación sino como un país dónde realizar sus ideales de libertad y de justicia. Tras de los correspondientes arreglos, Linati y otro italiano, Franchini, obtuvieron del Gobierno de México facilidades para venir a establecer un taller litográfico, trayendo el material necesario. Linati desembarcó en Veracruz el 22 de septiembre de 1825.

Ya en una carta dirigida a su amigo Antonio Panizzi, que se encontraba en Inglaterra, el 20 de diciembre de 1825, le anuncia una recopilación de trajes mexicanos que se publicaría en Europa. La idea del libro que vió la luz en Bruselas tres años más tarde, era, pues, un proyecto bien madurado por Linati, quien sabía, sin duda, la necesidad de informar a Europa de toda suerte de aspectos americanos.

Las vicisitudes de la introducción de la litografía en México no tienen aquí lugar y se han tratado en otro sitio,[6] *si bien es el momento de reconocer a Linati el mérito de haber introducido y enseñado un arte no practicado antes en nuestro país, y haber dejado discípulos.*

Mayor interés tiene saber, por ahora y sin entrar en detalles, que ya en enero de 1826 Linati estaba "masticando la publicación de un periódico". Su gran amigo Fiorenzo Galli se encontraba en

6 *Doc. para la historia de la litografía.* (Véase nota 1.)

México, con él y con José María de Heredia, el poeta cubano,[7] *fundó el periódico "El Iris", que llegó a 40 números de febrero a agosto de 1826. Allí publicó Linati una serie de artículos y algunas litografías;*[8] *la que representa a un grupo de jugadores (Nº 34 del libro de Trajes) es posible que haya aparecido en "El Iris" por primera vez, si bien no he encontrado la ilustración. Habló de muchos temas, pero en especial de reformas y de política; habló de la instrucción pública y del sistema militar; pero, cuando habló de posibles invasiones extranjeras, de guerra y de dictaduras tuvo que callar. Con anterioridad se le había concedido la ciudadanía mexicana por sus méritos como iniciador de la litografía en el país. El 27 de septiembre de 1826, al año de haber llegado a México, se le extendió pasaporte para que permaneciera por dos años en los Estados Unidos y en Inglaterra. Linati era un predestinado al exilio.*

El artista se estableció en Bruselas en donde trabajó activamente de 1827 a 1829. Su estudio sobre México, que así debe considerarse la serie de artículos y litografías que formaron el libro de los Trajes, apareció originalmente en fascículos por entregas, doce en total. "La Gazette des Pays Bas" del 13 de marzo de 1828 (Nº 73), al anunciar la publicación del 2º fascículo, lo recomendaba a los artistas y a los estudiosos. Más tarde, al aparecer el 7º fascículo, con cuatro láminas, "La Gazette" lo anunciaba diciendo: "Linati nos hace un gran servicio familiarizándonos con los mexicanos." Aun, al salir el 8º fascículo: ". . . el lápiz de Linati tiene una facilidad y una elegancia que atestiguan esa finura de espíritu y esa mirada penetrante que aprehenden lo natural del paisaje." Y concluía: "La viveza del colorido, la precisión del diseño, las explicaciones que acompañan cada lámina . . . revelan un profundo conocimiento del ambiente, de las costumbres, de los trajes, de los

7 Véase: Manuel Toussaint. *Bibliografía mexicana de Heredia.* México. 1953. Secretaría de Relaciones Exteriores.

8 La primera litografía hecha en México por Linati, que es un figurín de modas, fue reproducida a color en el *Catálogo de Libros Mexicanos* . . . Bibliografía Americana Nº 5. México, 1949. Librería de Porrúa Hnos. y Cía. Rep. Argentina y Justo Sierra (frente a la p. 816. Nº 8941 del catálogo).—Las litografías de "El Iris", se reproducen en *Doc. para la historia de la litografía.* (Véase nota 1.)

hábitos, de las supersticiones de aquel país, hasta ahora casi ignorado . . . son . . . un documento permanente."

Ya puede estimarse el buen éxito que obtuvo Linati al realizar su intención principal en el caso: informar sobre México, darlo a conocer en la mejor de las formas, por medio del arte, y al mismo tiempo hacer una crítica sana, por sincera, apasionada y en algunos aspectos unilateral. No es de extrañar que dos años después se hiciera la segunda edición londinense, aunque incompleta, no sé por qué razón, aunque puede haber sido porque algunas planchas se echaron a perder con las primeras impresiones.

Mas no fue aquello todo. Linati publicó otra serie importante de artículos en el periódico "L'Industriel", de Bruselas, de mayo a septiembre de 1828, de los cuales tres se refieren a México: Colonia de Coatzacoalcos, Las minas de México *y* Ruinas de Mitla. *El artículo* Estado de la Instrucción en América, *es de carácter general y salió cuando al "L'Industriel" reformado se le agregó el subtítulo de "Revue des Revues" (tomo 1º, 1829, pp. 110-112). Decía Linati que los males venían del clero . . . "En un estado donde la enseñanza está en las manos del clero católico . . . El anatema sobre los periódicos es casi general en América . . . una masa que no comprende los principios por los cuales se la rige . . . la imposibilidad de garantías, de calma, de prosperidad para esas colonias. Es, en fin, por razones contrarias que la federación de los Estados Unidos ha encontrado al cabo de varios años esa base respetable que le ha permitido elevarse rápidamente al rango de las naciones más poderosas, mientras que el Sur se precipita de anarquía en anarquía y escandaliza a Europa con el espectáculo aflictivo de disenciones civiles que se agitan en nombre de la libertad ultrajada."*

No es este el sitio para considerar tanto los artículos de "L' Industriel" como otros aspectos del pensamiento de Linati, mas bien vale la pena conocerlos, porque encierran ideas no sólo de interés para su tiempo sino para el actual.

En otro libro publicado por Jobard en Bruselas con litografías de varios autores: Costumes belgiques anciens et modernes, militaires, civils et religieux, *con 124 láminas a color, dos de ellas son de*

Linati (Nos. 52 y 54). Como esta obra apareció en 1830, dos años después de la que Linati escribió sobre México, es posible que haya sido promovida por el artista, o que la suya haya servido de inspiración para la otra.

Tras de toda aquella actividad de litógrafo y escritor, aspecto este último quizá de mayor importancia en su obra, desde el punto de vista social y político, Linati pensó volver a México para ganarse la vida y vivir con su familia. Así, el señor Gorostiza le extendió en Bruselas nuevo pasaporte el 20 de agosto de 1829.

Al año siguiente se reunió con su familia en Lugano; por última vez la vería, después de casi diez años de exilio. En España se había cambiado la sentencia de 1824 de pena de muerte por diez años de cárcel, lo cual fue un consuelo para su mujer.

Mas la Revolución de París de 1830 le revivió la esperanza de libertar a su país, su ideal era la unificación de Italia, y en aquella ciudad se reunió con otros patriotas para preparar una expedición armada y sublevar el Piamonte, el año de 1831. Ello había de constituir su última desilusión al fracasar el proyecto. Entonces se dirigió a Burdeos, donde se dice que publicó unos artículos sobre Francia y Europa, *que no se conocen.*

Tomada, o acelerada, la decisión de volver a México, por los últimos acontecimientos, embarcó rumbo a Tampico. Mas, al pisar tierra fue presa de la fiebre que lo consumió en tres días y murió en aquel puerto el 11 de diciembre de 1832, a los cuarenta y dos años de edad. Al día siguiente la "Gaceta de Tampico" daba la noticia haciendo un elogio del artista.

La vida de Linati, que aquí sólo ha podido ser reseñada a grandes rasgos, gracias a los que han investigado sobre ella,[9] *es la vida de un patriota, revolucionario, liberal y amante del progreso, que la consagró a sus ideales habiendo sufrido el exilio y toda suerte de penas por ello. Su ser de artista quedaba supeditado a su ser*

9 Battistini, Micheli, Marchi, Garrone, Barilli, en el libro dedicado a su memoria citado en la nota 5. Núñez Ortega y Toussaint en México, incluídos en el volumen citado. Puede consultarse también la parte dedicada a Linati en mi libro *Arte moderno y contemporáneo de México*. México, 1952, pp. 36 y 37 y corregir algún error que hay allí.

político; ambos aspectos del hombre se sintetizaron en el libro que dedicó a México.

Tiene interés, para terminar esta introducción, incluir los dramáticos párrafos (que traduzco del francés) de una carta, sin fecha, dirigida a su mujer, en que parece que Linati quiere justificarse al final de su vida y que, en parte, es un mea culpa *en que campea esa sabiduría que sólo se obtiene con la experiencia dolorosa de vivir; dice así:*

Conducido por mi imaginación, que una falsa educación había exaltado, me sentí siempre lanzado a través de todos los vicios y de todos los peligros y no fue sino después de haberme visto envuelto en ellos cuando un fondo de honestidad que tengo en mi corazón me ha aconsejado retirarme, mas por supuesto, demasiado tarde. Toda mi vida ha sido semejante alternativa . . . Descontento de los hombres he sido llevado naturalmente a juzgarlos sin justicia. Con frecuencia he mal interpretado sus acciones, sus intenciones, sus expresiones. Efecto de la hipocondría más que de mis sentimientos verdaderos . . . Pero el exilio y la soledad son las penas más crueles que el hombre ha podido inventar. Qué largas son las noches de invierno cuando se está insomne y los recuerdos y las desgracias pueblan nuestros sueños y atormentan nuestros pensamientos. Sonreímos a todo lo que nos sonríe; creemos por un momento en todo lo que parece que nos interesa, un momento después estamos desengañados . . . Paciencia: se lleva el peso de la desgracia hasta donde se puede. Después no hay sino la Nada.

LA VISION DE MEXICO
DE CLAUDIO LINATI

CLAUDIO LINATI. Autorretrato al óleo.

Colección del almirante Giotto Maraghini. Roma.

Era Linati un individuo y un artista de aguda observación, un espíritu liberal de sentido realista; era un gran romántico, por lo tanto apasionado; era, además, un hombre de mundo con excelente cultura y, en general, con penetrante sentido histórico-crítico, si bien a menudo tendencioso en la dirección de sus ideas, como es natural. Su actitud política era firme, mas, en todo aparece el artista y el esteta; sabía descubrir por igual una injusticia que un heroísmo y distinguir lo grotesco y la belleza particular.

Hombre moderno por los cuatro costados, Linati era inteligente y audaz; su vida, llena de intereses vitales, y su espíritu crítico y creador le dan actualidad a su figura. Constituye ese tipo de artista moderno, inaugurado por Goya, que expresa su mundo críticamente, pero siempre dentro de los límites del arte y de la estética. Y no me refiero exclusivamente al dibujante y litógrafo, sino también al escritor.

El estilo del dibujante es clasicista, el del escritor es libre, con juegos de ideas que en ocasiones retuercen la frase y con observaciones a veces llenas de malicia, pero dichas siempre con elegancia. De todo eso podrá juzgarse más adelante.

Encubre mucho el título que dió Linati a su libro: *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, pues si los trajes quedan reproducidos gracias a sus dibujos, en los textos que los acompañan incluye observaciones y opiniones de los más variados intereses, de manera que puede pensarse que el tema aparentemente principal no es sino un pretexto para hablar de otros muchos. En los textos la parte relativa a los trajes es mucho menor que aquella en que Linati manifiesta sus observaciones sobre las costumbres, la situación histórica, el clero, la política, los habitantes, los caballos y otros varios intereses, que incluyen buena dosis de sabiduría.

Así, una joven obrera le sirve de pretexto para hablar del bello sexo en general y de las mexicanas en particular; un lépero le parece un feliz mortal, si no cae en los vicios o en las garras del despotismo, o de la superstición; un seminarista le permite censurar a los países que admiten la supremacía del altar sobre el trono;

un hacendado le recuerda la explotación, el lujo de mal tono, pero le admira porque participó en la Independencia; unas tortilleras le dan un tema no sólo de costumbres sino climatológico y de agricultura; un dragón de caballería le hace pensar que la libertad civil no debe destruir la subordinación militar; un aguador le resulta sorprendente; un soldado de línea, si bien es una promesa, por lo pronto es un ignorante de los nuevos destinos del país; un escribiente vale tanto o más que un confesor; un dulcero le trae a la mente la belleza clásica; una muchacha de Tehuantepec le hace manifestar la diferencia de su belleza con la ideal de tipo europeo; un negro de la costa le parece un arlequín carnavalesco, pero los negros son superiores a los indígenas, mestizos y criollos, por su fuerza.

Los héroes de la libertad entusiasman a Linati: el presidente Victoria es tan admirable como Washington, Hidalgo se lanzó a la lucha para sacudir el yugo; fray Gerónimo y Morelos testimonian el importante papel que jugó el clero en la Independencia; Filisola representa a los extranjeros que se ganaron un lugar distinguido en la historia de América, según Linati (1828).

Y el buen observador de las costumbres continúa, siempre aprovechando el momento para opinar sobre ellas, con sentido crítico, liberal, moderno. A propósito de un monje de la Merced dice Linati que ya no se ocupan sino de gozar de las rentas; de una pareja a caballo piensa que no sólo van así por economía, sino por galantería; un carnicero le parece un monstruo y opina que la carne no era en México tan buena como en Europa; un pastor le hace patente la falta de caminos y la necesidad de los caballos; un criollo a caballo es pretexto para reflexionar sobre el amor sagrado de la patria y sobre el heroísmo; un terrible indio apache le hace pensar en los usurpadores de su patria; un miliciano de Coatzacoalcos le permite hablar del puerto, del clima y de los extranjeros que trabajaban en América; la caballería ligera, equipada con cascos griegos le parece una vanidad; el sereno forma parte de una buena institución digna de ser adoptada en otros sitios; a propósito de una sirvienta dice que la raza indígena era de costumbres más

simples que los españoles, y piensa que todavía conserva el recuerdo de sus antiguos dioses cuya vista o exposición pública aún era peligrosa!

Todavía se alarga esta extensa lista de observaciones, que aun en forma sintética resulta sorprendente. Linati se ocupa de un oficial de dragones para explicar cómo después de Napoleón muchos militares se esparcieron por el mundo; un regidor le hace considerar la Constitución Mexicana, y el régimen municipal como precoz para un país que se presta a muchos abusos; una muchacha de Palenque le lleva al tema del origen del hombre americano y al de la dificultad de penetrar las selvas vírgenes; un negro liberado que abusa de su mujer le hace reflexionar sobre si su inferioridad es específica o resultado de circunstancias históricas; un fraile camilo le recuerda la ignorancia, la superstición y la inquisición; sobre un mendigo reflexiona que la mendicidad parece útil, pues, dice irónicamente, que permite no hacer nada en este mundo y ayuda a los ricos a subir al cielo; la guardia cívica de Veracruz, aunque de aspecto lamentable es heroica y digna; los jugadores expresan el furor de los mexicanos por el juego; un vendedor de odres parece un ente fantástico; las cofradías eran el único medio de hacer ahorrar a los pobres para pagarse su entierro; un soldado de línea es pretexto para una consideración práctica: que México puede tener buena infantería y caballería; el pulque no es tan bueno como el vino, ciertamente no para un europeo; los vendedores ambulantes y una mujer de Ciudad Rodrigo le dan ocasión de hablar de usos y trabajos propios y de las frutas del país; la litera manifiesta la dificultad del viaje de Veracruz a la capital, y un coche de colleras la falta de caminos a pesar de las grandes obras, aunque imperfectas, de los españoles; un cochero le permite hablar de los gustos modernos, que los mexicanos no aceptaban por parecerles faltos de dignidad; en cambio, todas las clases sociales se caracterizaban por la pasión del juego y en especial por las peleas de gallos; por último, otro aspecto: el juego del volador, ejercicio saludable y económico que podría adoptarse en los parques de recreo.

Ya se imaginará el lector que el solo hecho de enunciar tal variedad de temas revela toda una visión de México, oculta tras

el inocente propósito de presentar una colección de trajes. Mas si por una parte encontramos esa conciencia, no es posible dejar de considerar que es la de cierto artista italiano, interesado también en política, por lo que propiamente podemos titular esta investigación: *La visión de México de Claudio Linati*, basada estrictamente en el análisis de su libro. Además, no hay que olvidar que el país acababa de pasar por la guerra de Independencia y que se encontraba al inicio de su propia organización; sin embargo, eso mismo es lo que le da mayor interés a la visión de Linati, puesto que corresponde a un momento histórico renovador, al que él mismo pertenece por su ideología, de manera que no puede ocultar su entusiasmo por el pasado inmediato y por el porvenir y su antipatía por formas tradicionales que juzga ya inútiles e imposibles. Así, se trata de una visión apasionada, visión de artista, pero de un artista interesado en la vida mexicana . . . y en cuestiones sociales y políticas.

De una agrupación por los tipos y temas que interesaron especialmente a Linati * se desprende que se ocupó en mayor número en tipos y trajes de la clase trabajadora; así, considera desde los mendigos (32) y los "léperos" o vagabundos (2), hasta la joven obrera (1), el sereno (25) y el escribiente (9), pasando por las tortilleras (5), la sirvienta (26) y el aguador (7), el dulcero (10), el carnicero (19), el cochero (44) y los vendedores de pollos (39), de odres (35), etc., e incluye también a los pastores (20). Catorce de las láminas y textos están dedicados, pues, a diferentes tipos de las clases trabajadoras, desde los más bajos hasta los intermedios, digamos.

Sólo tres láminas se refieren a las clases altas; allí se encuentran el criollo (21), el hacendado (4) y la dama joven (15).

Héroes de la Independencia figuran dos: Hidalgo (16) y Morelos (46), si bien en esta línea podría incluirse al presidente Victoria (13).

* Los números se refieren al orden de los textos y láminas, que es el mismo que llevan las traducciones.

El general Filisola (45), calabrés de origen, es el caso de un italiano al servicio de México independiente; si Linati hubiera vivido más tiempo y se hubiera interesado en su historia tal vez su opinión sobre él hubiese cambiado, pero hay que tomar nota que habla del Filisola de mil ochocientos veintitantos. Un regidor (28) representa la autoridad citadina.

Del clero secular, sólo aparece un seminarista (3) y de las órdenes religiosas: un monje de la Merced (17), un fraile camilo (31) y fray Gerónimo (42).

La milicia está representada más ampliamente: milicianos de Coatzacoalcos (23), Guardia Cívica de Veracruz (33), dos soldados de línea (8 y 37), la caballería ligera (24), un dragón (6) y un oficial de dragones (27).

De los tipos indígenas le interesaron cuatro: una muchacha de Tehuantepec (11), otra de Palenque (29), una mujer de Ciudad Rodrigo (40) y un indio apache (22).

Un negro de Veracruz (12) y un negro acostado (30) presentan otro aspecto étnico y social.

El resto de las láminas y textos, nueve en total, se refieren a las costumbres, buenas, malas y curiosas de los mexicanos: entierro de un pobre (36), indio que saca el pulque (38), muchacha a caballo con su caballero (18), pleito de dos indias (14), jugadores (34), pelea de gallos (47), juego del volador (48), y las maneras de viajar, en litera (41), o en coche de colleras (43).

Esta pequeña estadística sirve para darnos una idea de la atención que prestó Linati a los diferentes aspectos de la vida mexicana y diríamos que, aunque mezclados, sus temas revelan sus intereses, así: mucha atención a la clase trabajadora y muy especial a las costumbres, bastante a la milicia, alguna a los héroes y autoridades y otra tanta a los indios y al clero, poca a las clases altas y cierta a los negros. En este orden podemos decir que se manifiesta estadísticamente lo que enuncia el título del libro, que incluye muchos más "trajes civiles", muchos menos militares y poquísimos religiosos.

Quizá fue más apropiado el título que ostenta la edición parcial hecha en Londres en 1830: *Trajes y costumbres de México.*

A lo anterior hay que agregar la imagen de Moctezuma II con que se inicia el volumen, en que aparece vestido a la manera de los emperadores de Occidente, con manto, collares y cetro, pero tocado con una diadema indígena, con plumas, en la que ostenta el águila bicéfala de los Austria, de manera que el simbolismo es confuso, tanto como los rasgos faciales, pues por éstos más bien parece un barbado conquistador español y por aquél el emperador de Occidente tocado a la indígena, o Moctezuma como en el papel de aquél. Mas el letrero viene a aclarar las confusiones, pues nos enteramos de que se trata de "Moctezuma Xocotzin" (*sic*) *último* (!) Emperador de México, pintado por orden de Fernando Cortez (!) ¿En qué retrato anterior se inspiró el artista? o ¿fué Cortés quien se lo encargó a Linati? Pero no hagamos ironía, ni seamos tan exigentes con la verdad histórica y más bien veamos ésta como debe ser: la idea o imagen que Linati quiso dar de Moctezuma II, ciertamente hija de su fantasía, pero reveladora de su intención de honrar la memoria del pasado indígena de México por medio del que creyó fue su "último emperador", ennoblecido, digamos, con las insignias del emperador de Occidente. La intención fue buena, pero expresada por la fantasía romántica alrevesada del artista. Mas lo anterior no quiere decir que no se trate de un excelente dibujo.

Ocupémonos ahora en revisar las preciosas litografías a colores de Linati, desde el punto de vista de su expresión artística.

La joven obrera (1) es una delicada figura, compuesta sobre un eje vertical, de elegante silueta, exquisito dibujo y fino color. Tanto el rostro, que asoma bajo el tápalo, como los brazos y las manos están modelados de acuerdo con el ideal clasicista y alejados de toda traza de rasgos mexicanos, de manera que fuera de los contextos esta figura podría ser la de una muchacha de cualquier país meridional de Europa.

Tampoco el "lépero" (2) o vagabundo, tiene rasgos indígenas, pero podría ser un robusto criollo con el cabello crecido y tan

descuidado como su escasa indumentaria y su actitud, todo compuesto a base de una forma triangular.

Una sotana de color morado cubre completamente al seminarista (3), tocado con un birrete y mostrando sus facciones criollas. La verticalidad de la figura contrasta con el movimiento de la que está al fondo y que explica la forma de la estola.

Fantástica resulta la imagen del hacendado (4) o "criollo propietario", con su espada, su gran capa o *manga*, sus pantalones de cuero o *chaparreras* y sus incómodas botas. De pie, su actitud es natural y sus graciosas facciones intentan darle un carácter alejado del ideal clásico.

Las tortilleras (5) entran en una composición triangular, más ambiciosa que las anteriores; los colores son más contrastados y si las actitudes son propias, el artista se ha ingeniado para mostrar los senos de una de ellas, con lo que ha añadido una nota sensual a la escena, y, hasta donde pudo, transformó los tipos indígenas en criollos o viceversa, que para el caso es igual.

Elegante, con movimiento de líneas y agilidad de lápiz está presentado el dragón (6), prácticamente rodeado por la figura de su caballo, en segundo plano, y mantenido en equilibrio gracias a la diagonal que forma la lanza. Los colores del uniforme, la gallarda actitud, el tipo francamente europeo y la curiosa figura del caballo hacen esta lámina muy atractiva.

El excelente dibujante que era Linati se ingenió para dar interés y una explicación exacta a la figura del aguador (7), en movimiento, cargando sus ollas en difícil equilibrio. El tipo físico es el de un fino mestizo.

Un soldado de línea (8), vestido de media gala, muestra su alba indumentaria con toques rojos y su apuesta actitud; sus facciones son más bien mestizas. Hay un intento de paisaje de fondo, mexicanizado por las plantas que recuerdan los magueyes.

El escribiente público (9), también llamado "evangelista" en México, forma parte de una composición más compleja que las anteriores, que tiene por fondo el Palacio Nacional, con la bandera izada. El personaje resulta pintoresco, por su indumentaria, sus accesorios y su perro que le mira con tanta atención como la mujer

que le dicta una carta y cuyas formas recuerdan vagamente el ideal clásico. El colorido es contrastado.

Una curiosa figura es la del dulcero (10) cuya simple indumentaria, consistente en zapatos, pantalones y una manta liada a manera de clámide, que deja al desnudo un hombro y un brazo de abultados bíceps. Las finas facciones y la actitud por entero hacen que, si se le cubren las piernas, parezca más bien una cariátide clásica, y es que este ideal tradicional se encontraba en la mente o en el subconsciente del artista.

Clasicista es también la muchacha de Tehuantepec (11) cuyo torso desnudo se trasparenta bajo el ligero velo que la cubre de la cabeza a la cintura. El modelado de los brazos, de los senos y del rostro es clásico, apenas exagerado en las partes inferiores del cuerpo, que cubre la enagua azul. El toque mexicanista se consigue por medio de un nopal con tunas, pero el tipo físico de la mujer es europeo; la figura es preciosa y delicada.

Gracioso en extremo es el negro de Veracruz (12); y aun en casos como este, no está ausente la elegancia de actitud, de línea y de colorido, rasgo característico de Linati, y, aun aquí, las facciones son moderadas o "regulares", como se dice cuando son aceptables las de un tipo "exótico".

El presidente de México, Guadalupe Victoria (13), tiene el ademán del simbólico nombre que adoptó y su brillante uniforme de general, a medias francés y español, con los colores de México en el gorro emplumado, le dan un aspecto bizarro.

En la disputa de dos indias (14) no intentó Linati idealizar los tipos, aunque tampoco supo expresar su carácter sino que más bien las pintó simplemente feas. Ciertamente le dió violencia a la escena y, en conjunto, tanto por sus indumentarias como por las figuras al fondo, el ambiente mexicano es aquí evidente.

En cambio, la joven dama (15) que lleva de la mano a su hijo vestido de hábito, es una elegante y bella criolla que se encontraría bien y en su ambiente, en cualquier ciudad europea de la época. Todo le da gracia a esta lámina que parece desprendida de un cuaderno de modas.

Respecto a la imagen de Hidalgo (16), Linati nos informa que la copió de un retrato en cera del cura de Dolores, perfeccionándolo con los informes que le dieron; así, añade, dió en su versión con exactitud, los rasgos y el traje del padre de la Independencia. Ahora bien, el resultado es curioso; es posible que la indumentaria se aproxime más a la que debe haber adoptado Hidalgo cuando cambió su curato por los campos de batalla, pero los rasgos de la cara están evidentemente idealizados; y toda la cabeza, tocada con el emplumado sombrero de ancha ala, da un efecto teatral. En todo caso es una imagen bizarra, pero que no convence.

No cabe duda de que Linati tenía en la mente un tipo o modelo de caballo que obedecía a ciertas reglas estéticas, pues, todos los suyos tienen las mismas características: finas patas, amplia grupa, erguido cuello, pequeña cabeza y abundantes crin y cola. Tal es el caballo que monta el monje de la Merced (17), éste apenas si reconocible como tal, a menos que se fije la atención en el hábito albo y remangado. Toda la escena es simpática, pero una vez más falla la caracterización del tipo indígena en el muchachito que tiende la mano al monje pidiéndole ayuda. El experto lápiz del dibujante hace todo atractivo y los toques de color sobre la bien observada montura e indumentaria completan el interés artístico y documental de la lámina.

Más atractiva, graciosa y dinámica es la escena de la muchacha a caballo con su caballero en ancas (18). En este caso el caballo levanta dos patas como si llevara un elegante paso y la cola, la crin y el ondeante velo del sombrero de la joven, acentúan la airosidad del cuadro. Los tipos son criollos y parece más hermoso el del caballero, siempre recordando el perfil clásico; la indumentaria está ejecutada con cierto primor, para dar idea exacta de su riqueza e interés. Y todo el conjunto resulta de un suave y elegante romanticismo, en el que apenas si hay un intento mexicanista en el paisaje, no así en la iglesia al fondo que es de tipo completamente europeo.

Fantástica en verdad resulta, como el mismo Linati asienta en su texto, la figura del carnicero (19), montado en la grupa del mulo que carga la carne; envuelto totalmente en su manta, apenas

si asoma su fino rostro con el cigarrillo en la boca y con la cabeza de largos cabellos cubierta con un trapo azul estampado; el perro que lo acompaña es del mismo tipo del que aparece junto al escribiente público (9), especie de galgo degenerado. El cuadro es original e interesante y Linati supo darle equilibrio a la composición, mas no logró sentar realmente al carnicero sobre la grupa de su montura, de manera que no obstante el lugar que ocupa parece estar independiente del mulo.

Viva y airosa es la estampa del pastor a caballo (20), látigo en mano para hacer que un chivo suelto se una al rebaño. El caballo, del tipo descrito arriba, tiene en este caso las patas menos finas y las delanteras menos bien colocadas; el dibujo del chivo tiene gracia y movimiento; el pastor es un gañán criollo y barbado de edad madura. Se pueden dispensar ciertas incorrecciones, como las patas delanteras del caballo, o la longitud extremada del cuerpo del chivo, por el efecto del conjunto; y en este caso el pastor sí va bien sentado en su montura.

No se podría pedir mayor dinamismo a la violenta escena de un criollo a caballo (21) en el momento de lazar y tirar por el suelo a un oficial del ejército español. Todo está en su sitio, a base de una composición triangular, todo tiene carácter y viveza, y el caballo que levanta las patas delanteras es una preciosa figura de elegantes líneas.

Muy curiosa y extraña resulta la figura del indio apache (22) a caballo, especie de Gengis Khan americano que hace evocar más las estepas del Catay que las del norte del país. La composición formada por grandes diagonales mantiene el equilibrio, dentro del cual el caballo levanta libremente las patas delanteras con vigoroso ímpetu. El tipo del "indio" es más bien mongólico y nada hace pensar que se trata de un indio americano. La estampa es preciosa y "exótica".

Los milicianos de Coatzacoalcos (23), a caballo y en reposo, componen un buen cuadro, estructurado con diagonales, en que la excelencia y viveza del dibujo lo salva todo, así como lo apropiado del color que hace distinguir bien los términos. Alguna de-

ficiencia hay en el dibujo de las manos, pero es un detalle secundario y el artista ha dado aquí variedad a los tipos.

Elegante figura tiene el lancero mexicano que es ejemplo de la caballería ligera (24) del ejército. La composición se organiza con líneas verticales y horizontales que dan aplomo al caballo y al jinete. No es de extrañar en este caso el aspecto totalmente europeo del lancero, pues su uniforme fue hecho en Inglaterra y el casco recuerda las formas griegas; tal había sido la intención de los jefes militares del tiempo. Pero Linati ha subrayado aquella intención con el tipo mismo del apuesto lancero, de rasgos bien europeos, y con bigote cuidado según el gusto o la moda de la época.

Una figura fantástica más es la del sereno (25), y el cuadro entero es de los que muestran mejor las habilidades artísticas de Linati, pues no sólo está bien compuesto y dibujado sino que el efecto de luz requerido lo consiguió por medio del color. La brillante linterna contrasta con el perro en silueta y la manta que cubre al sereno; su alabarda y sombrero le dan un aspecto imponente y con pleno carácter; el conjunto es teatral.

Suave y dulce es la figura de la sirvienta indígena (26) que, cubierta con su huipil de lana con dibujos, lleva unos cántaros en las manos e inclina levemente su cabeza. Hay aquí un intento mayor de dar carácter al tipo, sin olvidar la idealización, y el peinado y la indumentaria nos acercan más que en otros casos a la verdad.

Como otras, la lámina del oficial de dragones (27) podría referirse a cualquier país de Occidente, pues la brillante indumentaria, con el casco a la griega, del apuesto militar, así como su tipo europeo, casi no permiten referencia alguna a México. La figura se destaca sobre un fondo en que, con fino dibujo, aparece en segundo término un caballo y otro militar, cuyos tonos neutros hacen resaltar los colores del uniforme del oficial de dragones.

Elegantes son, sin duda, tanto el tipo como la indumentaria del regidor (28), al que el fondo de arquitectura y el otro personaje que allí aparece le dan cierto ambiente, si bien los términos de la perspectiva no están proporcionados.

La muchacha de Palenque (29) es otro de esos casos en que la belleza mestiza se ha ceñido al ideal clásico, y es evidente que re-

sulta preciosa, elegante, y falsa en lo que se refiere al carácter, con su pequeña y fina cabeza sobre un cuerpo delicado y frondoso a la vez. El paisaje al fondo tiene un aire bíblico que condiciona todo el cuadro. La canastilla con frutas pone un toque tropical y de color en el sitio apropiado.

Violenta es la escena del negro acostado en su hamaca (30) que fuma y empuña un látigo para hacer trabajar a su mujer. Aquí logró Linati mayor carácter, y así, los negros parecen negros, no obstante la delicadeza del dibujo.

La figura del fraile camilo (31) es formidable y monumental, por la amplia capa que la cubre en su totalidad; el sombrero tiene líneas bien resueltas. Sobra el humo del cigarro que sale, mal colocado, de la boca del personaje de tipo criollo. La iglesia al fondo no tiene nada que ver con las construcciones religiosas de México y, por lo tanto, no ayuda a caracterizar el país.

El mozarrón que carga al mendigo (32) sobre sus espaldas, con silla y todo, es un jayán bien plantado que podría ser un italiano del sur. Hábilmente supo el artista usar los sobrios tonos y un golpe de luz para dar firmeza y equilibrio al cargador, en una composición difícil de resolver y que está bien lograda, salvo que el fondo de arquitectura no se encuentra en el término que le correspondería.

Fantástica es en verdad la Guardia Cívica de Alvarado (33). La figura en primer plano, desnudo el torso, es de aspecto bizarro; está bien dibujada y ligada con el grupo al fondo, de manera que toda la escena es apropiada a la intención del artista.

Una de las composiciones más ambiciosas es la del grupo de jugadores (34), resuelta en forma de abanico, dentro de la cual encajan los siete personajes. Los tipos criollos y las indumentarias dan cierta viveza a la escena, pero, el que está semidesnudo revela una vez más la imposibilidad del artista para dar carácter a los tipos mexicanos, indios o mestizos, que siempre le resultan idealizados a la europea.

Tal como le pareció a Linati, el vendedor de odres (35) es una figura extraña. Cubierto del cuello a las rodillas por los odres inflados no sobresalen sino su cabeza y sus fornidas piernas des-

nudas. Puso el artista cuidado en el fondo para mostrar las cercas de órganos que se usan en el país, pero la casa de techo de dos aguas no recuerda la arquitectura rural mexicana. El color y el efecto de luz sobre la figura son interesantes y apropiados.

La lúgubre escena del entierro de un pobre (36) es de tonos suaves y bien compuesta. La perspectiva está acentuada por los toques blancos de los cuellos de los enterradores en primer término. El fondo de arquitectura eclesiástica tiene formas góticas que en nada ayudan a recordarnos que la circunstancia tiene lugar en México.

Un modelo más de indumentaria militar es la lámina con un soldado de línea (37), cuyo tipo es europeo y, por lo tanto, podría ilustrar el tema en cualquier país occidental.

Tan preponderante era la tradición clasicista en el tiempo y en la mente de Linati que cuando dibujó al indio sacando pulque de un maguey (38) le dió carácter europeo, al cual contribuyen no sólo los rasgos físicos, sino hasta la postura, que tiene algo de escena de ballet. Pero el cuadro es agradable por su dibujo y su color.

Apenas si el carácter mexicano apunta más en los vendedores de pollos, de dulces, etc. (39), sobre todo por las indumentarias, pues el tipo de la mujer es francamente italiano. Los toques de color, azul, blanco, rojo, animan el conjunto.

Sobria y magnífica es la mujer de Ciudad Rodrigo (40), por su estatura y su indumentaria, que la cubre totalmente salvo, claro está, rostro, manos y pies.

Para mostrar una de las formas de viajar en México, es decir, en litera (41), el artista tuvo que dibujar un paisaje, caracterizado por un maguey al centro del primer término y por montañas al fondo, y logró bien el sentido de incomodidad que deseaba expresar, hasta por la diagonal que rige la composición. El caballo es el tipo frecuente en láminas anteriores; las mulas están dibujadas con gracia y todo da buena idea de lo poco feliz que debe haber sido un viaje así.

Fray Gregorio, carmelita (42), es otra de esas imponentes figuras religiosas. De pie, resulta monumental frente a la "india" que

de rodillas besa su mano con veneración. Pero la indumentaria de la mujer no es suficiente para convencernos de que se trata de una india, pues su cara y formas son las del tipo ideal y académico del tiempo.

Linati dibujó otro paisaje para mostrar un viaje en coche de colleras (43) y, para dar idea de que se trataba de la ruta de Veracruz, puso al fondo el Pico de Orizaba. En esta ocasión tuvo que dar mayor amplitud al paisaje para dar cabida a la escena. El caballo en primer término es del tipo ya conocido en otras láminas. La escena tiene animación por las posturas y actitudes en acción de las numerosas mulas que tiran del coche y de los personajes que conducen el convoy, látigo en mano.

Da cierta idea del lujo de los coches citadinos el cochero (44) que, de pie, muestra completa su indumentaria. Es una figura tradicional que pensaría uno inexistente ya por los años en que Linati hizo sus dibujos. El tipo es francamente europeo. No ha olvidado el artista detalle alguno para dar el preciso carácter del personaje.

Con la imagen del general Filisola (45) pudo darse gusto libremente Linati, pues allí no tenía sino que expresar lo propio. Y logró una arrogante y simpática figura, bella en su armonioso conjunto, que tiene el aire de los grandes retratos a la inglesa. Todo es elegante y perfecto y la bizarría proviene de los colores del uniforme y de las plumas tricolores del gorro, de manera que, en resumen, parece un hermoso Napoleón americano.

Si la figura de Hidalgo (16) nos pareció poco convincente, la de Morelos (46), aunque enérgica y heroica en su actitud, está asimismo idealizada en sus rasgos faciales, que no recuerdan los que conocemos por otros documentos gráficos, pero el sentido de empuje y determinación campean en toda la imagen, hasta en el perfil del rostro juvenil, en la mirada y en la recta ceja.

Animada es la escena de la pelea de gallos (47) en la que tiene importancia también el público, formado de todas las clases sociales. La composición tiene un eje central vertical y diagonales disimuladas. Es curiosa la figura en primer término que sujeta al gallo en el momento de lanzarlo contra su enemigo; parece una mujer por el peinado y la especie de enaguas que la cubren, mas,

bien puede ser un hombre cuya capa cae sobre sus piernas y cuyo sombrero está en el suelo; en todo caso es una figura ambigua. Hábil estuvo Linati para lograr un efecto de tercera dimensión por medio del primer término —un gallo muerto y un sombrero—, de la valorización de los tonos y de las proporciones de las figuras.

Por último, el juego del volador (48) es una alegre escena con muchas figuras en pequeña escala, bien apuntadas y animadas las más; pero el conjunto resulta muy europeo y hasta tiene un "no sé qué" goyesco, sin que se trate de influencia alguna. Linati consiguió expresar bien el sentido aéreo del juego con las figuras suspendidas por las cuerdas a distancia del suelo.

Por la revisión que hemos hecho de las litografías a color del libro de Linati, se desprende que éste era un hábil dibujante formado en la escuela académica, heredera o depositaria de los principios neoclásicos; recordemos que había estudiado en su juventud con David; sabía componer bien y si en ocasiones falseaba los términos o la perspectiva, era con objeto de equilibrar mejor la composición principal, sirviendo los fondos, además, como mera sugerencia; su dibujo desde el punto de vista anatómico es por lo regular excelente, sabía sintetizar y dar a las líneas gracia y soltura y movimiento, sobre todo en los casos en que la indumentaria o los accesorios lo requerían; por otra parte entendía bien el color y sabía cómo sacar ventaja de la combinación de tintas, ya suaves, ya contrastadas, y de los efectos de luces y sombras, de manera que con pocos toques conseguía su objeto. Todo lo anterior hace de él un artista excelente, por sus conocimientos, su destreza, su sentido de observación y por una elegancia y una gracia genuinas.

Ahora bien, si Linati estaba preparado para realizar una obra como la que se propuso, otro asunto muy diferente es el que al ejercitar sus conocimientos, habilidades y sentido artístico en México, logre una visión verdadera. El caso es que siendo como era un artista académico, discípulo de David, según declaró él mismo, es decir, clasicista o dicho de otro modo, imbuído de la belleza ideal tradicional, no era fácil, ni de hecho posible, que pudiera lograr la

expresión del carácter de un pueblo como el de México, distante del ideal neoclásico sobre todo en la parte más indígena. Linati incurrió en la aberración del arte académico del siglo XIX, o sea, tratar de moldear a nuestros tipos de acuerdo con la tradición clasicista, haciendo una especie de vestales de las indias y una especie de apolos de nuestros indios. Tenía aún que transcurrir un siglo y que advenir el rompimiento del absolutismo de aquel ideal, así como el abandono del naturalismo para que fuera posible, como lo ha sido en nuestro tiempo, gracias a la libertad que ha traído el arte contemporáneo, la expresión del carácter y de la belleza de nuestro folklore y de nuestros tipos.

Así Linati, hay que hacerlo notar, pintó más bien los tipos criollos o francamente europeos, y no pudo expresar en ningún caso la belleza del indio mexicano, tan distinta de la clásica. Todas sus mujeres, aun aquellas que pretenden ser indias, están idealizadas, son de tipo clasicista, con todos los encantos y elegancias que el arte académico podía expresar. Generalmente es un tipo estereotipado, en más o en menos, y en cuanto a los animales que diseña son modelos consagrados: *un* caballo, *un* perro, *un* mulo, con las características que arriba hemos señalado. Tampoco supo expresar, aunque fuera someramente, la arquitectura propia del país, ni la popular ni la monumental, al grado que tal parece que no se preocupó en observarla y así, cuando tuvo que echar mano de esos aspectos resultan siempre europeos y nada mexicanos. Lo mismo puede decirse del paisaje que si brevemente anotado en los fondos de sus figuras o composiciones mayores, tampoco tiene carácter propio, no obstante su insistencia en palmeras y magueyes. El tipo del negro es más aproximado, pues allí se permitió alguna mayor libertad y, por otra parte, no tenía interés en presentarlo bellamente.

Y aquí viene el aspecto positivo de la obra de Linati, desde el punto de vista artístico, moral e histórico, y es que él dió lo mejor que tenía y sabía para presentar bellamente los tipos mexicanos, salvo que eso no era del todo adecuado para expresar la realidad. No existe sino una nota constante de buena fe y de entusiasmo en favor de México, pero el resultado es una visión bastante idealizada, según hoy podemos considerarla, con excepción de las

indumentarias, que sin duda observó con mucho cuidado y reprodujo con fidelidad objetiva. Al fin y al cabo el libro se refiere principalmente a los trajes y en este sentido cumple con su objeto a la perfección.

Digamos que, en general, la visión que Linati expresa en sus litografías se refiere de manera importante a la vida, tipos y costumbres criollas; que en algunos casos aparecen los tipos mestizos o los indígenas idealizados, y en otros casos, raros, los negros; pero todo está visto con gafas clasicistas que eran las que el tiempo había dado al artista y de las cuales, aun queriendo, no podía prescindir.

Hechas las consideraciones anteriores podemos concluir que la visión de México de Claudio Linati en sus litografías es la de un artista europeo, académico, que si observó y reprodujo con precisión las indumentarias, idealizó todo el resto, con lo cual lo privó de carácter falseando la realidad, pero creando una visión clasicista que hizo digeribles para el gusto occidental del tiempo nuestros tipos y costumbres, y que es en gran parte el encanto que aún tienen. Fue como decir: los mexicanos también son bellos y sus costumbres e indumentarias tienen originalidad e interés. Y esto le honra, pero la belleza que les dió a los tipos fue la clásica occidental y no la propia. Hoy día podrían hacerse comparaciones, hasta cierto punto injustas, entre las figuras de Linati y otras de Orozco y Rivera y entonces podría estimarse lo que va de una visión académica europea del siglo XIX a otras mexicanas de nuestro tiempo; sería un ejemplo de los beneficios que ha traído la libertad del arte contemporáneo, cuando está bien entendido y cuando es expresión de creadores de primera línea.

Las indumentarias que interesaron a Linati no pueden menos de ser muy atractivas para nosotros hoy, puesto que nos acercan a la vida y costumbres de nuestros abuelos. Y resultan, sin duda, muy románticas e interesantes, pues muestran el garbo, la elegancia, el colorido y si se quiere la complicación de los trajes anteriores a los muy tristes que nos impuso la revolución industrial y el mundo burgués del siglo XIX, y a los más tristes aun que nos propone el mundo proletario. Es decir que, en general, las litografías de Linati exponen el momento de modernización de los trajes, el

momento y las modas en torno a los años que van de la Independencia a los inmediatos posteriores a Iturbide, y así, todavía conservan un encanto particular y tienen positivo interés documental.

Los pocos dibujos que incluyó de las clases altas son pintorescos; los de los héroes y autoridades son fantásticos y algunos positivamente elegantes; los de los indios tienen asimismo una elegancia y un buen sentido que poco a poco se van perdiendo; la gracia de los negros es evidente; y las costumbres nos remontan a unas formas de vida que en parte han subsistido de otras maneras y en parte han desaparecido, afortunadamente.

Las observaciones anteriores no pretenden, claro está, restarle méritos a la parte artística de la obra de Linati, sino, por el contrario, reconocer sus valores en el sentido propio en que los tiene.

Ahora toca ocuparnos en los textos que acompañan las bellas litografías de Linati; en ellos el artista amplía sus observaciones, y muestra a lo vivo y con gran libertad, pero siempre con tacto, sus preferencias e intereses.

He dado más arriba, en forma sintética, algunas observaciones típicas de las que Linati incluye en los textos que acompañan las láminas, pero no son suficientes para nuestro objeto. Veamos ahora los temas desplegados a lo largo de los textos, es decir, agrupemos las observaciones y opiniones de un tema y otro para formarnos mejor idea de las del artista, pues dispersas como están son menos claras y poderosas, si bien es en su forma propia como tienen la intención de su autor y la calidad literaria que supo darles. Pero nuestro interés es otro, por ahora: poner de relieve las observaciones y opiniones de Linati, que revelan su pensamiento; las vías por donde corrían sus sentimientos y su sentido crítico, en todo lo cual encontraremos su propia personalidad, sus modos de ser y la visión que se formó del México de entonces.

Las costumbres que despertaron el interés de Linati nos entregan una visión de la vida diaria en la ciudad de México principalmente. Como en las proyecciones de una linterna mágica aparecen muchos aspectos de la capital en 1826:

. . . sus calles son anchas y derechas y bien pavimentadas, muchos coches se cruzan en todos sentidos, pero son vehículos de lujo y no se ve ese movimiento de carros cargados pesadamente que embarazan las calles de Londres y de París . . . Las plazas y las calles ofrecen un movimiento continuo de gentes tostadas por el sol, semidesnudas, cada una cargando las mercancías que venden y que anuncian con agudos y variados gritos; los indios, sobre todo, que no entienden nada las maniobras de nuestros coches, van por grupos . . . cada mercadería tiene un recipiente hecho exprofeso . . . el consumo . . . de golosinas es muy grande en México (39). *

Los coches no tienen asiento para el cochero, por lo que éste monta a manera de postillón . . . Los nuevos funcionarios diplomáticos . . . han ensayado en vano introducir el gusto por los equipos modernos; los nobles mexicanos creerían derogar las prerrogativas de su rango si reemplazaran las graves y pacíficas mulas por los caballos con rabos cortados y a los cocheros con coleta por otros rapados (44).

Es difícil ver un cuadro más animado que el que ofrece un mercado en México. La ciudad no es muy rica en tiendas . . . Esos mercados se parecen bastante a los bazares del Oriente . . . sobresale . . . el indio cargando odres, llenos de aire para ser usados con pulque o con vino . . . se diría que es un animal deforme.

Los mexicanos no conocen muy bien el curtido de los cueros . . . pero en revancha saben dar mucha suavidad a la gamuza . . . las pieles de chivo están bastante bien preparadas y cocidas para no dejar salir los líquidos, mas no tan bien como para no comunicar, al vino sobre todo, ese olor desagradable que es tan común en España (35).

En medio de la Plaza Mayor de México (se encontrará establecido) el escribiente público . . . quien no tiene para defenderse de los rayos del sol sino el mezquino abrigo de su petate (en forma de "sombra") . . . De ordinario es un español a quien no le ha sonreído la fortuna . . . posee el secreto de muchas relaciones . . . (9).

Es curioso ver entrar diariamente a la capital numerosos rebaños de carneros, guiados por dos o tres pastores a caballo . . . (20).

Si se quiere personificar la pereza y la suciedad no se podrá encontrar mejor modelo que un muchacho carnicero de México, que lleva la carne a su reparto . . . una imaginación exaltada podría tomarlo por un vampiro . . . Las bellas inglesas . . . deben haberse escandalizado a la vista de nuestro sangriento fantasma . . . (19).

* Los números se refieren a los textos que acompañan las láminas correspondientes. Utilizo los textos libremente, basándome en mi traducción de los mismos.

El aguador de México es uno de los sujetos que más sorprende los ojos del extranjero . . . (7).

El lépero . . . vive en medio de una populosa ciudad en estado natural . . . viviendo de día en día . . . sobre el escombro de una civilización degradada . . . a veces, instrumento dócil en las manos del despotismo y de la superstición . . . independiente . . . feliz mortal . . . si no cede al veneno de la corrupción y del fanatismo . . . (2).

Por cierto, entre las gentes del pueblo se ve en México una disposición natural a las bellas artes y casi todos los extranjeros se procuran, como una curiosidad, las flores, los santos y las imágenes de cera, que los léperos de México trabajan con un gusto y una corrección asombrosos para gentes que no han tenido estudio alguno (10).

México, como Nápoles y Madrid, hormiguea de pobres inoportunos . . . esta miseria de la sociedad, que las naciones civilizadas han venido casi a extirpar por medio de establecimientos de una sabia y útil beneficencia . . .

México está inundado también de gritones públicos de billetes de lotería y de vendedores de panfletos que os aturden desde el alba hasta la noche con su tráfico inmoral . . .

La lotería no es nacional ni pertenece al gobierno; la mayor parte están instituídas para la manutención de varias cofradías religiosas, de alguna iglesia o capilla, de manera que se oye gritar cómicamente: ¡hoy es el santo tal que juega!, ¡es el Santísimo Sacramento!, ¡es la Virgen de Guadalupe! . . . (32).

La mendicidad es como una hierba parásita que rodea las murallas de los conventos, de los cuales recibe el alimento . . . (17).

Los pobres de México se organizan en cofradías para celebrar sus funerales y han escogido el color rojo, ya que parece que ese ha sido su gusto. Se diría que la muerte ha renunciado en México a sus sombríos colores . . . los enterradores mexicanos . . . han pasado por la metamorfosis de los cangrejos . . . La cuestión de ser enterrados convenientemente es, quizá, la única que ejerce la previsión de las clases bajas . . . En el fondo no está mal, a lo menos para el cura de la parroquia, que está muy bien pagado tanto por los pobres como por los ricos . . .

Por lo demás, las menores acciones de los mexicanos tienen relación más o menos directa con la religión. Las campanas de las numerosas parroquias . . . hacen resonar sin cesar los aires . . . Las procesiones parroquiales tienen lugar frecuentemente; entonces se adornan todas las calles . . .

Los mexicanos tienen un verdadero furor por los juegos de artificio . . . (36).

El hábito sacerdotal conserva todavía un poderoso prestigio sobre las mexicanas . . . Se las ve al salir de la iglesia de rodillas, en una especie de éxtasis, abrazar el hábito de sayal corriente de los elegidos del señor (42).

Si una dama joven, de cualquier clase que sea, se encuentra peligrosamente enferma . . . hace voto . . . de que su hijo llevará el hábito de San Francisco . . . Esos votos arrancados por el ímpetu del amor maternal no impiden, sin embargo, pasado el peligro, que las inclinaciones del bello sexo vuelvan por sus fueros . . . lo que prueba que en México como en París, la naturaleza se impone sobre las pantomimas de la sociedad (15).

En todas las buenas casas se procura tener *una indita,* una joven indígena para las cosas más esenciales del quehacer . . . Ellas desempeñan sus tareas de una manera que anuncia, quizá, una inteligencia limitada, pero siempre con más lealtad de la que se encuentra en las domésticas criollas (26).

La borrachera, desconocida por los antiguos habitantes de Anáhuac (!) multiplica estos cuadros desagradables . . . las indias mismas, acostumbradas por el ejemplo de los hombres, gastan . . . para comprarse un vasito de *chinguirito* . . . (que) transfórmalas en ásperas furias, de dulces y tímidas que son naturalmente . . . El pueblo habituado a esta clase de espectáculos las ve con indiferencia y a veces con gusto . . . (14).

El furor por el juego es uno de los caracteres distintivos de la nación mexicana . . . El juego favorito de los mexicanos es el "monte", tan conocido en España, excepto que no se descubren sino dos cartas (albures) . . . Va tan lejos la desconfianza que con frecuencia se obliga al banquero a jugar con guantes . . . (34).

El juego y la pasión caracterizan a los mexicanos; todo lo que es azar les encanta, mas hay que decir que con aquélla no se divierten, como los españoles, quienes ponen en peligro la vida y ensangrientan la arena donde la pasión tiene lugar. Las corridas (de toros) no son un espectáculo tan nacional como en España . . . No es lo mismo con las peleas de gallos. Esta diversión que no es nada común en España, hace las delicias del pueblo mexicano, ya que ofrece un campo vasto de apuestas . . . Hombres, mujeres, viejos, niños, curas, militares, de todas las categorías, se presentan alrededor del circo y se comprometen apostando . . . (47).

. . . cuando suenan las seis de la tarde . . . los piadosos mexicanos descubren su cabeza con devoción . . . Los serenos de todos los cuarteles de la ciudad se dirigen al Palacio Municipal . . . No se puede negar que la institución es buena y digna de ser adoptada en

el país que falte . . . El sereno de México . . . preludia con un lúgubre: ¡Alabado sea Dios y Nuestra Señora de Guadalupe! el anuncio de la hora . . . Su voz monótona resuena en el silencio de la noche y el filósofo puede calcular los diversos efectos que produce ese despertador . . . (25).

Los aloes . . . áloe o alzabara, que los indios llaman maguey; su nombre científico es *agave americana* . . . en México es la planta sobre la cual la naturaleza ha reunido las mayores cualidades benéficas . . . sacan los indios . . . por medio de un largo calabazo . . . un licor blanquizco, espirituoso y un tanto agradable al gusto (pulque), que suple entre los indios el vino que les es desconocido . . . Los indígenas lo aman apasionadamente y les turba la razón, aunque no produce el mismo efecto en los europeos acostumbrados al vino. En general, éstos convienen en que el pulque es una bebida excelente para apreciar el mérito del vino de Burdeos (38).

En cuanto a las gentes del país, los que no tienen medios para mantener sino sólo un caballo, si son una pareja se las arreglan montando juntos . . . Así se ve sobre la misma montura a la madre y sus hijos, a la mujer y su marido, o a la joven y su enamorado pasando la mano alrededor de su talle para impedirle una caída, y esto por muchas leguas, sin causar escándalo ya que es usual, y esta costumbre bien vale cualquier otra (18).

. . . una diversión que figura ordinariamente en las solemnidades y en las fiestas religiosas o patrióticas (es el juego del volador) . . . este juego que no tiene peligro alguno es un ejercicio saludable y económico, que puede ser adaptado en las casas de campo y en los parques de recreo, como auxiliar o reemplazando a los peligrosos columpios y a los balancines (48).

Los alimentos típicos del país ciertamente no satisfacían a Linati y, probablemente, a muchos extranjeros, y así como el pulque les resultaba desagradable, otros productos lo eran también, salvo las frutas:

El trigo no fue conocido por los antiguos mexicanos . . . El maíz constituía y todavía hoy constituye el alimento más generalizado en la población . . . Las galletas de maíz llamadas tortillas exigen un trabajo que se parece al que se necesita para hacer el chocolate . . . Estas tortillas, un poco sosas, son indigestas para los europeos . . . El uso del pan se generaliza más cada día . . . (5).

Las pasturas pantanosas de los alrededores de México dan a la carne un gusto un poco soso y los alimentos en total no son tan suculentos como en Europa . . . (19).

La "anona" que los españoles llaman piña . . . Esta fruta es excelente . . . el mamey . . . Las diferentes familias de zapotes, el cocotero, el plátano, la guayaba, el aguacate, la tuna . . . compensando por sus sabores suaves y variados la ausencia de nuestras uvas, las que no maduran (en México) sino de manera imperfecta . . . (40).

Las opiniones sobre la situación histórica de México, en varios aspectos, son manifestadas por Linati con franqueza, y admira a los que lucharon por la Independencia. En ocasiones le molesta que las reformas no hubieran sido más radicales, sobre todo en cuanto a la religión y al clero. En otros momentos se descubre como hombre bien moderno, amante del progreso. Mas no obstante que su sentido de observación yerra en algunos aspectos, que el lector advertirá inmediatamente, su fe en el porvenir de México era sincera y apasionada:

La corta pero brillante carrera de Hidalgo, de ese padre que concibió y ejecutó él solo una revolución tendiente a elevar su patria al rango de las naciones . . . cuando a nombre de la religión y de la libertad llamó a los descendientes de Moctezuma (!) a salir del sueño de la esclavitud en el que estaban hundidos hacía tres siglos . . . (16).

Todavía otro padre patriota, todavía otro mártir de la Independencia. El cura Morelos, después de haber dado los más grandes vuelos a la insurrección, tras de haber organizado ejércitos, imprimiéndoles un movimiento que le sobrevive, fue envuelto en la misma traición que entregó a Hidalgo, Matamoros y Allende al rigor de los españoles (46).

Si Washington es digno de los Estados Unidos, Victoria ha sido también digno de México . . . un verdadero patriota . . . jefe de una república naciente . . . (13).

Amor sagrado de la patria, eres tú quien da luz a los prodigios de la virtud y del valor . . . El sentimiento del yugo que le oprime es su aguijón y el deseo de libertad le da alas . . . (21).

La guerra y la pobreza en que se encuentra la República, como consecuencia de los esfuerzos que ha hecho para establecer su independencia . . . (6).

La Constitución Mexicana (1824), prestándose de los Estados Unidos . . . el sistema republicano, ha conservado para su organización interior y reglamentaria todo lo que ha creído poder adoptar de la Constitución Española. Como ésta, ha mantenido, por desgracia, el deplorable artículo que proclama la religión católica la única y verdadera, y excluído y prohibido el ejercicio de todo otro culto . . . está fuera de lugar en un país que desea poblar sus vastas provincias, derribar sus inmensos bosques y poner su población al nivel de su extensión . . .

En cuanto al régimen municipal . . . podría ser un poco precoz en un país que, en cierto sentido, está menos avanzado en civilización y tiene menos educación política que España . . .

Poco a poco las consecuencias del nuevo sistema . . . modificarán las ideas . . . será entonces que la lucha . . . hará surgir los talentos . . . que hacen su historia, no la de un conquistador o una dinastía, sino de las naciones y los hombres . . . (28).

Los bosques de maderas preciosas todavía desconocidas en Europa, se alzan en estas regiones y es de desearse que nuevas rutas las crucen pronto, para ofrecer al comercio los numerosos y variados tesoros que ocultan . . . (29).

. . . un país que figuraría en negro en la carta del Barón Dupin (analfabetismo) . . . (9).

La República Mexicana no ha osado aún reformar esa multitud de solteros blancos, negros, grises, pardos . . . que la obstaculiza . . . Si alguna comunidad religiosa se ha suprimido se debe a la Constitución Española . . . (31).

Las provincias del Norte de México, las dos Californias, la Nueva Vizcaya, el Nuevo México, están expuestas a las invasiones de los apaches salvajes . . . (22).

La poca seguridad que ofrecen los puertos actuales de la costa atlántica . . . ha decidido al gobierno (a) . . . escoger la situación de Coatzacoalcos como punto militar y comercial . . . no es sino un cuartel . . . (23).

. . . cinco individuos de todos los colores . . . Respetad a esos guerreros patriotas; es la Guardia Cívica de Alvarado . . . imita bien las guardias cívicas de otros países de este bajo mundo . . . (33).

Setenta mil fusiles y un número proporcionado de carabinas, de pistolas y de todo lo concerniente al equipo y ornamento de las tropas, han tomado una gran parte del capital del primer empréstito negociado en Londres . . . (24).

Este joven indígena (soldado de línea) . . . Demasiado ignorante para comprender el alcance de los nuevos destinos de su país . . . olvidando su lengua natural y las tradiciones antiguas, cooperará a la elevación de un pueblo poderoso . . . (8).

A pesar de la aparente sumisión de las indias creo que debe atribuirse a un fondo oculto de antipatía la actitud que parecen haber adoptado de no cohabitar con los españoles (!) . . . (26).

El gobierno actual . . . comienza a perseguir y a prohibir las reuniones de juego . . . (34).

. . . apareció Iturbide . . . por la ambición de ceñir la banda real, dió ocasión a Santa Anna de ponerse a la cabeza del partido republicano, que lo tiró del efímero trono al que había trepado. Santa Anna tuvo que abdicar su importancia política, acusado de ambición y dejó sin jefe al partido democrático. Ahora ha entrado de nuevo en la lid y los tiempos deben decir de su encumbramiento supremo o de su exilio . . . (46).

El clero no fue, propiamente, el estado ideal del hombre para Linati y a él, y a sus seguidores, endereza su crítica; mas, distingue, se explica y aprecia aquella parte del clero que luchó por la Independencia, así como censura la descomposición moral y las limitaciones de la educación eclesiástica:

Un fenómeno muy notable en la historia del México moderno es que el movimiento de insurrección que decidió su independencia fue comenzado y guiado por los miembros del clero: Hidalgo, Morelos y Matamoros, eran curas; Rayón era canónigo; fray Gregorio, monje . . . el espíritu que animó en 1810 a una parte del clero mexicano se explica por la injusticia con que España obró aun con los eclesiásticos americanos. Estos no alcanzaban jamás las altas y lucrativas dignidades de la Iglesia. Los españoles se apoderaban de los beneficios substanciosos y dejaban los curatos módicos y fatigosos a los indígenas . . . No se trataba siquiera de la libertad; era aquella opresión, entre otras, tan odiosa al clero mexicano, como también al de Francia y de todos los países (42).

Ninguna orden religiosa se ha multiplicado tanto en España y en América, si se exceptúa a los franciscanos, como la de los monjes de la Merced . . . Ricamente dotados . . . han terminado de ocuparse de los esclavos, tanto como los benedictinos de cultivar la tierra; pero no han terminado de gozar sus rentas . . . (17).

. . . la nación mexicana ofrece una fisonomía muy eclesiástica. El culto y sus ministros están por todas partes. En Yucatán son comerciantes, en las mesetas explotan las minas, en las legislaturas de provincia y en las cámaras representativas son muy numerosos. Depositarios casi exclusivos de las ciencias y las letras, no sorprende que hayan jugado una parte importante en favor y en contra de la Independencia . . . (46).

El patronazgo que la miseria y la indigencia encuentran en el púlpito de las iglesias, poniendo un precio justo a la caridad . . . el mendigo al dar ocasión al rico de hacer una obra meritoria, cree ejercer una profesión útil, la de no hacer nada sobre la tierra y ayudar a los otros a subir al cielo . . . (32).

Los países que admiten la supremacía del altar sobre el trono, aplicado a transacciones humanas, el primero de los estados es necesariamente el de sacerdote . . . los seminarios . . . no son sino semilleros de curas . . . como es de la esencia de todas las instituciones que han envejecido faltar a sus fines . . . nada es menos propicio para formar un buen sacerdote que un estudiante de los seminarios mexicanos . . . recogen de la sociedad todos los vicios que ella presenta . . . no hay padres que . . . no aspiren a verlos un día en las altas dignidades de la Iglesia. La educación es, por lo tanto, teológica; los otros conocimientos están en segundo plano . . . (3).

España y los españoles es otro de los puntos de crítica de Linati y a ellos les achaca muchos de los males que se perpetuaban en la República:

En una colonia como esta, rica . . . en la cual los fundadores han reducido a la esclavitud a los indígenas . . . Dos mil indios, antiguos y legítimos propietarios de estas tierras, las riegan con el sudor de su frente para llenar sus graneros (de los hacendados) . . . La Metrópoli impedía cuidadosamente todo lo que pudiera elevar las colonias a rango de naciones . . . (4).

El furor por el juego es uno de los caracteres distintivos de la nación mexicana, o bien, para hablar con exactitud, el estado de embrutecimiento y de nulidad política en que la Metrópoli tenía interés en dejar a sus colonias, no permitiendo otro pasatiempo que el del juego ruinoso y continuo . . . Los españoles tienen un interés directo en fomentarlo, ya que así vienen a enriquecerse sin

esfuerzo con esos tesoros, que han hecho correr el sudor de millares de indios . . . (34).

Una de las calamidades que España regaló al Nuevo Mundo es la mendicidad . . . (32).

Las leyes españolas son muy poco sanguinarias o, a lo menos, si admiten en muchos casos la pena de muerte, el procedimiento es tan largo, las pruebas necesarias tan difíciles de recoger, que muchos de los malhechores y asesinos reconocidos languidecen durante largos años en las prisiones antes de que su sentencia sea pronunciada . . . (31).

Los extranjeros en México son objeto de la consideración de Linati y en especial los italianos, sobre todo para poner de relieve su colaboración en la naciente República:

Si Francia puede enorgullecerse de los Lafayette, e Inglaterra de los Byrons, quienes han ofrecido el tributo de sus brazos y de su vida a la causa de la libertad del Nuevo Mundo y de Grecia, Italia puede también reclamar su parte de gloria en esos honrosos combates. Sus hijos esparcidos por diferentes regiones del Globo . . . la mayor parte ha encontrado bajo las banderas de Bolívar el término de su carrera borrascosa . . . Filisola, nacido bajo el cielo ardiente de la Calabria, es quizá el único italiano que goza el precio de sus largos trabajos . . . se declaró por la Independencia . . . posteriormente, capitán general del Estado de México . . . (45).

El ingeniero en jefe, encargado de los trabajos del nuevo puerto (Coatzacoalcos) y de un camino que debe cruzar el país en su parte más estrecha hasta Tehuantepec, sobre el Océano Pacífico, es don Francisco Uccelli, italiano y antiguo jefe del cuerpo de ingenieros bajo Beauharnais. Desterrado de Italia por su opinión política se ha refugiado en México donde el gobernador, comprendiendo el talento y las desgracias de un oficial distinguido le ha encargado de aquella honrosa misión (23).

Así, en México, al lado de los viejos guerrilleros españoles se encuentran en el mismo batallón un bordalés republicano y un mameluco de la vieja guardia. Muchos de estos atrevidos aventureros perecieron en la infeliz expedición del joven Mina . . . A pesar de todo género de peligros . . . algunos de esos valientes compañeros de armas del más grande capitán del siglo (?) existen todavía en el ejército mexicano y al servicio de la República a la cual han dado

sus conocimientos militares. (Lo anterior es dicho a propósito del conde Stavoli de Parma, mayor de dragones de México.) . . . (27).

La milicia interesó particularmente a Linati, tanto por sus indumentarias y los curiosos cambios operados en ellas, como por otros aspectos y por significar la renovación de las instituciones del país:

Fue a fines de 1826 que el ministro de la guerra Gómez Pedraza, pudo hacer maniobrar en la plaza de armas de México el primer batallón completamente armado y equipado según el gusto moderno o el modelo francés . . . el criollo es . . . buen soldado de caballería y malo de infantería . . . Los indios . . . son infatigables en las marchas a pie . . . un ministro de guerra . . . encontrará en la nación mexicana los dos elementos propios para hacer un excelente ejército: caballería e infantería (37).

. . . la caballería mexicana superior a la de los españoles, sobre todo en la guerra de partidos, como la sostenida para lograr la Independencia . . . (20).

La gran costumbre de las gentes del campo de atenerse constantemente al caballo, hace la caballería mexicana superior a la de los españoles . . . (20).

No es sino del empréstito convenido con Inglaterra que el Gobierno ha podido dar, y sobre todo a la caballería, un aspecto europeo . . . (6). Los uniformes han sido confeccionados en Inglaterra . . . (24).

Los criollos son siempre vistos con buenos ojos por Linati, sobre todo cuando se trata de sus aspectos heroicos en favor de la Independencia; pero observa también otras cualidades:

. . . este opulento campesino, descendiente de algún conquistador . . . condenado él mismo hasta hace poco a sufrir el yugo de una capital distante y celosa, sus riquezas no podían ser empleadas en bien de su país . . . El criollo no podía aspirar a la influencia de los empleos . . . Los excesos del despotismo y una larga humillación han acabado por sublevarlo . . . El criollo mexicano ha entre-

gado valientemente su sangre por la Independencia de su país; ha proclamado la libertad, la igualdad y merece la admiración de su siglo . . . (4).

Este criollo mexicano, este sencillo habitante del campo, lleno de ideas naturales, ve a los soldados extranjeros pisar el suelo de su país para avasallarlo . . . La misma reata que tira a los toros salvajes al lazarlos le servirá gustosa. Su cabalgadura de noble raza de potros andaluces comprende su alta misión . . . Ya se enfrenta a sus enemigos, laza de entre ellos a un jefe y lo arrastra, sujeto, hasta los suyos . . . (21).

Los indios tienen sus cualidades y sus limitaciones según lo que Linati pudo observar y les atribuye recuerdos de pasada grandeza, siglos ha, y sentimientos de una religiosidad desaparecida:

Los indios, por el contrario (de los criollos), sea por repugnancia, temor o torpeza, no se permiten cabalgar siquiera el humilde borrico, pero son infatigables en las marchas a pie. Su fuerza de continuidad en esto parece un prodigio . . . por la naturaleza de su suelo, por su sobriedad y conformación, son esencialmente buenos andadores . . . (37).

Los indios tienen costumbres más simples que los españoles. No se entregan al juego con tanto furor y no se meten con el pueblo bajo de las ciudades, pensando en el robo, que lo caracteriza. Son dulces y tímidos; tal vez, reparemos, esa timidez viene de la conciencia de su esclavitud y de la inferioridad política en la cual han caído. Los recuerdos de su antigua condición no se han perdido del todo en ellos y no obstante haberse convertido al cristianismo, seguramente les queda en el fondo de su corazón un apego oculto a sus dioses, de los cuales renunciaron más por la fuerza que por la persuasión . . . (26).

Cerca de cada ciudad grande hay un barrio o pueblo compuesto exclusivamente de indios. Parece estar allí para las necesidades y el servicio de los citadinos. El pueblo proporciona a la ciudad todo lo que exige un trabajo penoso: comestibles, etc. . . . (26).

Los indios modernos han conservado de sus antepasados el uso de objetos trenzados para gran número de cosas . . . (40).

Se diferencian de los indios civilizados de México (los indios apaches) por sus duros rasgos, su nariz aquilina y la conformación de su frente . . . (22).

Los negros tienen un lugar especial en la visión de Linati y si por una parte advierte en ellos cualidades y aun superioridades sobre otras razas, por otra plantea la cuestión de si su inferioridad es congénita o depende de causas históricas:

Una cosa que parece muy singular a todos los que pisan por la primera vez el suelo de la costa mexicana, es la especie de parecido o analogía que existe entre un negro de Veracruz en su traje de domingo y el arlequín de una comedia . . .

. . . la raza negra del golfo mexicano es superior a las de los indígenas, mestizos y criollos. Los negros son robustos, alegres y alertas, mientras que la raza europea es languidecente y débil y se propaga con dificultad . . . Sin los negros la costa mexicana sería un verdadero desierto . . . Su fuerza es prodigiosa y sus formas atléticas, pero no olvida hacerse pagar bien . . . (12).

No sólo en Europa hay maridos que golpean a sus mujeres . . . El negro liberado . . . se previene de un largo chicote para despertar la actividad de su compañera . . .

Nada hace más honor a la época actual que el triunfo casi completo que ha obtenido para los derechos de la humanidad ultrajada con el infame tráfico de negros. Sin embargo, si el blanco no debe abrogarse el derecho de vender a sus semejantes . . . será necesario que se sirva de su superioridad para impedir que el negro liberado abuse . . . los negros no se muestran muy dignos de la noble igualdad a la que se les ha elevado . . . ¿debemos buscar el motivo de esas diferencias en las leyes, en la religión, o bien existen en la especie humana conformaciones incapaces de elevarse a la cima de la civilización . . .? (30).

El trópico aparece ante Linati con todos sus horrores y molestias como una barrera para la civilización:

La lista de estos peligrosos habitantes de las soledades meridionales es muy larga y muy variada: la culebra de cascabel; el escorpión . . . ; el coralillo . . . ; el "metate" . . . y muchos otros . . . parecen estar amparados . . . para impedir el acceso a las ávidas búsquedas de los hombres . . . (29).

La arqueología es tratada incidentalmente por Linati, a quien le interesaba más la vida de su presente que la del pasado:

Las provincias meridionales de México están habitadas por una raza de hombres que por sus rasgos, sus vestidos y sus monumentos, parecen descender de una raza que no es la de los aztecas . . . Algunos sabios pretenden encontrar en los bajo relieves y en los numerosos monumentos indígenas que han desenterrado en Palenque las tradiciones de la arquitectura fenicia . . . Cualesquiera que sean esas opiniones, basadas sobre los restos de antigüedades muy poco conocidas y muy poco estudiadas, es un hecho que los monumentos palenqueños pertenecen a una civilización más avanzada que la de los aztecas y las de los pueblos del Norte . . . Las ruinas de Mitla y las de Palenque, así como otras de las provincias de Chiapas, Yucatán y Oaxaca atestiguan la existencia de un pueblo poderoso y numeroso que casi ha desaparecido de la superficie del Globo . . . (29).

Cuando M. Bulloc obtuvo permiso del gobierno actual para desenterrar la antigua piedra de sacrificios del dios de la guerra, aquella en que se vertía la sangre de las víctimas, se vieron llegar a la capital muchos indios de los alrededores y sobre todo mujeres que le echaban flores. La prudencia aconseja al Gobierno no dejar a la vista del público un objeto que despierta tales reminiscencias y mientras la piedra se lleva al patio de la Universidad se ha rodeado de una palizada cerca de México . . . (26).

Los caballos eran sin duda muy del gusto de Linati; los dibujaba bien, porque los conocía bien y con frecuencia se refiere a ellos, ya en relación con la milicia o en otros aspectos de la vida mexicana:

Como la población se compone de indígenas y de criollos, estos últimos se acuerdan de que sus ancestros conquistaron el país con la ayuda de sus caballos . . . y han conservado una gran predilección por esos poderosos aliados; el criollo es, por lo tanto, buen soldado de caballería y malo de infantería . . . (37).

. . . el uso de los caballos, de los coches y de las mulas se aplica a las menores necesidades de la vida . . . lo que prueba que los mexicanos tienen predilección decidida por servirse de otras piernas que no sean las suyas . . . (19).

La carencia de caminos hace que el uso de los caballos sea más común en México que en Europa . . . (18).

Lo que apena a los europeos es ver a esos pobres caballos, que no son muy fuertes, sobrecargados de un doble fardo, emprender largas jornadas cubiertos bajo los enormes arneses . . . (18).

Los caballos mexicanos son excelentes para ser montados, pero no son de suficiente talla para ser enganchados. Por eso se prefieren las mulas para los tiros de coches . . . (44).

Las inmensas distancias por recorrer y la abundancia de pastura . . . crean la necesidad de multiplicar los caballos . . . puede aventurarse que América, proporcionalmente a su población, cuenta con más caballos que Europa. La falta de caminos ha hecho inútil la educación de los caballos de tiro, son los caballos de silla los que tienen el privilegio de cubrir el país . . . todos los campesinos mexicanos . . . van, aun a los menores asuntos, montados en sus fieles corceles (20).

. . . las ricas pasturas y la abundancia de maíz, excelente alimento para los caballos, hacen de México una región muy propia para tener en pie una buena caballería. Los caballos mexicanos descendientes de los garañones de Andalucía conservan muchos de los rasgos y de las cualidades de sus padres. Vivos y nerviosos . . . tienen una fuerza de resistencia poco común . . . (6).

Los mexicanos conservan esas formas de monturas como se usaron en tiempos de la conquista. Una campana de cuero bordado y repujado, guarnecida de una franja de cadenas de acero, cubre las ancas y la grupa del caballo, de manera que los movimientos se rigen por ella. Los fuertes aguaceros tropicales y los incómodos insectos explican, quizá, que se continúe usando un aparejo tan pesado (17).

Los caminos fueron motivo de preocupación para Linati por su sentido progresista, que le hacía comprender la necesidad de ellos, y por eso critica la actitud de los españoles antes de la Independencia. Aparece también el camino trans-ítsmico y la inseguridad general que existía en las vías de comunicación:

Las escasas obras públicas emprendidas por los españoles fueron empezadas con tanta magnificencia y grandeza que por lo mismo han quedado imperfectas. Tal fue el camino que debió conducir de Jalapa a México . . . hay que lamentar que no fuese terminado . . . Este camino tan imperfecto . . . (43).

La carencia de caminos hace que el uso de los caballos sea más común en México que en Europa . . . (18).

. . . un camino que debe cruzar el país en su parte más estrecha hasta Tehuantepec sobre el Océano Pacífico . . . (23).

. . . Si mientras tanto hay la buena fortuna de escapar a los siniestros encuentros de ladrones de camino real . . . (17). El Gobierno actual, queriendo librarse de una espantosa cantidad de ladrones de camino real, de los cuales ha poblado las provincias la guerra de Independencia, publicó un decreto a partir del cual todo ladrón de camino real que se aprehenda será juzgado por una comisión militar y ejecutado en el sitio mismo . . . (31).

Los viajes no eran precisamente un placer en las condiciones descritas arriba y los diferentes medios de transporte, las literas, los coches de colleras, los caballos o las mulas, dejaban bien molidos a los viajeros y, especialmente, claro está, a las señoras:

Al llegar a Veracruz el calor insoportable del clima, las despiadadas legiones de mosquitos . . . obliga a buscar los medios más rápidos . . . no son los más fáciles de encontrar ni los más cómodos . . . De ordinario . . . las mulas . . . Una manera más cómoda, sobre todo para las señoras . . . es procurarse una litera . . . Este medio de viajar es lento y caro . . . (41).

Cuántas veces no se ve a jóvenes y delicadas inglesas emprender a caballo el viaje de Veracruz a México y soportar con valor las privaciones de un camino . . . (18).

. . . semejantes caminos y tales coches (de colleras) hacen necesario un ejército de mulas para arrastrarlos y en último análisis, una bolsa bien llena para llegar a través de miles de incomodidades, traqueteos, magulladuras y pillajes, hasta la capital . . . (43).

El bello sexo atrajo, naturalmente, la atención de Linati, y supo describir bellezas y encantos de las mexicanas que las hacían rivalizar

con las europeas, en especial las mujeres de Tehuantepec, si bien el bello ideal que tiene el artista en la mente es el clásico:

El Asia muestra con orgullo la belleza de las circasianas, Europa la de los griegos, en cuanto a México, su Circasia se encuentra en la provincia de Tehuantepec. La raza indígena, que casi por todas partes ofrece rasgos que no tienen gran cosa de analogía con lo que constituye la belleza ideal entre nosotros, parece haberse ennoblecido en esta región favorecida por la naturaleza. Las tehuantepecanas pasan por ser las mujeres más bellas de México. Su tinte se aproxima a la blancura de las europeas . . . belleza que puede competir con las de otras comarcas y disputar la manzana a Paris. La naturaleza les ha enseñado a valorizar lo que tienen de más seductor sus encantos . . . la murmuración . . . la reputación de estas bellas indias . . . ¿por qué no hemos de creer que se equivoca? . . . (11).

Las mujeres indígenas de Tehuantepec, de Yucatán, de Guatemala y sobre todo, las de los alrededores de Palenque, ofrecen los rasgos más regulares, un color más bien claro . . . (29).

No solamente al pie de los altares depositan sus pensamientos secretos las mujeres mexicanas; pocas de ellas sabrían confiar al papel las penas de su corazón y los tormentos de los celos, así recurren al escribiente público . . . (9).

Encantador sexo . . . el imperio de tus gracias extiende su influencia bienhechora . . . sabe (una joven obrera) hacer olvidar a veces a la gentil *grisette* parisina . . . su tinte pálido y como de olivo . . . sus ojos vivos y chispeantes, negros . . . su talle . . . flexible como la serpiente . . . su coquetería . . . ligera, alegre, sin pretensiones, sin afectación . . . su piedad religiosa . . . (1).

El criterio estético de Linati se manifiesta más claro que en otros sitios a propósito de "un dulcero" (10), donde aparece su clasicismo:

Decía Girodet que sólo en Roma se podía hacer un buen cuadro; hay algo demasiado circunscrito en esa aserción . . . no es sino en los países cálidos donde se puede formar la buena pintura. La temperatura alta permite a las clases laboriosas librarse de esos vestidos ajustados y pesados que los cubren en los países del Norte . . . se

ve a los cargadores y pescadores desplegar sus fuerzas atléticas teñidas por un sol radiante y ofrecer a cada instante actitudes y contrastes que estudia el artista y que lo familiarizan, sin darse cuenta, con la belleza académica . . . (10).

La arquitectura rural no fue bien observada por Linati y menos aun la urbana, ya se ha dicho en otra parte de este trabajo; sin embargo, llamaron su atención las cercas de órganos, tan comunes en nuestros pueblos:

. . . una cabaña indígena, rodeada de una palizada vegetal de esa especie de nopal que los franceses llaman "tubo de órgano" por la semejanza con los tubos de ese instrumento. Esta planta sin ramas y sin hojas es muy común en México, donde sirve para bardear las habitaciones. Su fruto es muy inferior al (del) nopal . . . (35).

La indumentaria ocupa un lugar especial entre los intereses que Linati ha ido mostrando, mas no obstante, no es el tema principal en sus textos, sino más bien parece incidental. En unos dos casos (1 y 4) amplió sus descripciones en notas, pero esto, que podría haber sido un método, no parece que le interesó hacerlo. A menudo no se trata siquiera de una descripción, sino que aprovecha la indumentaria para hacer observaciones conexas, pero de índole diversa, hasta política; en otros casos ni siquiera se ocupa de mencionar los vestidos.

Las clases laboriosas, como las llama Linati, están representadas por: una *Joven obrera* (1), cuyo "traje es de percal burdamente impreso en el país . . ."; un *lépero* (2), quien, "sin camisa, sin chaqueta, un pedazo de cuero y una *manta* de lana forman su vestido . . ."; un *aguador* (7) "es el único ser en México que lleva gorra . . ."; un *escribiente* (9) cuyo "traje a medias europeo demuestra su origen español . . ."; un *dulcero* (10), a quien "una manta suave y ligera le parece un traje pesado . . ."; un *carnicero* (19) que lleva ". . . un capote manchado de sangre . . ."; una *sirvienta* (26) viste una "túnica que la cubre llamada *huipil* . . . es de una

tela gruesa de lana, parecida a algunos de nuestros tapices por el tejido y el dibujo . . .''; un *cochero* (44) conserva aún ''. . . su sombrero de tres picos y su única bota . . .''.

Las clases altas, que están apenas representadas en el libro del artista, llamaron su atención por ciertas prendas de su indumentaria y son éstas las que describe. De la *muchacha a caballo* (18) ve el manto ''. . . especie de túnica hermafrodita . . . El del caballero se llama *xorongo* . . .''; de la capa de un hacendado (4) incluye una exacta descripción: ''. . . llamada *manga*, es una pieza de paño azul o verde, cortada en óvalo y forrada de percal pintado . . .''; de una *dama joven* (15) toma nota de su ''. . . elegante porte, una mantilla bien cruzada, un abanico . . .''.

Los trajes típicos regionales son admirados por Linati, por su variedad y cualidades, así, dice: ''Hemos escogido los trajes más elegantes y los más bizarros . . . los de las mujeres consisten siempre en una falda y una manteleta, cuyas formas y colores varían . . . No hay en parte alguna mayor variedad de trajes que en las provincias de la República. Cada casta tiene el suyo . . .'' (40). Los vestidos de las *mujeres de Palenque* ''. . . recuerdan algo de los antiguos egipcios y fenicios . . .''; y el vestido de las *mujeres de Tehuantepec* (11) se compone, además de otras prendas, de ''. . . una falda muy estrecha, de modo que no les permite alargar los pasos . . .'' La indumentaria de un *negro de Veracruz* (12) en traje de domingo le hizo gracia a Linati y le recordó a un arlequín ''. . . con su sombrero blanco, con su sable colocado a manera de un palo . . .'' El vestido de un *indio apache* (22), que Linati seguramente no vió nunca, ''. . . se compone de un sarape de lana, de pantalones de gamuza, de mocasines, de una banda en la frente y de adornos, collares y brazaletes.''

El clero, que apenas si aparece en el libro de Linati, no queda descrito en cuanto a su indumentaria, sino en el caso del *seminarista* (3); ''. . . la severidad religiosa . . . una toga de tela de castor abierta por los lados y cuyo color varía según las clases . . . la especie de banda . . . que cae sobre la espalda . . .'', y en el caso de un *fraile camilo* (31): ''. . . su gran capa negra . . . la cruz roja que sale del fondo oscuro de sus ropas . . .''

No obstante, en cierto momento (Morelos, 46), dice Linati: "Ha sido necesario presentar *muchos* trajes religiosos porque la nación ofrece una fisonomía muy eclesiástica . . ." Pues bien, no parece que sean "muchos" los cuatro trajes religiosos que aparecen en el total de cuarenta y ocho láminas que componen el conjunto. Así, o ésos le parecieron "muchos" al artista, o se olvidó, al escribir, cuántos había incluído; en todo caso, es evidente que los trajes religiosos le interesaron menos que otros.

La milicia le interesó más a Linati, pero en los textos apenas si menciona la indumentaria, sin embargo, toma nota de los cambios que se estaban operando. De un *soldado de línea* (37) que pertenece a ". . . el primer batallón completamente armado y equipado según el gusto moderno o el modelo francés. No se ha cambiado sino las charreteras . . . El *schakó* lleva sobre la copa los colores nacionales y el pantalón es siempre de manta . . ." En el caso de los *dragones* (6) ". . . se ha substituído el sombrero redondo que distinguía a los antiguos caballeros americanos, por un casco . . ." Pero en el caso de la *caballería ligera* (24) ". . . el sombrero redondo ha sido reemplazado por un casco de forma griega o algo parecido . . . la influencia inglesa . . ."

Héroes y funcionarios aparecen pocos, pero *Hidalgo* (16) lleva ". . . el traje del jefe de la insurrección mexicana . . ." A propósito del *presidente Victoria* (13) dice: ". . . todos los funcionarios prefieren vestir el uniforme que atestigua sus derechos al puesto que ocupan. El uniforme francés . . . las charreteras para los altos grados, pero han conservado la faja bordada y el bastón que distingue a los generales en España." En cambio para el *regidor* (28), "El Ayuntamiento . . . ha creído un deber renunciar a la gran faja roja española y adoptar un vestido a la vez más elegante y más moderno . . ."

La visión que Linati nos da de la ciudad de México no podía ser más viva; es la visión desde luego del hombre en la calle, así, ve la capital llena de movimiento, de coches, de vendedores ambulantes gritando para anunciar sus mercancías, de indios cargados,

mal aviniéndose al tráfico de la capital; los mercados en plena animación; las calles escasas de tiendas por las cuales corren también los rebaños; y los tipos curiosos: el carnicero, el aguador, el lépero, así como los inoportunos y numerosos mendigos. A lo anterior hay que agregar los gritones de loterías y panfletos, las fiestas religiosas con sus procesiones, el repique de campanas y los cohetes; y, por último, cuando toda esa algarabía cesa en la noche, aun el sueño es interrumpido con el lúgubre ¡alabado! del sereno.

En los textos anteriores se encuentra también una visión del mexicano, pero hay que distinguir en tal concepto al criollo del indio. Así, los mexicanos son golosos; los nobles tradicionalistas; el pueblo no conoce bien ciertas técnicas, mas en cambio, muestra una disposición natural para las bellas artes; el juego y la pasión caracterizan a los mexicanos; son perezosos, por eso gustan de montar a caballo; pero, son también galantes y valerosos. Las criollas del pueblo pueden rivalizar por su belleza y su gracia con las europeas; las sureñas de la zona de Palenque se asemejan a aquéllas y por eso su belleza es atractiva. Linati tenía metido en la cabeza el ideal clásico, y así, sólo la belleza que se acerca a aquél le satisface. Dos notas más distinguen a las mexicanas: su coquetería y su piedad religiosa, por ambas hacen votos ocasionales, que no son sino pantomimas de la sociedad. Las indias, que son dulces y tiernas, de inteligencia limitada pero leales, se emborrachan de vez en cuando, siguiendo el ejemplo de los hombres; los indios aman el pulque.

Todo lo anterior, se sublima, los defectos se pierden y las virtudes se enaltecen, cuando Linati ve, en conjunto, el esfuerzo valeroso que hizo realizar a los mexicanos su Independencia. Gesto y circunstancia que lo entusiasman sobre todas las cosas. Porque, como hombre moderno y progresista, deseaba que México alcanzase los más altos planos de la civilización, del progreso y la democracia, si bien comprendía que estaba muy atrasado, por las malas herencias de los españoles. Además, las nuevas leyes le parecían tímidas, y errónea del todo la idea de que la religión católica fuera la única reconocida, en un país que necesitaba de gente —de cualquier credo— para explotar sus recursos y, como dice Linati, para "poner

su población al nivel de su extensión". El país se encontraba, pues, sumido en la guerra y en la pobreza, pero hacía esfuerzos por establecer un orden nuevo y, en suma, su independencia. Linati no sólo era un entusiasta de México independiente sino que tenía una fe absoluta en que la nueva vida le abriría un porvenir que lo pondría a la altura de las naciones más civilizadas y su intención fue contribuir a ese futuro. Era necesario hacer más caminos para facilitar el comercio; atender el analfabetismo; hacer que el clero secular y los monjes no obstaculizaran; dar seguridad en los puertos, en los caminos y en el norte del país, expuesto a las invasiones de los apaches salvajes. Cierto que el gobierno tomaba medidas para impedir el juego; que recibía empréstitos para mejorar el ejército; pero todavía los jóvenes indígenas no comprendían, por ignorancia, el alcance de los destinos de su país; todavía la nación mexicana tenía una fisonomía muy eclesiástica y la educación teológica privaba. Sin embargo, el país hacía esfuerzos por mejorar.

Enaltece Linati a los héroes: Hidalgo, Morelos. Los criollos y los indios que habían vertido su sangre por la Independencia, merecían su respeto. Había también extranjeros, italianos especialmente, que colaboraban entonces en el bienestar de México: Filisola, Ucceli, Stavoli.

A Linati le pareció que los indios actuales aún recordaban su pasada grandeza y las antiguas religiones; eran dulces, tímidos, resistentes y buenos caminantes. Mas, en cuanto a la fuerza física, el negro aventajaba a criollos, mestizos e indios, si bien a menudo abusaban de la libertad que el tiempo les había dado, al suprimir la esclavitud.

No sólo la falta de caminos, que hacía los viajes incómodos e impedía el progreso era una traba, había que luchar en las regiones tropicales contra todos sus inconvenientes naturales que eran una barrera para el hombre.

Y en cuanto a las indumentarias típicas, sorprendió a Linati su riqueza, su variedad, recordándole algunas las antiguas de Oriente y Occidente. Las nuevas modas empezaban a abrirse paso; las influencias eran francesas e inglesas, sobre todo en la milicia, pues, México estaba empeñado en tener un ejército a la europea; de

España se conservaban aún algunas tradiciones en los uniformes de los altos jefes militares y de los funcionarios.

La visión de México que se desprende de los textos de Linati, aparte de sus observaciones curiosas, nos lo muestra, como se dijo al principio de este trabajo, como un hombre moderno, liberal, progresista, apasionado, con ninguna simpatía por el clero, ni por la España tradicional, por la España en que había vivido, por cuya libertad había luchado y penado y cuya lengua le era tan propia como la italiana. Linati era un entusiasta de la Independencia de México y era el espíritu de ese movimiento el que le hacía poner su fe en el porvenir del país . . . mas, estaba todo por hacer.

Linati era, además de un revolucionario, un artista, no hay que olvidarlo, y así, su visión se completa con la creación que hizo de los tipos mexicanos de todas clases, dentro del concepto de la belleza académica, del arte que, según dijo: ". . . era la vuelta a la verdad, a la dignidad y a la moralidad . . ." Y si muchas de sus observaciones son atinadas y todas sinceras, incurrió en errores y exageraciones, y desde el punto de vista del arte la representación de los tipos fue siempre idealizada . . . y falsa en gran medida, si bien corresponde a la visión y a los conceptos de su tiempo, no por clasicista menos romántico, ni menos histórico.

Réstame tan sólo hacer algún comentario sobre aquellos aspectos del pensamiento de Linati que me parecen merecerlo.

En primer lugar es curioso que en su afán de enaltecer el pasado indígena haya escogido a Moctezuma II y no a Cuauhtémoc. Por otra parte, no parece buen sentido histórico atribuir a los indios modernos recuerdos, ideas y sentimientos del antiguo México, pues tal parece que se trata de las mismas generaciones que pelearon en la Conquista. Además, en su idealización del indio, se equivoca cuando dice que la borrachera era "desconocida por los antiguos habitantes de Anáhuac". Y en cuanto a que las indias hubiesen decidido no cohabitar con los españoles, es posible que fuera verdad en algunos casos y pasajeramente a raíz de la Independencia,

pero los hechos no parecen demostrar que haya sido una resolución permanente y generalizada.

Tiene interés la crítica de Linati, como buen hombre moderno, liberal y progresista, a la Constitución mexicana que proclamaba la religión católica como la única, con exclusión de toda otra; fue también obra del tiempo. Mas se piense como se piense, o se crea lo que se crea, la verdad es que Linati supo ver las consecuencias de tal afirmación. También Linati intuyó las posibilidades futuras de Santa Anna en la política del país.

Aparece el problema que mucho ha preocupado, con razón o sin ella, sobre los negros, acerca de si son inferiores por naturaleza o por razones históricas, no obstante reconocer su superioridad en algunos aspectos. Hoy día está desechada la tesis de su inferioridad congénita y los hechos van demostrando lo que la cultura puede alcanzar.

Respecto a España, sus tradiciones y las herencias que dejó a México, el juicio de Linati es unilateral y nada comprensivo. En este punto su pasión le impedía ver los otros aspectos positivos; lo mismo sucede en su actitud acerca del clero, mas parece que tiene razón en otras de sus críticas que explican, en una buena parte, el movimiento de Independencia.

Es evidente que muchas de las observaciones de Linati sobre la situación histórica del país son acertadas y algunos de los problemas que plantea respecto al estímulo del progreso son aquellos con que México se ha debatido y continúa debatiéndose.

Ya hemos apuntado repetidas veces que el criterio estético de Linati le hacía considerar la belleza humana que estuviera más cercana al ideal clasicista. La arquitectura de México y su paisaje no le interesaron y por lo tanto no tuvo ojos para eso, puestos como los tenía en otros sitios. Y, por último, es evidente también que sí le interesaron las indumentarias mexicanas, las cuales fueron su punto de partida, supo aprovecharlas como buen pretexto para explayarse en sus textos, con lo que redondea *su* visión de México, es decir, de todo aquello que tocaba sus propios intereses vitales. Sus ideales, pasiones y curiosidades dieron origen a su obra: *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, que constituye un docu-

mento de inestimable valor tanto para nuestra historia del arte como para la historia de las visiones de nuestro país expresadas, en una forma o en otra, por extranjeros.

Para un estudio completo del pensamiento de Linati habría que considerar todos los textos publicados por él, sobre todo los de "L'Industriel" y, desde luego, los de "El Iris", así como su epistolario. Entonces se explicarían mejor sus actitudes y posiciones ideológicas, de carácter universalista moderno, y el sentido de su crítica; mas puedo asegurar, habiéndome hecho cargo de todo eso, que en otros textos se encontraría lo mismo que incluye fundamentalmente su libro, claro está que más desarrollado y a menudo más franco, en ocasiones hasta brutalmente sincero. Pero en su libro —láminas y texto— la presentación que hace de México es medida, sintética, bella, refinada y de absoluta buena fe, por eso debe ser considerado como su obra más acabada; contiene lo que México era en verdad para él y lo que fue Linati mismo.

TEXTOS DE LINATI

(Traducción)

Los títulos y la numeración corresponden a las láminas.

Joven obrera

Encantador sexo, amable mitad del género humano bajo todos los climas de la tierra; a pesar de la ignorancia y la barbarie, no importa bajo qué colores y bajo qué vestido, el imperio de tus gracias extiende su influencia bienhechora y vuelve mejores los hombres al imponer una tregua a las pasiones odiosas que los agitan. No obstante su tinte pálido y como de olivo, la joven obrera mexicana no renuncia al privilegio de gustar y sabe, por su viveza natural, por sus movimientos rápidos y graciosos, hacer olvidar a veces a la gentil *grisette* parisina. No carga sobre su cabeza un peinado artificial con aceites perfumados; la naturaleza le ha dado el esplendor del azabache a su espesa cabellera y un simple listón aprisiona los largos torrentes de ébano. Las rosas no hacen contraste con la azucena de sus mejillas, mientras sus ojos vivos y chispeantes, negros como el ala de un cuervo, nadan en la voluptuosidad bajo los dos arcos de terciopelo que se reúnen sobre su nariz aguileña. Ningún *corset* molesta su talle, flexible como la serpiente en las praderas, sus formas se dibujan bajo el ligero velo que las cubre. Su coquetería se manifiesta al mover un pequeño pie aprisionado en un zapato de satín de manera que llame la atención, y el constante acomodo de su mantilla permite a sus torneados brazos la facultad de tomar las actitudes más seductoras. Su natural espíritu le sugiere réplicas atrevidas que no puede haber aprendido en lecturas que ignora; ligera, alegre, sin pretensiones, sin afectación, su piedad religiosa es su único escudo contra la seducción; pero si cede, pronto se persuade que el placer no es un crimen y que no puede provocar la cólera inexorable del cielo.

Nota: El traje es de percal burdamente impreso en el país, así como el olán. La mantilla o tápalo es de una tela de algodón muy tupida que llaman *manta* antes de ser pintada. Se fabrica en Puebla de los Angeles y también se envía en blanco de Inglaterra y se pinta en el país.

Lépero: vagabundo

Es el nombre que se da en México a un hombre de la última clase del pueblo, de raza cruzada de indio y español.

El lépero es el *lazzaroni* de Nápoles; pero, si tiene algo de más innoble en sus rasgos, es, sin embargo, más independiente, ya que tiene menos necesidades. Sobre el escombro de una civilización degradada, vive en medio de una populosa ciudad en estado natural. Sin camisa, sin zapatos, un pedazo de cuero y una *manta* de lana forman su vestido. Esta misma cubierta le sirve de cama en la noche y un portal o las gradas de una iglesia le sirven de habitación. Situado en el día en la esquina de una calle, un encargo a cumplir, un bulto que llevar, le son suficientes para procurarse la más frugal de las comidas; una media docena de tortillas salpicadas con chile es su alimento; el agua de la fuente es su bebida. Un cielo puro y siempre templado le evita la necesidad de otros vestidos. Viviendo de día en día sin preocuparse del mañana, en tanto que haya ganado con qué pasar las veinticuatro horas, acostado en el sitio que le sirve de albergue, un sueño ligero suspende sus facultades, hasta que la nueva aurora, renovando sus necesidades, le obliga a buscar una vez más los medios de satisfacerlas.

Feliz mortal si el veneno de la corrupción y del fanatismo no vienen a agitar su corazón sencillo y su espíritu perezoso, si los licores fermentados no le traen la turbación a sus sentidos, si el furor del juego no le conduce al crimen, y si sus necesidades primarias no le hacen, a veces, instrumento dócil en las manos del despotismo y de la superstición!

Seminarista

Quien conozca a España verá en el seminarista mexicano una fiel copia del seminarista español. En todos los países que admiten la supremacía del altar sobre el trono, aplicado a transacciones humanas, el primero de los estados es necesariamente el de sacerdote. Así, puesto que no hay nada más allá, no hay padre de familia que soñando en dar una educación a sus hijos, no aspire a verlos un día en las altas dignidades de la iglesia. La educación es, por lo tanto, teológica; los otros conocimientos están en segundo plano y los seminarios, bajo la vigilancia directa de los obispos, no son sino semilleros de curas, en donde el traje mismo empieza por separar al neófito del resto de la sociedad. Pero, como es de la esencia de todas las instituciones que han envejecido faltar a sus fines, nada es menos propio para formar un buen sacerdote que un estudiante de los seminarios mexicanos; en un país donde el desarrollo de la adolescencia es precoz, a la edad de doce o trece años esos niños-hombres, bajo el pretexto de ir a ver a sus padres, obtienen permiso de salir durante el día y recogen de la sociedad todos los vicios que ella presenta.

Se les ve correr, jugar y fumar en las calles, con un abandono que contrasta con la severidad religiosa de su indumentaria. Esta consiste en una toga de paño de castor abierta por los lados, cuyo color varía según las clases. Así, las hay rojas, azules y pardas; la especie de banda terminada en estola que cae sobre la espalda hasta los talones y se distingue por atrás, varía también de color según la sotana, y un anillo de plomo evita que vuelen las puntas y viene a ser el arma que decide en los combates durante las horas de recreo.

Hacendado: criollo propietario

En una colonia como esta, rica en toda clase de producciones y sobre todo en metales preciosos, en la cual los fundadores han reducido a la esclavitud a los indígenas, junto a millares de desgraciados, se encuentra un hombre opulento que explota esos vigorosos brazos para vivir en el lujo y en el ocio. He aquí este opulento campesino, descendiente de algún conquistador de México; la extensión de sus dominios equivaldría en Europa a la de alguna provincia. Dos mil indios, antiguos y legítimos propietarios de esas tierras, las riegan con el sudor de su frente para llenar sus graneros de maíz y sus bodegas de azúcar y de frutos tropicales. Sin embargo, condenado él mismo hasta hace poco a sufrir el yugo de una capital distante y celosa, sus riquezas no podían ser empleadas en bien de su país.

La Metrópoli impedía cuidadosamente todo lo que pudiera elevar las colonias a rango de naciones. El criollo no podía aspirar a la influencia de los empleos. Un sistema de embrutecimiento le prohibía los goces intelectuales; Roma y Madrid, he ahí todo lo que entreveía más allá del Océano. Un lujo incómodo y vulgar, las solemnidades de la Iglesia, los placeres de la mesa y del juego, absorbían sus tesoros y sus ocios. Su educación había hecho todo lo posible para volverlo pusilánime y enervado; pero el sol, el clima, las distancias, lo hicieron ágil y valiente. Los excesos del despotismo y una larga humillación han acabado por sublevarlo, y su arma, heredada quizá de alguno de los audaces compañeros de Fernando Cortés, ha acabado por espantar al malhechor, al brillar contra los opresores de su patria.

El criollo mexicano ha entregado valientemente su sangre por la independencia de su país; ha proclamado la libertad, la igualdad y merece la admiración de su siglo.

Nota: Su capa llamada *manga*, es una pieza de paño azul o verde, cortada en óvalo y forrada de percal pintado; enmedio tiene una abertura, por la cual pasa la cabeza, que está rodeada de terciopelo galoneado con franjas y que le cubre la espalda. Su sombrero es de vicuña galoneado por dentro; su chaquetilla de gamuza está cerrada como una camisola. Por delante enseña su camisa de tela muy fina y bien plisada; sus botas están abiertas y dobladas por los lados.

Tortilleras

El trigo no fue conocido por los antiguos mexicanos. Las regiones situadas bajo los trópicos no son favorables a su cultivo; la falta de heladas, los calores excesivos, las lluvias periódicas y otras causas, lo hacen crecer excesivamente, lo que perjudica el desarrollo y la madurez de las espigas. El maíz constituía y todavía hoy constituye el alimento más generalizado en la población. A falta de molinos o porque la harina de maíz es difícil de moler, las mujeres de cada matrimonio se encargan de la elaboración de este alimento cotidiano. La joven esposa lleva por dote a su marido un taburete y un rodillo ("mano") de piedra, que llaman *metate* (palabra indígena), como para anunciar que en reconocimiento de la acogida que recibe en su nueva familia ella se ocupará de su subsistencia y proporcionará descanso a la madre de su marido. Las galletas de maíz, llamadas tortillas, exigen un trabajo que se parece al que se necesita para hacer el chocolate. Se meten los granos de maíz en agua, en infusión, y cuando están inflados, se muelen y se reducen a una masa, sobre el banquillo de piedra inclinado, en el metate. El agua y la parte fibrosa caen poco a poco en una cubeta que está colocada abajo, y ya que la masa está convenientemente remolida, se hacen bolas pequeñas que se pasan a una sirvienta, la que a fuerza de darles vueltas golpeándolas entre las palmas de las manos, hace unas galletas muy delgadas y circulares, que se cuecen en unos instantes en una sartén (comal) de fierro para darles un poco de consistencia. Estas tortillas, un tanto sosas, son indigestas para los europeos, a quienes no les gusta avivar el sabor con chile, como lo hace la gente del país, y a veces les causan enfermedades intestinales y obstrucciones en las vísceras de la digestión. El uso del pan se generaliza más cada día.

Dragón

Las inmensas distancias que se recorren, las ricas pasturas y la abundancia del maíz, excelente alimento para los caballos, hacen de México una región muy propia para tener en pie una buena caballería. Los caballos mexicanos descendientes de los garañones de Andalucía conservan muchos de los rasgos y de las cualidades de sus padres. Vivos y nerviosos, si su grupa correspondiera a su delantero, se les podría considerar como caballos perfectos; de todos modos, ese defecto está compensado por una fuerza de resistencia poco común y por la capacidad para pasarse sin comer y sin cuidados durante una jornada entera. Allí donde los caballos son buenos y numerosos no faltan los buenos jinetes, y en este momento se puede uno atrever a establecer la superioridad de la caballería mexicana sobre la caballería española. La guerra y la pobreza en que se encuentra la República, como consecuencia de los esfuerzos que ha hecho para establecer su independencia, no le había permitido equipar convenientemente sus tropas; también, no es sino después del empréstito convenido con Inglaterra que el gobierno les ha podido dar, y sobre todo a la caballería, un aspecto europeo. Ahora los trece regimientos de caballería mexicana no dejan nada que desear, pues no tienen sino oficiales suficientemente instruídos para saber que la libertad civil no debe destruir la subordinación militar.

Se ha sustituído el sombrero redondo, que distinguía a los antiguos caballeros americanos, por un casco. Si este cambio halaga la vista, no es tan cómodo para el soldado; el sombrero redondo le garantizaba de los rayos de un sol casi siempre perpendicular, y a su cuello de las lluvias que caen en torrentes después del mes de mayo hasta el mes de septiembre.

Aguador: cargador de agua

Todos los países ofrecen algunos usos que no se sabe qué razón tienen, sea a causa de su incomodidad, sea a causa de su extrañeza. El aguador de México es uno de los sujetos que más sorprende los ojos del extranjero, pues éste apenas si concibe cómo para llevar 50 libras de agua no han encontrado otro medio que echarlas en un recipiente de barro casi tan pesado como ella misma, y cuya forma esferoidal concentra el fardo sobre un solo punto. Ese cántaro no es suficiente para las necesidades de una sola familia y un peso tan incómodo no puede ser aumentado; una pequeña reserva suplementaria contenida en un cántaro amarrado a dos correas cruzadas sobre la cabeza y suspendidas por delante, sirve de contrapeso al primer fardo; los balanceos de este segundo cántaro son impedidos por el delantal que lo sujeta por medio de un gancho. El aguador "amordazado" así, o encuadrado en sus dobles correas, marcha de frente y derecho sin poder permitirse el menor movimiento de cabeza y lleva el líquido a su reparto de ese modo; un medio real —apenas seis centavos en Francia— es el precio de su carrera; pero si trabaja el día entero gana de cuatro a cinco francos por día.

Las correas que se cruzan sobre su cabeza le impiden llevar sombrero; el aguador es el único ser en México que lleva gorra.

Soldado de línea

Este joven indígena, dueño de sí en su nuevo uniforme militar ha venido a pagar su deuda a su patria regenerada; se apoya sobre aquella arma, de la cual la explosión incomprensible y el efecto mortal consumaron la esclavitud de sus antepasados y tacharon de los fastos de la historia la dinastía de Moctezuma. Demasiado ignorante para comprender el alcance de los nuevos destinos de su país, sus confusas ideas no se detienen todavía, quizá, sobre los derechos que le han escamoteado y sobre los que acaban de devolverle. Oye resonar a su alrededor el nombre de libertad, de emancipación, de independencia, pero esas palabras salen de la boca de los descendientes de aquellos mismos hombres que derribaron el altar de sus dioses y el trono de sus reyes.

En su aspecto indolente se lee a la vez la ironía, la suspicacia o la indiferencia de un beneficio mal apreciado. Instrumento dócil hasta ahora de la liberación de los sobrinos de sus opresores a su vez oprimidos, la luz todavía no ha alumbrado su inteligencia, todavía no ha relevado del todo su cabeza agachada bajo el yugo de tres siglos. ¡Quizá el día que sepa que combatió por un país que era el suyo, los viejos recuerdos le revelarán sus derechos y sus destinos! ¡Quizá los vínculos de la civilización y de la desgracia lo animarán a fraternizar con sus conquistadores convertidos en ciudadanos! Entonces, olvidando su lengua natural y las tradiciones antiguas, cooperará a la elevación de un pueblo poderoso, compuesto de diversos elementos, es cierto, pero, no formando sino un solo y mismo cuerpo.

Escribiente ("Evangelista")

No solamente al pie de los altares depositan sus pensamientos secretos y la confesión de sus debilidades las mujeres mexicanas; pocas de ellas sabrían confiar al papel las penas de su corazón y los tormentos de los celos, así, recurren al escribiente público establecido en medio de la Plaza Mayor de México, quien no tiene para defenderse de los rayos del sol sino el mezquino abrigo de su *petate*. De ordinario es un español a quien no le ha sonreído la fortuna en el Nuevo Mundo, lo que equivale, casi, a un certificado de mala conducta. Reducido al oficio de embadurnador de papel, posee el secreto de muchas relaciones, el hilo de muchos amoríos, el misterio de muchas infidelidades, ¿cuántos humildes ruegos, cuántas peticiones, cuántos asuntos pasan por sus manos? Se diría que es el escollo contra el cual vienen a romperse todos los chismes de la ciudad.

No obstante la humilde apariencia de su establecimiento, es suficiente para procurarle comodidad. La venta de tinta, de plumas cortadas, de lacre, de canciones y de saetas, aumenta sus intereses y, en resumen, el oficio de escribiente público en un país que figuraría en negro en la carta del barón Dupin, no deja de tener sus compensaciones.

Su traje, a medias europeo, demuestra su origen español. La joven criolla sentada a su lado, a la manera del país, ha renunciado a su tápalo, reemplazándolo por un pañuelo de paño o de seda (*crepe*) china y así cubre su cabeza y sus espaldas, ya que si la moda francesa ha extendido su imperio sobre todo el tocado de las personas de cierta comodidad, no ha invadido el peinado, pues nadie osaría entrar en el templo de Dios con la cabeza cubierta de un inmenso sombrero, como en Europa.

Vendedor de dulces

Decía Girodet que sólo en Roma se podía hacer un buen cuadro; hay algo demasiado circunscrito en esa aserción. Diré más aún, que no es sino en los países cálidos donde se puede formar la buena pintura. La temperatura alta permite a las clases laboriosas librarse de esos vestidos ajustados y pesados que las cubren en los países del norte. En Roma y en Nápoles se ve a los cargadores y pescadores desplegar sus formas atléticas teñidas por un sol ardiente y ofrecer a cada instante actitudes y contrastes que estudia el artista y que lo familiarizan, sin darse cuenta, con la belleza académica. Lo mismo se observa en relación con los ropajes. Este vendedor de dulces, bajo el cielo templado de México, no se cubre de una lana gruesa e inmóvil; una manta suave y ligera le parece un traje pesado y la mueve y la pone de mil maneras para sustraerse al calor que le molesta. Si Fidias y Praxiteles hubiesen visto el día bajo el cielo riguroso de la Tracia, no hubieran buscado el tipo de lo bello bajo los ligeros vestidos y las húmedas túnicas que permitían entrever las formas de la juventud griega ejercitada en los juegos del circo, sino que hubieran tratado de imitar el espeso vello de oveja que cubría a los pastores del monte Hemo (*Hoemus*, entre Tracia y Misia).

Por cierto, entre las gentes del pueblo se ve en México una disposición natural a las bellas artes y casi todos los extranjeros se procuran, como una curiosidad, las flores, los santos y las vírgenes de cera, que los léperos de México trabajan con un gusto y una corrección asombrosos, para gentes que no han tenido estudio alguno.

Muchacha de Tehuantepec

El Asia muestra con orgullo la belleza de las circasianas, Europa la de los griegos, en cuanto a México, su Circasia se encuentra en la provincia de Tehuantepec. La raza indígena, que casi por todas partes ofrece rasgos que tienen muy poca analogía con lo que constituye la belleza ideal entre nosotros, parece haberse ennoblecido en esta región favorecida por la naturaleza. Las *Tehuantepecanas* pasan por ser las más bellas de México. Su tinte se aproxima a la blancura de las europeas, pero las rosas no se casan con el brillo de la azucena; la palidez característica de los pueblos indígenas borra esas oposiciones de color que han inspirado el pincel de los Ticianos y los Rubens. El conjunto de sus formas, la elegancia de los contornos de su talle, generalmente alargado, el brillo de sus ojos negros, las cejas arqueadas que se unen en la frente, les dan un carácter de belleza que puede competir con las de otras comarcas y disputar la manzana de Paris. Si se pudiera probar que la raza humana tiene un instinto, sería el de las mujeres para la coquetería; estas indias habitantes de un país bañado en dos lados por el mar, lo poseen, en todo caso, en el más alto grado. La naturaleza les ha enseñado a valorizar lo más seductor de sus encantos y, mientras que una gasa diestramente colocada no deja percibir sino lo que sus ojos tienen de expresión y consecuentemente los contornos de su cara, una falda muy estrecha, al grado que no les permite alargar los pasos, aprieta sus caderas y deja ver un talle alargado y una pierna bien torneada. Se podría decir, todavía, que existe otro instinto, el de la murmuración, ya que se refiere también a la reputación de estas bellas indias; pero si el instinto es ciego ¿por qué no hemos de creer que se equivoca?

Negro de Veracruz

Una cosa parece muy singular a todos los que pisan por primera vez el suelo de la costa mexicana, es la especie de parecido o analogía que existe entre un negro de Veracruz en su traje de domingo y el arlequín de una comedia. Esta negra figura, con su sombrero blanco, con su sable colocado a manera de palo, reunido, todo eso, a los gestos graciosos y cómicos de los negros, forma un conjunto al que no falta sino un traje abigarrado de diferentes colores para transportarnos a una escena de carnaval. Se pregunta uno ¿cómo puede ser eso? ¿Es que el negro es anterior al arlequín o es el arlequín quien ha proporcionado el molde al negro? Es una cuestión que puede someterse a algunas sabias academias para que ejerciten sus meditaciones. En cuanto a nosotros, haciendo la transición de lo burlesco a lo positivo, diremos que la raza negra del golfo mexicano es superior a las de los indígenas, mestizos y criollos. Los negros son robustos, alegres y alertas, mientras que la raza europea es languidecente y débil y se propaga con dificultad. En general, las razas mejoran subiendo de Sur a Norte y se deterioran *vice versa.* Los negros de Guinea se desarrollan con ventaja en el Brasil y en Santo Domingo, donde el calor no es tan fuerte como el del Senegal. Los ingleses se multiplican prodigiosamente y con ventaja, en los Estados Unidos y aún bajo el sol helado del Canadá, mientras que decaen en Honduras y Jamaica. Sin los negros la costa mexicana sería un verdadero desierto. Los trabajos más penosos, aquellos sin los cuales el hombre no podría prosperar, son los que les tocan en el reparto. Su fuerza es prodigiosa y sus formas atléticas; pero no olvida hacerse pagar bien.

El presidente de México

Cuando una nación sacude el yugo de una opresión extranjera reivindica sus derechos y el patriotismo conduce sus ejércitos a los combates; los que desafían la muerte y los peligros sobre los campos de batalla reciben las muestras más evidentes del reconocimiento de la patria y son llamados, naturalmente, a consolidar la obra que han comenzado con peligro de su vida. Si Washington es digno de los Estados Unidos, Victoria ha sido también digno de México y nadie más que él podrá inspirar mayor confianza a la Nación y ofrecer más garantías de libertad. Los sacrificios que ha hecho por ella, la firmeza que ha mostrado en las circunstancias más difíciles, las delicadas pruebas que ha sostenido con la austeridad de un verdadero patriota, las persecuciones que probó por el mismo Iturbide, quien temía su popularidad y sus principios, reemplazan en Victoria esas brillantes cualidades, que por supuesto son peligrosas en el jefe de una República naciente. La lámina que va aquí representa al presidente de la República en su uniforme de general en jefe. Los recuerdos de la guerra son muy recientes para que el traje militar no sea un honor eminente; cuando una larga paz haya traído el desarrollo brillante de la industria y el comercio, el traje civil estará más en boga. Mientras tanto, todos los funcionarios prefieren vestir el uniforme que atestigua sus derechos al puesto que ocupan. El uniforme francés ha sido por mucho tiempo la divisa de la victoria, y casi todos los nuevos Estados de América lo han adoptado, como el que tiene derecho de imponerse al enemigo. En México también han adoptado las charreteras para los altos grados, pero han conservado la faja bordada y el bastón que distingue a los generales en España.

Pleito de dos indias

Si América nos ha hecho funestos regalos, Europa con sus licores fermentados se ha vengado con demasía. La borrachera, desconocida por los antiguos habitantes de Anáhuac, multiplica estos cuadros desagradables sobre la base de la inocencia y de la sencillez, y las indias mismas, acostumbradas por el ejemplo de los hombres, gastan en seguida el producto de las mercancías que han vendido en el mercado para comprarse un vasito de *chinguirito* (aguardiente sacado de la caña de azúcar), del cual una pequeña cantidad es suficiente para hacerles perder la razón y transformarlas en ásperas furias, de dulces y tímidas que son naturalmente. Las indias llevan sus niños envueltos en una manta de lana, pedazo de tela que sirve igualmente para cubrirlas cuando van a la Iglesia que para contener las frutas o alguna otra cosa que deban llevar. En el calor de su disputa, olvidando a veces que han dado la vida al hijo que llevan sobre sus espaldas, se ve a esas pobres criaturas, cargadas en todos sentidos, seguir los movimientos violentos de la lucha y mezclar sus llantos y sollozos hasta llegar a los gritos y a las imprecaciones de su madre. El pueblo habituado a esta clase de escenas las ve con indiferencia y a veces con gusto, y los niños de las ciudades, quizá herederos de los prejuicios de los españoles que consideraban a los indios como una raza inferior a la especie humana, creen, atizándolas, excitar alguna cosa análoga a los perros o a los gallos, de los cuales también les gustan apasionadamente las peleas.

Dama joven

Si una dama joven, de cualquier clase que sea, se encuentra peligrosamente enferma o teme por la vida de una persona querida, hace un voto. Hay diferentes clases de votos, los hay personales, temporales, perpetuos y exteriores. La elegante joven que representa la lámina Nº 15 se encontró, al parecer, amenazada seriamente, por lo que hizo el voto de que su hijo llevara el hábito de San Francisco. Es común en los casos de embarazos delicados o de partos difíciles que se haga esa clase de votos. Para una madre que pone su orgullo en la apariencia agradable de su niño, es penoso verlo disfrazado de un burdo sayal que contrasta por su rudeza con las risueñas gracias de la primera edad. Esos votos arrancados por un ímpetu de amor maternal no impiden, sin embargo, pasado el peligro, que las inclinaciones del bello sexo no vuelvan por sus fueros y que un elegante porte, una mantilla bien cruzada, un abanico cien mil veces abierto y cerrado, traigan el recuerdo a una joven dama mexicana de los amores ligeros que la piedad religiosa había descartado por un momento. Aun creo percibir un trocito de papel que asoma de su rolliza mano; no juzguéis mal, en México como en París, no es sino por una inocente curiosidad que se reciben recados amorosos. No es necesario tomarse muchas molestias para comprender que el hábito del bienaventurado San Francisco le importa al niño mucho menos que el polichinela que lleva en la mano, lo que prueba aun que en México como en París, la naturaleza se impone sobre las pantomimas de la sociedad.

Hidalgo

La corta pero brillante carrera de Hidalgo, de ese padre que concibió y ejecutó él solo una revolución tendiente a elevar a su patria al rango de las naciones, no dejó casi tiempo a sus admiradores de conservar sus rasgos para transmitirlos a la posteridad. Habiendo merecido la confianza y la amistad de uno de los compañeros del infortunado cura de Dolores, el autor obtuvo permiso para hacer una copia de un retrato ejecutado en cera que aquél posee, perfeccionándolo de acuerdo con los informes que le dió. Este apunte entrega con exactitud los rasgos y el traje del jefe de la insurrección mexicana, cuando a nombre de la religión y de la libertad llamó a los descendientes de Moctezuma a salir del sueño de la esclavitud en el que estaban hundidos hacía tres siglos. Hidalgo, cura de un pequeño pueblo llamado Dolores, de la provincia de Guanajuato, indignado por la tiranía de los españoles que prohibía a los indios gozar de los frutos que esta tierra fértil ofrece en abundancia, impidiéndoles cultivar las viñas, creyó poder entregarse a sus tendencias filantrópicas introduciendo ese cultivo y animando a sus parroquianos a emprenderlo. El Gobierno tuvo conocimiento de ello y acabó con los planes que empezaban a dar sus frutos. Entonces Hidalgo se decidió a sacudir el yugo tiránico de la Metrópoli. Sus pasos, sus medidas, fueron tan bien calculados, que los españoles no se dieron cuenta que el cura de Dolores estaba a la cabeza de los independientes, hasta que se vieron envueltos por todas partes por la insurrección. Sus principios fueron brillantes; en poco tiempo se vió a la cabeza de ochenta mil patriotas y amenazando las puertas de la capital. Sin la trampa que lo entregó a los españoles, su talento y su energía le hubieran hecho llevar hasta el fin una empresa que sus oficiales y sucesores no continuaron con la misma suerte.

Monje de la Merced a caballo

Ninguna orden religiosa se ha multiplicado tanto en España y América, si se exceptúa a los franciscanos, como la de los monjes de la Merced, instituídos para librar de la esclavitud a los cristianos que cayeran en poder de los infieles. Ricamente dotados para tan piadoso fin, han terminado de ocuparse de los esclavos, tanto como los benedictinos de cultivar la tierra; pero no han terminado de gozar de sus rentas. Esta lámina representa un procurador de la Orden de visita a una de las numerosas propiedades de la comunidad. No os asombréis si lleva un sable debajo del hábito religioso. Nunca se emprende un viaje fuera de las puertas de la capital sin tener la precaución de armarse. El estado religioso no es excepción. Los caminos están a menudo infestados de ladrones quienes no obstante sus escapularios y sus rosarios ponen la mano sacrílega sobre los ministros del altar, persuadidos de que un cobrador de rentas de un convento no tiene el bolsillo vacío. Si por suerte hay la fortuna de escapar a los siniestros encuentros con ladrones de camino real, no se evitará la importunidad de los mendigos, quienes desde los alrededores de la abadía reconocen su hábito blanco y le salen al paso. No obstante, que no se queje, la mendicidad es como una hierba parásita que rodea las murallas de los conventos de los cuales recibe el alimento. Los mexicanos conservan esas formas de monturas como se usaron en tiempos de la conquista. Una campana de cuero bordado y repujado, guarnecida de una franja de cadenas de acero, cubre las ancas y la grupa del caballo, de manera que los movimientos se rigen por ella. Los fuertes aguaceros tropicales y los incómodos insectos explican, quizá, que se continúe usando un aparejo tan pesado.

Muchacha a caballo con su caballero

La carencia de caminos hace que el uso de los caballos sea más común en México que en Europa. Cuántas veces se ve a jóvenes y delicadas inglesas emprender a caballo el viaje de Veracruz a México y soportar con valor las privaciones de un camino que está lejos de ofrecer los *conforts* que habitualmente encuentran en los caminos de Bristol y Liverpool. En cuanto a las gentes del país, los que no tienen medios para mantener sino un solo caballo, si son una pareja, se las arreglan montando juntos. Las señoras, sobre todo, sea por timidez, sea por inexperiencia, prefieren sentarse sobre la silla, en tanto que el caballero en ancas, dirige los movimientos del caballo desde atrás. Las sillas tienen, por lo común, una pieza añadida que sirve de asiento al que monta en la grupa. Así, se ve sobre la misma montura a la madre y sus hijos, a la mujer y su marido, o a la joven y su enamorado, pasándole la mano alrededor del talle para impedir una caída, y esto por muchas leguas, sin causar escándalo ya que es usual, y esta costumbre bien vale cualquier otra. Lo que apena a los europeos es ver a esos pobres caballos, que no son muy fuertes, sobrecargados de un doble fardo, emprender largas jornadas cubiertos bajo los enormes arneses. Esta lámina representa los trajes de una rica pareja de campesinos. El manto de la muchacha es el mismo que se ha visto en la lámina cuarta, especie de túnica hermafrodita que a veces hace tomar el *quid pro quo*, ya que cubre algún marimacho de rasgos morenos y masculinos. El del caballero se llama *xorongo*. Es una especie de lana oblonga con un agujero en el medio para pasar la cabeza; está tejida a cuadros y a flamas de diversos colores brillantes; las fabrican principalmente en la Puebla de los Angeles.

Carnicero mexicano

Si se quiere personificar la pereza y la suciedad no se podrá encontrar mejor modelo que un muchacho carnicero de México, que lleva la carne a sus entregos. Ya que las calles de la capital son anchas, derechas, horizontales y bien pavimentadas, el uso de los caballos, de los coches y de las mulas se aplica a las menores necesidades de la vida, quizá más que en ninguna ciudad del Continente, lo que prueba que los mexicanos tienen una predilección decidida por servirse de otras piernas que no sean las suyas. Sería un verdadero suplicio para un europeo recorrer una gran ciudad todo el día sentado sobre la grupa flaca y saliente de un mulo viejo sin poder ni extender las piernas a causa del tamaño del albardón o de la burda silla. En cambio, el intrépido lépero se resigna porque tiene horror al movimiento pedestre y envuelto en una sucia manta, a veces en un sudario todo manchado de sangre, se pasea por las calles de México y —por el humo del cigarrillo que sale de su boca— una imaginación exaltada podría tomarlo por un vampiro que se sacia de cadáveres, cuyo aliento abrasado se esparce por los aires. Es necesario reconocer que las bellas inglesas, ejemplo de limpieza y de elegancia que se encuentran en México, acostumbradas a ver los carros de los carniceros de Londres que no se muestran repulsivos ni sucios, deben haberse escandalizado a la vista de nuestro sangriento fantasma. Los mulos sirven para llevar los cuartos de ternera y de carnero, en cuanto a las cabezas, patas, etc., las llevan todas asadas y se destinan, en general, para alimento de la gente común. Las pasturas pantanosas de los alrededores de México dan a la carne un gusto un poco soso y los alimentos en total no son tan nutritivos ni tan suculentos como en Europa.

Pastor mexicano

Las inmensas distancias por recorrer y la abundancia de pastura en un suelo virgen, bien regado y calentado por los rayos de un sol perpendicular, crean la necesidad de multiplicar los caballos y también de proveer los medios de alimentarlos con facilidad; puede aventurarse que América, proporcionalmente a su población, cuenta con más caballos que Europa. La falta de caminos ha hecho inútil la educación de los caballos de tiro, son los caballos de silla los que tienen el privilegio de cubrir el país y de explotar esta naturaleza pródiga. Así, desde el rico propietario hasta el humilde guardián de ganado, es decir, todos los campesinos mexicanos no se sirven de sus piernas, sino que van, aun a los menores asuntos, montados sobre sus fieles corceles. Es curioso ver entrar diariamente a la capital numerosos rebaños de carneros, guiados por dos o tres pastores a caballo, quienes con sus largos chicotes alcanzan las ovejas que se apartan de las otras y las persiguen, describiendo miles de vueltas si se obstinan o se rehusan a seguir la ruta o el sendero sobre el que se las puso. La gran costumbre entre las gentes del campo de atenerse constantemente al caballo, hace la caballería mexicana superior a la de los españoles, sobre todo en la guerra de partidos, como en la sostenida para lograr la Independencia.

Criollo a caballo tirando el lazo

Amor sagrado de la patria, eres tú quien da a luz los prodigios de la virtud y del valor. Noble entusiasmo, deseo generoso que elevas al hombre al nivel de los dioses; de un pastor haces un héroe y del fierro destinado a abrir el seno de la tierra moldeas la espada que lleva el terror al corazón de los tiranos. El ciego fanatismo puede poner al árabe del desierto frente a los batallones erizados de fierro y de fuego, pero una ilusión más poderosa que la verdad lo anima en el peligro, una recompensa infinita le sonríe, las huríes celestes le esperan si perece en el combate; mas el patriota que desafía a la muerte para dar libertad a su país, se consagra a sus semejantes, ningún premio personal le alienta si no es el que encuentra en la conciencia misma de su sacrificio. Si cae, si muere, su recompensa no le acompaña, la deja sobre la tierra, grabada sobre alguna piedra o en el recuerdo de sus conciudadanos. Ningún egoísmo mancha el brillo de su acción. El sentimiento del yugo que le oprime es su aguijón y el deseo de libertad le da alas. Este criollo mexicano, este sencillo habitante del campo, lleno de ideas naturales, ve a los soldados extranjeros pisar el suelo de su país para avasallarlo, su corazón se hincha y se inflama de una justa indignación, no cuenta el número de sus enemigos, ni consulta la bondad de sus armas: la misma reata que tira a los toros salvajes al lazarlos le servirá gustosa. Su cabalgadura de noble raza de potros andaluces comprende su alta misión y devora el suelo en su rápida carrera. Ya se enfrenta a los enemigos, laza de entre ellos un jefe y lo arrastra, sujeto, hasta los suyos. En vano una granizada de plomo mortal silba en sus oídos, la muerte asombrada no osa alcanzar al héroe. Su valor temerario recibe el premio de su hazaña. Es lo único que ambiciona. Satisfecho de haber pagado su deuda a la patria, se retira a su humilde rancho y anima a los jóvenes que escuchan sus relatos a imitar su ejemplo.

Indio apache

Las provincias del norte de México, las dos Californias, la Nueva Vizcaya, el Nuevo México, están expuestas a las invasiones de los apaches salvajes. Estos terribles indígenas, empujados de valle en valle por la superioridad de las armas europeas, han acabado por encontrar en los climas rigurosos donde se han refugiado, la energía necesaria para vengarse de los usurpadores de su patria y, a su vez, atacan a los españoles establecidos en sus fronteras. Dependen de sus numerosos rebaños, que reemplazan los recursos dudosos de la caza, así como de la cría de caballos castellanos, sobre los que recorren las vastas sabanas del norte e irrumpen inopinadamente sobre las rancherías aisladas en busca del botín. La raza de los apaches es más o menos la misma de las orillas de Missouri, que ha desaparecido de los límites de Delaware y Moawks. Se diferencian de los indios civilizados de México por sus duros rasgos, su nariz aquilina y la conformación de su frente. Uno de los caciques de mayor influencia en esas tribus se presentó al emperador Iturbide y le ofreció la ayuda de ochenta mil guerreros dispuestos a reconquistar con él la independencia de Anáhuac. Iturbide rehusó semejantes aliados, que probablemente buscaban arreglar otras cuentas con el héroe criollo. Los trajes de los apaches, como los de los osages y de los pawnies, se componen de un sarape de lana, de pantalones de gamuza, de mocasines, de una banda en la frente y de adornos, collares y brazaletes. Sus armas son el arco y las flechas y la lanza, que empiezan a reemplazar por las armas de fuego.

Miliciano de Guazacualco (Coatzacoalcos)

La poca seguridad que ofrecen los puertos actuales de la costa atlántica de los Estados Unidos Mexicanos ha decidido al Gobierno a reconsiderar el proyecto concebido por los españoles de escoger la situación de Coatzacoalcos como un punto militar y comercial. Coatzacoalcos no es ni un pueblo ni una ciudad, no es sino un cuartel, un pequeño fuerte y algunas casuchas para los aduaneros, pero el río que pasa muy cerca es uno de los más importantes de México y navegable veinte leguas tierra adentro. Su barra es la menos variable del Golfo, tiene de diez y ocho a veinte pies de profundidad lo que la hace apropiada para recibir los grandes barcos mercantes. Sus ventajas están equilibradas por lo desagradable del clima. Coatzacoalcos está situado a cuarenta leguas al sur de Veracruz, el calor allí es casi tan fuerte como en el Senegal; el suelo virgen y cubierto de bosques donde jamás ha penetrado el hombre, produce y alimenta toda clase de insectos y su incómoda perseverancia es suficiente para alejar al hombre más decidido a explotar la fertilidad de las tierras. Ved a los caballos cuyas orejas caen disecadas; las garrapatas, especie de araña tenaz y escamosa, se pegan a todo ser viviente y prefieren, sobre todo, anidar en las orejas de los caballos que no pueden quitárselas. El río está lleno de caimanes y sus riberas de tigres y jaguares. El ingeniero en jefe, encargado de los trabajos del nuevo puerto y de un camino que debe cruzar el país en su parte más estrecha hasta Tehuantepec sobre el Océano Pacífico, es don Francisco Uccelli, italiano y antiguo jefe del cuerpo de ingenieros bajo Beauharnais. Desterrado de Italia por su opinión política se ha refugiado en México, donde el gobernador, comprendiendo el talento y las desgracias de un oficial distinguido, le ha encargado aquella honrosa misión.

Caballería ligera mexicana

Se habrá observado antes (lámina 6) un dragón a caballo con un sombrero redondo de anchas alas y con una banda de tela blanca. Como se ha querido dar a las tropas una fisonomía completamente europea, el sombrero redondo ha sido reemplazado por un casco de forma griega o algo parecido. Hay algo en las costumbres locales que no se cambia sin inconveniente, ya que esas costumbres, esos hábitos o esos trajes, son propios de las circunstancias del clima o de la tierra, según se puede observar. El sol bajo el trópico es perpendicular, las grandes alas del sombrero redondo defienden un poco las espaldas y el cuerpo de los rayos ardientes, y, cuando comienza la temporada de lluvias periódicas, el sombrero de ala ancha sirve como una especie de paraguas; en cambio el casco, con su forma elegante y guerrera es cierto que satisface más al ojo, pero deja correr el agua a lo largo de las orejas que quedan descubiertas, es más pesado y se calienta más con el calor en el día. No obstante, estas consideraciones no han hecho renunciar a los jefes del cuerpo de caballería a la pequeña vanidad que les hace adoptar el casco y, con mucho desagrado de los soldados, los nuevos regimientos han sido sometidos al cambio de los grandes sombreros bajo los cuales ocultaban sus rostros bronceados. Los regimientos de caballería muestran en su uniforme la influencia inglesa. Los uniformes han sido confeccionados en Inglaterra, por arreglos hechos por el general Michelena con la casa Barclay. Setenta mil fusiles y un número proporcionado de carabinas, de pistolas y de todo lo concerniente al equipo y al ornamento de las tropas, han tomado gran parte del primer empréstito negociado en Londres por dicho general. La fuerza efectiva de cada regimiento de caballería es de 600 hombres, de los cuales un tercio forma la base fija y el resto queda disponible o está en expedición.

El sereno

Los crepúsculos prolongados de nuestros veranos y los días cortos de nuestros inviernos son desconocidos en México, situado más allá del Trópico. La luz y las tinieblas se dividen casi igualmente en los días y cuando suenan las seis de la tarde, que anuncian las campanas de las iglesias, pues es la hora del rezo, los piadosos mexicanos descubren su cabeza con devoción, listos, por lo tanto, a asesinar al que no se conforma con su devota práctica. Los serenos de todos los cuarteles de la ciudad se dirigen al Palacio Municipal, donde organizados en batería presentan un frente de, a lo menos, cien linternas, para pasar la inspección de sus jefes y para recibir instrucciones. Su misión, como la de los *watchmen* de Londres, es la de gritar la hora y anunciar el buen o mal tiempo, dar la alarma en caso de incendio, acompañar a su casa a los extranjeros extraviados o a aquellos a quienes la embriaguez les ha hecho perder la razón y, en fin, arrestar a los que alteran la paz pública y llevarlos al cuerpo de guardia para que éste obtenga más amplia información. No se puede negar que la institución no sea buena y digna de ser adoptada en el país que falte. El sereno de México, para conservar aun en su ministerio ese tono religioso con que los españoles han dado color hasta a sus más mínimas acciones, preludia con un lúgubre: *Alabado sea Dios y Nuestra Señora de Guadalupe*, el anuncio de la hora o del tiempo que va a señalar. Su voz monótona resuena en el silencio de la noche y el filósofo puede calcular los diversos efectos que produce ese despertador, según si penetra en la alcoba del ambicioso listo a conspirar contra la patria, si en la del ávido hombre de negocios cuyos tesoros llenan su corazón de remordimientos y de inquietudes, o si en la de la feliz pareja que duerme la embriaguez de la voluptuosidad. Una vieja alabarda mohosa es el arma ostensible de los serenos de México, mas, el poco caso que hace el pueblo a los magistrados civiles, les obliga a tener otras de un efecto más seguro, como también un perro, fiel explorador de todo peligro nocturno.

Sirvienta indígena

A pesar de la aparente sumisión de los indios, creo que debe atribuirse a un fondo oculto de antipatía, la actitud que parecen haber adoptado de no cohabitar con los españoles. Cerca de cada ciudad grande hay un barrio o pueblo compuesto exclusivamente de indios. Parece estar allí para las necesidades y el servicio de los citadinos. El pueblo proporciona a la ciudad todo lo que exige un trabajo penoso; comestibles, forrajes, combustibles, todo llega sobre las espaldas de los indígenas. En todas las buenas casas se procura tener *una indita*, una joven indígena para las cosas más esenciales del quehacer, como sacar agua del pozo, hacer la lejía, cuidar a los niños, etc. Ellas desempeñan sus tareas de una manera que anuncia, quizá, una inteligencia limitada, pero siempre con más lealtad de la que se encuentra en las domésticas criollas. Los indios tienen costumbres más simples que los españoles. No se entregan al juego con tanto furor y no se meten con el bajo pueblo de las ciudades, pensando en el robo que lo caracteriza. Son dulces y tímidos; tal vez, reparemos, esa timidez viene de la conciencia de su esclavitud y de la inferioridad política en la cual han caído. Los recuerdos de su antigua condición no se han perdido del todo en ellos y no obstante haberse convertido al cristianismo, seguramente les queda en el fondo de su corazón un apego oculto a sus dioses, de los cuales renunciaron más por la fuerza que por la persuasión. Cuando M. Bulloc obtuvo permiso del gobierno actual para desenterrar la antigua piedra de sacrificios del dios de la guerra, aquella en que se vertía la sangre de las víctimas, se vieron llegar a la capital muchos indios de los alrededores y sobre todo mujeres que le echaban flores. La prudencia aconseja al gobierno no dejar a la vista del público un objeto que despierte tales reminiscencias, y, mientras la piedra es llevada al patio de la Universidad, la han rodeado de una palizada, cerca de México. La lámina adjunta representa una sirvienta indígena de Tacubaya. La túnica que la cubre, llamada *huipil*, es de una tela gruesa de lana, parecida a algunos de nuestros tapices por el tejido y el dibujo.

Oficial de dragones

Los alumnos de la escuela de guerra que fundó Napoleón no pudiendo resignarse a su fracaso, se esparcieron por todas partes del Globo, donde creyeron que la gloria y la libertad, indivisibles en su espíritu, podían todavía sonreírles. Las márgenes de La Plata, los desiertos de Colombia, las colinas del Peloponeso, las montañas de Cataluña, han recibido la marca de su carrera vagabunda, cuando no ha sido la de sus osamentas. Mas, el mismo espíritu de libertad conquistadora, el mismo sentimiento de indignación, de esperanza caída, de ambición engañada, de descontento político, ha reunido también bajo algunas banderas a hombres que se habían batido en líneas opuestas por muchos años. Así, en México, al lado de viejos guerrilleros españoles se encuentran en el mismo batallón un bordalés republicano y un mameluco de la vieja guardia. Muchos de esos atrevidos aventureros perecieron en la infeliz expedición del joven Mina, quien a principios de una brillante carrera fue sorprendido y fusilado por los españoles. A pesar de todo género de peligros, no obstante los mil aspectos que ha tomado la muerte para sorprenderlos, algunos de esos valientes compañeros de armas del más grande capitán del siglo existen todavía en el ejército mexicano y al servicio de la República, a la cual han dado sus conocimientos militares. Es a ellos, en gran parte, que el ejército debe su gusto por el uniforme que lo caracteriza. La lámina correspondiente es un croquis tomado del natural del conde Stavoli de Parma, mayor de dragones en México. Después de haber hecho la campaña de Rusia como oficial en el 26° de cazadores, este joven volvió a su país no encontrando sino amargura y humillación. Cruzó el mar y se afilió bajo la bandera de los independientes. Iturbide observó su valor y su fuerza y lo nombró capitán de su guardia. Después de su caída, Stavoli sostuvo al partido democrático contra los moderados y, con 70 hombres que le quedaban, se defendió por tres días contra 2,000, con los cuales le sitiaba el Poder Ejecutivo. Obligando a ceder y condenado a muerte, en el momento de ser fusilado debió su perdón a su joven e interesante esposa, quien se tiró a los pies del Congreso Nacional, decidida a salvarle la vida. Exiliado a la Luisiana, volvió bajo los auspicios del actual gobierno, estimado por sus nuevos conciudadanos y querido por sus soldados.

Regidor

La Constitución Mexicana, prestándose de los Estados Unidos del Norte de América el sistema republicano, ha conservado para su organización interior y reglamentaria todo lo que ha creído poder adoptar de la Constitución Española. Como ésta, ha mantenido, por desgracia, el deplorable artículo que proclama la religión católica la única y verdadera, y excluído y prohibido el ejercicio de todo otro culto. Lo que quizá en España por sus circunstancias particulares es excusable, está fuera de lugar en un país que desea poblar sus vastas provincias, derribar sus inmensos bosques y poner su población al nivel de su extensión. En cuanto al régimen municipal que es lo mejor que ofrece la Constitución de las Cortes, podría ser un poco precoz en un país que, en cierto sentido, está menos avanzado en civilización y tiene menos educación política que España. La gran extensión de territorio permite las vejaciones que cometen ciertos alcaldes y regidores (funcionarios municipales), difíciles de evitar. Los alcaldes de los pueblos tienen aún a su disposición el *cepo*, pena aflictiva por la cual se castiga la insubordinación, o ciertos delitos ligeros. Este *cepo* no es otra cosa que una gran viga con un agujero en el cual se mete la pierna del acusado, quien queda prisionero en una posición molesta hasta la expiación de su falta. Es fácil imaginar que con frecuencia la pasión y lo arbitrario se aplican en esas correcciones. Sea como sea, la municipalidad de México —de la cual la lámina adjunta muestra uno de sus miembros llamado regidor— es un poder que representa el elemento democrático de la capital. Sea que las antiguas tradiciones del gobierno real entren mucho en algunas determinaciones, sea que el regente de la ciudad ejerza influencia sobre ellas, el nuevo *ayuntamiento* (municipalidad) ha creído un deber renunciar a la gran faja roja española y adoptar un vestido a la vez más elegante y más moderno. Poco a poco las consecuencias del nuevo sistema no se detendrán en las apariencias exteriores, sino que modificarán también las ideas. Será entonces cuando la lucha de poderes agite la sociedad y haga surgir los talentos, las energías, las ambiciones, mismos que animan la vida de las repúblicas y hacen de sus historias no las de un conquistador o de una dinastía, sino de las naciones y los hombres.

Muchacha de Palenque

Las provincias meridionales de México están habitadas por una raza de hombres que por sus rasgos, sus vestidos y sus monumentos, parecen descender de una raza que no es la de los aztecas y que poblaron antes que éstos las mesetas de Anáhuac, de donde debieron ser rechazados hacia el sur. En América, como en Europa, la huella de las migraciones es de norte a sur. Las mujeres indígenas de Tehuantepec, de Yucatán, de Guatemala y, sobre todo, las de los alrededores de Palenque, ofrecen los rasgos más regulares, un color más bien claro y vestidos que recuerdan algo a los antiguos egipcios y fenicios. Algunos sabios pretenden encontrar en los bajo relieves y en los numerosos monumentos indígenas que han desenterrado en Palenque, las tradiciones de la arquitectura fenicia, y gustan de reforzar los argumentos para probar que la raza humana no tiene sino un solo y único origen y que los hijos de Adán son los que han poblado toda la tierra. Cualesquiera que sean esas opiniones, basadas sobre los restos de antigüedades muy poco conocidas y muy poco estudiadas, es un hecho que los monumentos palenqueños pertenecen a una civilización más avanzada que la de los aztecas y las de los pueblos del Norte. Puede dar fe de lo anterior la bella colección de dibujos reunida por M. de la Tour Allard, de la Luisiana. Las ruinas de Mitla y las de Palenque, así como otras de las provincias de Chiapas, Yucatán y Oaxaca, atestiguan la existencia de un pueblo poderoso y numeroso que casi ha desaparecido de la superficie del Globo. Alrededor de las tumbas de una nación que ya no existe, la naturaleza despliega en silencio su lujo solitario y el águila blanca y el casoar (o casuario), se posan sobre los bosques impenetrables, acechando desde lo alto de los aires al reptil venenoso que debe perecer en sus garras. La lista de estos peligrosos habitantes de las soledades meridionales es muy larga y muy variada: la culebra de cascabel; el escorpión, del grueso de una lagartija; el coralillo, de colores brillantes y de mordida mortal; el "metate", que se parece a un guijarro largo; y muchos otros, de los cuales es difícil recordar los nombres indígenas, parecen estar amparados por esa tierra húmeda y umbrosa, para impedir el acceso a las ávidas búsquedas de los hombres. Los bosques de maderas preciosas todavía desconocidas en Europa, se alzan en estas regiones y es de desearse que nuevas rutas las crucen pronto, para ofrecer al comercio los numerosos y variados tesoros que ocultan.

Negro acostado en su hamaca

No sólo en Europa hay maridos que golpean a sus mujeres, los hay en todas partes y es un rasgo característico de cualquier nación. El fuerte es tentado siempre a abusar de su superioridad sobre el débil. La pasión decide un acto de violencia, lo cual no está bien, pero está en la naturaleza. Lo que sin embargo ofrece un carácter particular y local es la mujer rusa, que llora cuando su marido no la golpea, pues cree que ya no la ama. El negro liberado, balanceándose muellemente en su hamaca de hojas de aloé, se previene de un largo chicote para despertar la actividad de su compañera, con objeto de que se encargue de todas las molestias del quehacer. Es cierto que no todos los negros obran así, pero uno o dos que han sido vistos dan derecho al observador a sacar consecuencias importantes y a consignarlos en la descripción de una comarca. Nada hace más honor a la época actual que el triunfo casi completo que ha obtenido para los derechos de la humanidad ultrajada con el infame tráfico de negros. Sin embargo, si el blanco no debe abrogarse el derecho de vender a sus semejantes como vil ganado y condenarlos a la esclavitud y al látigo, será necesario también que se sirva de su superioridad para impedir que el negro liberado abuse de un bien que ha recuperado y que abandone el cultivo de sus tierras, creando desiertos sobre los pasos de la civilización, ni que la desgraciada negra soporte de su marido los rigores de que él ha escapado. Esto no es, por lo tanto, sino la verdad. Sea en Jamaica, sea en Santo Domingo, sea sobre la costa de México, generalmente los negros no se muestran muy dignos de la noble igualdad a la que se les ha elevado. Su pereza, sus tierras sin cultivo, su miseria, han provisto a los antagonistas de su emancipación de puntos de comparación con el bienestar de los negros esclavos de Jamaica, de La Habana y de la Luisiana. ¿Debemos buscar el motivo de esas diferencias en las causas fácticas, accidentales, históricas, en las leyes, en la religión, o bien existen en la especie humana conformaciones incapaces de elevarse a la cima de la civilización, destinadas a arrastrarse en la esfera de la mediocridad y para quienes la tutela y la dependencia sean una necesidad? No es en esta página donde se puedan resolver tales cuestiones, mas siempre es bueno enunciarlas.

Fraile camilo

La República Mexicana no ha osado aún reformar esa multitud de solteros blancos, negros, grises, pardos, en fin, de todos colores, que la obstaculiza a ejemplo de la madre patria. Si alguna comunidad religiosa se ha suprimido se debe a la Constitución Española y a los decretos de las Cortes que momentáneamente han tenido alguna acción en América, pues de otra manera las autoridades nacionales hubieran creído tomar una medida impopular si turbaran el reposo de los felices cenobitas. Mas, viendo un hombre envuelto en su gran capa negra echada despreocupadamente sobre la espalda, con su mirada oscurecida por la sombra de un gran sombrero oblongo, con la cruz roja que sobresale del fondo obscuro de sus ropas, cree uno, quizá, encontrar todavía uno de aquellos terribles agentes de la inquisición española, y un recuerdo mezclado de horror nos trae las sangrientas escenas de aquel odioso tribunal. Pues bien, nos equivocamos, ese monje es un filántropo, a lo menos por su institución. Su misión es acompañar a los criminales al lugar de la ejecución, despertando los remordimientos, hacer que se arrepientan en su alma endurecida y prodigarles los consuelos de la religión, al abrirles su corazón a la esperanza del perdón. Hay que confesar que ese penoso ministerio es frecuentemente necesario en un país donde la ignorancia y la superstición multiplican los crímenes. Las leyes españolas son muy poco sanguinarias o, a lo menos, si admiten en muchos casos la pena de muerte, el procedimiento es tan largo, las pruebas necesarias tan difíciles de recoger, que muchos de los malhechores y asesinos reconocidos, languidecen durante largos años en las prisiones antes que su sentencia sea pronunciada. El gobierno actual, queriendo librarse de una espantosa cantidad de ladrones de camino real, de los cuales ha poblado las provincias la guerra de independencia, publicó un decreto a partir del cual todo ladrón de camino real que se aprehenda será juzgado por una comisión militar y ejecutado en el sitio mismo. Otra cosa es que esos rigores excesivos alcancen siempre el objeto que se proponen, pues hay el inconveniente de que ofrecen al pueblo un tema de compasión para el criminal que paga con su cabeza y sin demora a veces el primer atentado, mientras que otros, culpables de mil atrocidades anteriores al decreto, están seguros de arrastrar su existencia aún por largo tiempo en la prisión donde se les ha encerrado.

Mendigo

Una de las calamidades que España regaló al Nuevo Mundo es la mendicidad. El patronazgo que la miseria y la indigencia encuentran en el púlpito de las iglesias, poniendo un precio justo a la caridad, dirige mal el empleo y populariza el oficio de pedir limosna de una manera muy particular, ya que el mendigo al dar ocasión al rico de hacer una obra meritoria, cree ejercer una profesión útil, la de no hacer nada sobre la tierra y ayudar a los otros a subir al cielo. México, como Nápoles y Madrid, hormiguea de pobres inoportunos; todas las enfermedades más desagradables, las deformidades más repugnantes, os asedian y os persiguen en los sitios públicos, en los cafés, en las iglesias, como un poderoso argumento para entregar el óbolo y aliviar los sufrimientos humanos. Ya es una mujer velada en la esquina de una calle donde el recién nacido, muerto o vivo, verdadero o postizo, está tendido a sus pies; ya es un viejo que se arrastra en una carretilla para demostrar su parálisis; o bien es un ciego que llevan sobre las espaldas —como se ve en la lámina adjunta—. Mientras que este impuesto multiplicadísimo no viene a arrancar sino una débil ofrenda, no obstante su inoportunidad, los conventos, las casas de los nobles, etc., proporcionan una amplia renta a un número considerable de ociosos y hacen popular esta miseria de la sociedad, que las naciones civilizadas han venido casi a extirpar por medio de establecimientos de una sabia y útil beneficencia. México está inundado también de gritones públicos de billetes de lotería y de vendedores de panfletos que os aturden desde el alba hasta la noche con su tráfico inmoral. La lotería no es nacional ni pertenece al gobierno; la mayor parte están instituídas para la manutención de varias cofradías religiosas, de alguna iglesia o capilla, de manera que se oye gritar muy cómicamente: ¡hoy es el santo tal que juega!, *¡es el Santísimo Sacramento!, ¡es la Virgen de Guadalupe!,* lo que produce un efecto bizarro en el europeo, aunque bien diferente en una devota mexicana, ya que al dar su dinero cree favorecer al culto del santo que ella quiere y satisface al mismo tiempo, con toda conciencia, su pasión por el juego, mientras su inocente familia tendrá que pagar con un ayuno prolongado la piadosa compra de un santo billete de lotería.

Guardia Cívica de Alvarado

Cuando Veracruz estaba todavía en poder de los españoles y todo el comercio se había trasladado a Alvarado, muchos europeos, pensando que llegaban al segundo puerto de una gran república, se hacían la idea que un francés se hace de Marsella, o un inglés de Liverpool. Pero quedaban asombrados cuando en lugar de los magníficos muelles, de los malecones majestuosos, las tiendas, los almacenes, los palacios con las bellas proporciones de la arquitectura, no entreveían sino un hacinamiento de casuchas cubiertas de paja y algunas docenas de cabañas de bambú.

No es un funcionario sanitario, revestido de un brillante traje que se impone por la limpieza de su uniforme y su austero porte, el primer ser viviente que los aborda. Una piragua hecha del tronco de un árbol gigantesco avanzaba hacia ellos; un hombre de cara pálida, de aspecto achacoso, cubierto con un sombrero de paja y vestido con una chaqueta de tela sobre la que se perciben algunos signos militares los interpela. Es el capitán del puerto. Los náuticos de su frágil esquife son mulatos. Todo su vestido consiste en una larga camisa, cuya blancura contrasta con su tinte de cobre. Mas al descender a tierra ¿qué pensar del encuentro de cinco individuos de todos los colores de que es susceptible la piel humana, provistos de toda suerte de armas, los unos semidesnudos, los otros envueltos en viejas ropas y en sarapes desgarrados, uno tocado con un sombrero sin fondo, el otro puestas las guarniciones sobre la piel y todos ofreciendo una mezcla bizarra de despreocupación, de fiereza y de miseria? Respetad esos guerreros patriotas: es la Guardia Cívica de Alvarado. Ella os dirá que si sus vestidos no son más completos, el calor del clima los dispensa, que si sus armas no son mejores, la fiebre amarilla combate en su lugar y que si su disciplina no es de las más severas, imita bien la de las guardias cívicas de otros países de este bajo mundo.

Grupo de jugadores

El furor por el juego es uno de los caracteres distintivos de la nación mexicana, o bien, para hablar con mayor exactitud, el estado de embrutecimiento y de nulidad política en que la Metrópoli tenía interés en dejar a sus colonias, no permitiendo otro pasatiempo que el de un juego ruinoso y continuo. Las inmensas y rápidas fortunas que se hacen por medio de las minas se funden con la misma facilidad por los azares del juego. Los españoles tienen un interés directo en fomentarlo, ya que así vienen a enriquecerse sin esfuerzo con esos tesoros, que han hecho correr el sudor de millares de indios. El gobierno actual, basado en otros principios, mirando el esplendor y la prosperidad de la nación que le llama a consumar su regeneración, comienza a perseguir y a prohibir las reuniones de juego, y el Estado de Veracruz ha dado ya el loable ejemplo de prohibir absolutamente los juegos de azar, sean públicos o privados. La capital aún no se libra de ellos y una ciudad populosa, compuesta de todo lo que la sociedad ofrece de bueno y de malo, presenta todavía a cada paso el aflictivo espectáculo de la avidez agrupándose en torno de unos dados o de un paquete de naipes. El juego favorito de los mexicanos es el mismo "monte" tan conocido en España, excepto que no se descubren sino dos cartas (albures). Este juego es muy sencillo: se tiran dos cartas y el punto juega indiferentemente a la una o a la otra, la primera que sale en el juego es la que gana. Entonces el banquero recoge el dinero apostado a la carta de la cual no ha salido su semejante. Su ventaja consiste en que no paga más que la mitad de la apuesta cuando voltea una de las dos cartas que están sobre el tapete. Va tan lejos la desconfianza que con frecuencia se obliga al banquero a jugar con guantes. Se pueden calcular en seis millones de francos las sumas que se juegan anualmente sólo en México. Esta lámina representa un grupo de jugadores en la vuelta de una esquina, en el momento en que un hombre apostado les advierte que la policía está en su busca.

Vendedor de odres

Es difícil ver un cuadro más animado que el que ofrece un mercado de México. La ciudad no es muy rica en tiendas; la mayor parte de las cosas necesarias a la vida, alimentos, frutas, objetos de vestir, calzado y otras cosas, las llevan diariamente los indios de los alrededores, instalados en el mercado o paseándose por los lugares públicos. Esos mercados se parecen bastante a los bazares del Oriente. Las mujeres, sentadas o en cuclillas junto a sus mercancías, invitan a los que pasan a comprar. Aquí se ve al vendedor de zapatos al lado del que vende tijeras, allí un vendedor de pañuelos cerca de una ramilletera. Loza, cristalería, telas, carne, legumbres, mantequilla, grasa, todo se encuentra al natural en un recinto muy apretado. En medio de ese laberinto de gentes, de bancos, de géneros diferentes, circulan los revendedores de cigarros, de yesca, de rosarios, de dulces, de patos y de cabezas de carnero asado; mas el que sobresale entre todos es el indio cargado de odres, llenos de aire, para ser usados con pulque o con vino. A veces, cuando su cabeza queda oculta en el enorme volumen de que está rodeado, se diría que es algún animal deforme que anda por las calles abriéndose camino entre la multitud. Los mexicanos no conocen muy bien el curtido de cueros y de las pieles para uso de las zapaterías y de las guarnicionerías, pero en revancha saben dar mucha suavidad a la gamuza, al venado y a otras pieles, de las cuales confeccionan pantalones, chalecos, etc. Las pieles de chivo —como las que se ven en el dibujo— están bastante bien preparadas y cocidas para no dejar salir los líquidos, mas no tan bien como para no comunicar, al vino sobre todo, ese olor desagradable que es tan común en España.

El fondo de la lámina adjunta representa una cabaña indígena, rodeada de una palizada vegetal de esa especie de nopal que los franceses llaman "tubo de órgano", por su semejanza con los tubos de ese instrumento. Esta planta sin ramas y sin hojas es muy común en México, donde sirve para bardear las habitaciones. Su fruto es muy inferior al del nopal, la tuna (higo de la India).

Entierro de un pobre

Se diría que la muerte ha renunciado en México a sus sombríos colores, para revestirse de una brillante librea, o si se quiere, para mezclar algo de cómico a un tema tan triste; se puede decir que los enterradores mexicanos, bajo la influencia de un ardiente sol, han pasado por la metamorfosis de los cangrejos, que de negros que son, se vuelven rojos con el calor. Digo mal al llamarlos enterradores. Los pobres de México se organizan en cofradías para celebrar sus funerales y han escogido el color rojo, ya que parece que ese ha sido su gusto. La cuestión de ser enterrados convenientemente es, quizá, la única que ejerce la previsión de las clases bajas; los sacerdotes son los únicos que han encontrado el medio de imponerla a estos proletarios vagabundos, pues, aunque les falten durante su vida las cosas más necesarias, tienen, por lo general, más dinero del que necesitan para ser enterrados. A una cierta edad, hombres y mujeres se inscriben en una cofradía y pagan religiosamente una retribución mensual, que equivale a seis centavos en Francia y aun a medio shelling. La cofradía se encuentra por lo tanto en posesión de unos fondos suficientes para pagar cirios, campanas, sacristanes, oraciones, agua bendita, ataúd y entierro. En el fondo no está mal, a lo menos para el cura de la parroquia, que se encuentra tan bien pagado por los pobres como por los ricos. Por lo demás, las menores acciones de los mexicanos tienen relación más o menos directa con la religión. Las campanas de las numerosas y vastas iglesias que ocupan la mitad de la ciudad hacen resonar sin cesar los aires con su ruidosa armonía, pues cada parroquia festeja pomposamente los santos que venera de preferencia.

Las procesiones parroquiales tienen lugar muy frecuentemente; entonces adornan todas las calles; ricos tapices de China y de Europa cubren los balcones; las guirnaldas se cruzan en todos sentidos; nubes de flores y grandes ramilletes de diferentes colores se tiran desde lo alto de las casas al paso de la imagen que pasean; innumerables cohetes se lanzan por los aires y una batería continua de petardos turban aún por largo tiempo el silencio de la noche. Los mexicanos tienen un verdadero furor por los juegos de artificio. Se dice que a un virrey del Nuevo Mundo, habiendo vuelto a España, le preguntó su secretario: ¿Qué cree vuestra excelencia que están haciendo ahora en México? A lo que respondió gravemente: suenan las campanas y tiran petardos. Y no se equivocaba.

Soldado de línea en uniforme de gala

Fue hacia fines de 1826 cuando el ministro de la guerra, Gómez Pedraza, pudo hacer maniobrar en la plaza de armas de México el primer batallón completamente armado y equipado según el gusto moderno o el modelo francés. No se han cambiado sino las charreteras, que descienden y abrazan la unión de la espalda con el brazo. El *schakó* lleva sobre la copa los colores nacionales y el pantalón es siempre de manta, ya que el paño es inútil en un país que no tiene invierno. Como la población se compone de indígenas y de criollos, estos últimos se acuerdan de que sus ancestros conquistaron el país con la ayuda de sus caballos —que los indios espantados creyeron que era un monstruo inteligente, hombre y cuadrúpedo a la vez—, y han conservado una gran predilección por esos poderosos aliados; el criollo es, por lo tanto, buen soldado de caballería y malo de infantería. Los indios, por el contrario, sea por repugnancia, temor o torpeza, no se permiten cabalgar siquiera el humilde borrico, pero son infatigables en las marchas a pie. Su fuerza de continuidad en esto parece un prodigio; dicen que hay algún indio que cubre cuarenta leguas en un día y que otro, cargado con un fardo muy pesado, camina todo el día a trote ligero; hay guía que fatiga a los caballeros y a sus monturas aun cuando releven a éstas. Sea lo que pueda haber de exageración en esas proezas, los indios, por la naturaleza de su suelo, por su sobriedad y su conformación, son esencialmente buenos andadores y un ministro de guerra, como el actual, dotado de genio y de perseverancia, encontrará en la nación mexicana los dos elementos propios para hacer un excelente ejército: caballería e infantería.

Indio que saca el pulque

Los áloes que en diferentes comarcas no sirven sino de barrera impenetrable para separar los campos, que en La Habana misma no ocultan sino un jugo acre y venenoso, en México es la planta sobre la cual la naturaleza ha reunido las mayores cualidades benéficas. De sus largas hojas sacan los indios un hilo muy fino y sólido, con el que la industria europea hará pronto tejidos que rivalizarán con los de cáñamo y de lino; las hamacas, esos lechos portátiles tan útiles en tierra caliente donde las comodidades de la vida no se han generalizado, son trenzados de pita, nombre que los españoles dieron al hilo y a la hilaza del áloe o alzabara, que los indios llaman *maguey*. El papel sobre el cual los antiguos mexicanos escribían o pintaban sus historias era también de maguey: su nombre científico es *agave americana*, y este nombre le conviene quizá exclusivamente por su cualidad particular de guardar en la parte inferior del tronco, y en un receptáculo que se encuentra al centro de las raíces, un licor blanquizco, espirituoso y un tanto agradable al gusto, que suple entre los indios el vino, que les es desconocido. Algunos europeos que residen en México se habitúan a ese licor y lo prefieren a la cerveza y a otras bebidas, pero tiene el defecto de no poder conservarse por más de dos días, después de que ha sido sacado de la planta, y de nunca estar libre de partículas fibrosas y vegetales que le quitan la limpidez. El mejor pulque se recoge en los llanos de Apam, a dos breves jornadas de la capital. Es por medio de un largo calabazo, especie que se cultiva expresamente y que hace el efecto de un sifón, que los campesinos absorben el pulque y con él llenan los odres; lo clarifican filtrándolo por un saquito y lo llevan diariamente a las pulquerías de la ciudad, en donde se distribuye a la población. Los indígenas lo aman apasionadamente y les turba su razón, aunque no produce el mismo efecto en los europeos acostumbrados al vino. En general éstos convienen en que el pulque es una bebida excelente para apreciar el mérito del vino de Burdeos.

Vendedores de pollos, de dulces, etc.

La ciudad de México está construída sobre un terreno plano; sus calles son anchas, derechas y bien pavimentadas, muchos coches se cruzan en todos sentidos, pero son vehículos de lujo y no se ve ese movimiento de carros cargados pesadamente que embarazan las calles de Londres y París. Los cargadores pueden proveer las necesidades de la vida y del comercio, y la cantidad de brazos que se exige aumenta la proporción de la clase trabajadora sobre la clase acomodada. Las plazas y las calles ofrecen un movimiento continuo de gentes tostadas por el sol, semidesnudas, cada una cargando las mercancías que vende y que anuncia con agudos y variados gritos; los indios, sobre todo, que no entienden nada las maniobras de nuestros coches, van por grupos, cargados de leña, de carbón, de forrajes, yeso, barniz y, en una palabra, de los diferentes productos de los alrededores. Llevan fardos muy pesados más bien con la cabeza que con las espaldas. Cada mercancía tiene un recipiente hecho ex-profeso para contenerla; así, la lámina representa un campesino llevando pollos en una jaula que no sirve sino para eso. La mujer que se ve cerca de él es una vendedora de dulces. El consumo de esta clase de golosinas es muy grande en México; así, hay cierto hombre, con cara y traje de un verdadero salvaje, que es excelente lo mismo en el arte de ser dulcero que en el de compotero. Algunos dulceros de provincia que han venido a abrir sus tiendas recientemente en la capital, se han equivocado en sus cálculos y en sus esperanzas, ya que han corrido la suerte de los que llevaron ánforas a Samos y murciélagos a los atenienses.

Mujer de Ciudad Rodrigo

No hay en parte alguna mayor variedad de trajes que en las provincias de la República. Cada casta tiene el suyo; pero, no contentos con la diversidad de sus colores, agregan los de sus vestimentas. Los negros, los mestizos, los indios, los criollos, los españoles, se distinguen fácilmente por sus rasgos y sus trajes. Mas, el calor del clima no permite que sean muy complicados ni embarazosos; los de las mujeres consisten siempre en una falda y una manteleta, cuyas formas y colores varían, como se puede ver en láminas anteriores.

Hemos escogido los trajes más elegantes y los más bizarros, como el que aquí sirve de ilustración y que contrasta por su severidad con lo que puede tener de seductora la ropa ligera de las palenqueñas. Los indios modernos han conservado de sus antepasados el uso de objetos trenzados para gran número de cosas. El cesto que lleva esta mujer es de hojas de caña, tejidas con esmero. Se les llama *tompeates*. Las sirvientas los usan en México para ir al mercado. Para mejor caracterizar el país, esta joven india lleva una "anona" que los españoles llaman *una piña*, por la semejanza que tienen con las manzanas del pino. Esta fruta excelente abunda en las tierras bajas de México, como también la chirimoya, que tiene una pasta deliciosa, de gusto análogo al de un helado de vainilla, y el *mamey*, cuya fruta recuerda el gusto y el color del melón. Las diferentes familias de zapotes, el cocotero, el plátano, la guayaba, el aguacate, las tunas (higos de la India) y muchos árboles frutales, de los cuales algunos con trabajo vienen a nuestros invernaderos, compensan por sus sabores suaves y variados la ausencia de nuestras uvas, las que no maduran sino de manera imperfecta en las regiones equinocciales a causa de las lluvias periódicas.

Litera

Al llegar a Veracruz, el calor insoportable del clima, las despiadadas legiones de mosquitos, pero, sobre todo, el peligro inminente de sucumbir al espantoso *morbus ichterode*, que llaman "fiebre amarilla", obliga a buscar los medios más rápidos de sustraerse a la influencia de esos funestos lugares, llamados justamente: la tumba de los europeos. Mas, esos medios no son ni los más fáciles de encontrar ni los más cómodos de emplear. Por rareza se encuentran coches de vuelta a la capital, ya que desde ella no descienden sino hasta Jalapa. Además, el camino de esta ciudad a Veracruz es muy difícil para los vehículos de cuatro ruedas, por las arenas profundas y movedizas que es necesario atravesar en las cercanías de Santa Fe. De ordinario el recurso de los viajeros apresurados son las mulas, pero se ven obligados a dejar tras de si sus equipajes y durante las primeras jornadas es necesario exponerse al sol brillante de la zona tórrida en los áridos llanos abrasados por sus rayos. Una manera más cómoda, sobre todo para las señoras, de evitar esas molestias, es procurarse una litera, especie de caja suspendida sobre las varas que sostienen dos mulas. El dibujo hace inútil una más amplia descripción. Este medio de viajar es lento y caro, pero en cambio es más suave y cómodo, y el balanceo producido por el paso mesurado de las mulas educadas para este uso, invita al sueño, lo que constituye un gran adelanto en un país donde nubes de mosquitos os persiguen toda la noche con sus piquetes y zumbidos. El precio de una litera de Veracruz a Jalapa (treinta leguas) es, ordinariamente, 50 pesos, cerca de unos 250 francos. El banco de arena llamado Arenal de Santa Fe, opone una dificultad casi invencible a la construcción de un buen camino.

Fray Gregorio, carmelita

Un fenómeno muy notable en la historia del México moderno es que el movimiento de insurrección que decidió su independencia fue comenzado y guiado por los miembros del clero; Hidalgo, Morelos y Matamoros, eran curas; Rayón era canónigo; fray Gregorio, monje. Los tres primeros, sorprendidos por los españoles, fueron ejecutados de acuerdo con las severas instrucciones del virrey. Fray Gregorio, al momento que iba a ser fusilado obtuvo, prometiendo alguna revelación, pasar muchos años en un calabozo de Cádiz, de donde no salió sino después de la proclamación en 1820. La dificultad de obtener la secularización de Roma le obligaba a llevar todavía el hábito monacal, por el que tenía menos vocación que por la faja de general. El traje sacerdotal le procura, a lo menos, mayor veneración y respeto por parte del pueblo y sobre todo de las mujeres, quienes le arrojarían todos los laureles y las coronas que la patria agradecida otorga a sus defensores. El hábito sacerdotal conserva todavía un poderoso influjo sobre las mexicanas, quienes creen que tocando a esos hombres sagrados, entran en contacto con seres de otra naturaleza, con los guardianes de esos lugares encantados, de ese paraíso hacia el cual se lanzan con su imaginación meridional. Se las ve al salir de la iglesia de rodillas, en una especie de éxtasis, abrazar el hábito de sayal corriente de los elegidos del Señor. Sus rasgos, sus ojos nadando entonces en una voluptuosidad mística, muestran que su alma se separa por un momento de la tierra, de la materia, y se eleva hacia esos brillantes fantasmas con los que las leyendas maravillosas han poblado su cerebro. Mas, para volver al tema de esta lámina, el espíritu que animó en 1810 a una parte del clero mexicano, se explica por la injusticia con que España obró hasta con los eclesiásticos americanos. Estos no alcanzaban jamás las altas y lucrativas dignidades de la Iglesia. Los españoles se apoderaban de los beneficios substanciosos y dejaban los curatos módicos y fatigosos a los indígenas. El interés personal y el interés nacional se encontraban de acuerdo y la Independencia tuvo jefes tonsurados. No se trataba siquiera de la libertad; era aquella opresión, entre otras, tan odiosa al clero mexicano como también al de Francia y de todos los países.

Coche de colleras

Las escasas obras públicas emprendidas por los españoles fueron empezadas con tanta magnificencia y grandeza que por lo mismo han quedado imperfectas. Tal fue el camino que debió conducir de Jalapa a México. Pavimentado con el mejor cuidado, trazado a través de las mayores dificultades del terreno, ligado por puentes magníficos, hay que lamentar que no fuese terminado. Se llega, por lo tanto, a que después de haber hecho algunas leguas cómodamente, se cae de improviso en rodadas profundas y se experimentan las más crueles sacudidas al chocar contra las piedras que las lluvias desprenden de las montañas y al franquear las barrancas que cruzan a lo largo de la llamada ruta. Este camino tan imperfecto hace necesaria la longitud interminable de los coches mexicanos que pueden ser llamados *reversibles*, puesto que mientras el tren de adelante se encuentra suspendido sobre un precipicio, las ruedas de atrás están todavía sobre un terreno sólido. Por otra parte, semejantes caminos y tales coches hacen también necesario un ejército de mulas para arrastrarlos y, en último término, un bolsillo bien repleto para llegar a través de miles de incomodidades, traqueteos, magulladuras y pillajes hasta la capital. Son de rigor tres hombres para esos pesados equipajes, dos postillones y una especie de conductor encargado de recibir el dinero y de ser responsable de las cosas de los viajeros. Lleva gran número de mulas y, aunque una parte no jale el coche, sirve para relevar a las que están fatigadas. Esta multitud de cuadrúpedos tiene necesidad de un local hecho ex-profeso, y así, por su comodidad se sacrifica la de los viajeros, quienes no tienen más seguridad que la de dormir sobre sus camas, si es que las han llevado consigo. El precio de un viaje en coche de México a Veracruz es, generalmente, de 250 pesos, más o menos mil francos.

Cochero mexicano

Los caballos mexicanos son excelentes para ser montados, pero no son de suficiente talla para ser enganchados. Por eso se prefieren las mulas para los tiros de los coches, ya que éstos, construídos según antiguos modelos, no tienen la ligereza de nuestras brillantes berlinas ni de nuestros *landaus*. El alto precio del fierro, que viene todo de Europa, hace que en México usen todavía grandes ruedas y esas interminables varas de madera que parecen vigas pintadas. Los coches no tienen asiento para el cochero, por lo que éste monta a manera de postillón, para dirigir mejor las mulas, animales un tanto rehacios. Una berlina de ciudad desemboca, pues, gravemente de una calle, y lo primero que se ve aparecer es el cochero con su sombrero de tres picos y su única bota, ya que la pierna que le queda del lado del pértigo como no se ve no necesita un calzado fino; viene en seguida un cuarto delantero y después una caja bien abombada y bien barnizada, en la que se bambolean sin cesar una media docena de viejas baronesas y, al final, llega la parte trasera con uno o dos polisones, quienes tienen todavía el nombre de lacayos. Los nuevos funcionarios diplomáticos de los Estados que han reconocido la República, han ensayado en vano introducir el gusto por los equipos modernos; los nobles mexicanos creerían derogar las prerrogativas de su rango si reemplazaran las graves y pacíficas mulas por los caballos con rabos cortados y los cocheros con coleta por otros rapados. También hay que hacer notar que estas mulas jerárquicas llevan sus rabos cuidadosamente envueltos en pequeños sacos de cuero adornados con aplicaciones de metal.

Filisola

Si Francia puede enorgullecerse de los Lafayette, e Inglaterra de los Byrons, quienes han ofrecido el tributo de sus brazos y de su vida a la causa de la libertad del Nuevo Mundo y de Grecia, Italia puede también reclamar su parte de gloria en esos honrosos combates. Sus hijos esparcidos por diferentes regiones del Globo no se atreven a enfrentarse a la suerte de su desgraciada patria, decepcionados para siempre y sin esperanza de recuperar el cetro nacional buscan bajo el estandarte del extranjero la gloria o la muerte; algunos de estos discípulos del siglo militar de Napoleón han ofrecido sus servicios al despotismo, pero la mayor parte ha encontrado bajo las banderas de Bolívar el término de una carrera borrascosa. Un pequeño número ha sobrevivido al clima, a las fatigas, a las privaciones de todas especies en estas regiones desérticas de América. Filisola, nacido bajo el cielo ardiente de Calabria, es quizá el único italiano que goza el precio de sus largos trabajos. Muy joven entró al servicio de España y, después de haber hecho las campañas de la Península contra los franceses, escaló el grado de teniente y fué enviado a México, una vez hecha la paz. Ascendido a capitán, se distinguió al comienzo de la insurrección por su valor y firmeza. Mas, apreciando bien pronto la justicia de la causa mexicana, cuando Iturbide estaba a punto de sucumbir bajo sus numerosos enemigos, se declaró por la Independencia de México y aseguró, con la división que todavía mandaba, el triunfo definitivo. Enviado más tarde a Guatemala, que quería desprenderse de la federación mexicana, pacificó esa provincia por su moderación. Llamado por el gobierno a la capital, fue, posteriormente, capitán general del Estado de México, querido por los soldados y por los ciudadanos y padre protector de todos sus compatriotas que el azar arrojó a estas lejanas tierras. La lámina representa su uniforme de general de caballería.

Morelos

Todavía otro padre patriota, todavía otro mártir de la Independencia. El cura Morelos, después de haber dado los más grandes vuelos a la insurrección, tras de haber organizado ejércitos, imprimiéndoles un movimiento que le sobrevive, fue envuelto en la misma traición que entregó a Hidalgo, Matamoros y Allende, al rigor de los españoles. Ha sido necesario presentar muchos trajes religiosos porque la nación mexicana ofrece una fisonomía muy eclesiástica. El culto y sus ministros están por todas partes. En Yucatán son comerciantes, en las mesetas explotan las minas, en las legislaturas de provincia y en las cámaras representativas son muy numerosos. Depositarios casi exclusivos de las ciencias y las letras, no sorprende que hayan desempeñado papel muy importante en favor y en contra de la Independencia, y que el gobierno español haya sido, particularmente, más severo con ellos que con los otros, ya que se supone que deberían ser los más fieles a la monarquía. Casi todos caídos bajo la gleba castellana, fue de las líneas de los ejércitos que ellos formaron de donde salieron Guerrero, Bravo, Victoria y los otros jefes que mantuvieron el fuego de la revolución. Cuando ya parecían próximos a sucumbir, apareció a su vez Iturbide y, burlando la opinión general, afirmó, al fin, la independencia de México; pero, cegado por la ambición de ceñir la banda real, dió ocasión a Santa Anna de ponerse a la cabeza del partido republicano, que lo tiró del efímero trono al que había trepado. Santa Anna tuvo que abdicar su importancia política, acusado de ambición, y dejó sin jefe al partido democrático. Ahora ha entrado de nuevo en la lid y los tiempos deben decidir de su encumbramiento supremo o de su exilio.

Pelea de gallos

El juego y la pasión caracterizan a los mexicanos; todo lo que es azar les encanta, mas, hay que decir que con aquella no se divierten, como los españoles, quienes ponen en peligro la vida y ensangrientan la arena donde la pasión tiene lugar. Las corridas de toros no son un espectáculo tan nacional como en España, en donde, a lo menos, están reglamentadas de manera que no se comprometa la existencia del torero. No les gusta ver a los caballos con el vientre abierto y a los toros atravesados por la espada del caballero. Se contentan con verlos abatidos por medio de un nudo corredizo y fatigados por la habilidad de sus perseguidores. No es lo mismo con las peleas de gallos. Esta diversión, que no es nada común en España, hace las delicias del pueblo mexicano, ya que ofrece un vasto campo de apuestas. Quizá no es el espectáculo lo que divierte, sino la ocasión de arriesgar el dinero que se tiene. Se había construido en México un gran anfiteatro para esta suerte de peleas, que ahora sirve de teatro de comedia, y los gallos han escogido otros sitios. No se sabe de qué debe uno sorprenderse más, si del encarnizamiento con que se baten estos pobres animales hasta que uno pierde la vida, por el placer bárbaro del hombre, o si de la manía de los jugadores, quienes echan su fortuna y su tranquilidad al azar de un golpe de espolón amarrado a la pata de un bípedo emplumado. La lámina representa a la sociedad mexicana en la forma en que se reúne y se presenta en la plaza de gallos. Hombres, mujeres, viejos, niños, curas, militares, de todas las categorías, se presentan alrededor del circo y se comprometen apostando. Un hombre recorre las filas de espectadores para recoger y casar las apuestas. Mientras éstas se casan los maestros de gallos excitan a los animales para que se lancen con el mayor furor a la pelea; en tanto que un gallo conserva un soplo de vida la pelea no está decidida, pero, si huye, se reconoce vencido y los que apostaron a él han perdido.

Juego del volador

La colección se termina con esta lámina, que representa una diversión que figura ordinariamente en las solemnidades y en las fiestas religiosas o patrióticas. Nuestros palos de cucaña no son usados en semejantes ocasiones. Aquí se hace callar la codicia para darse el gusto de esa sensación reservada a los habitantes del aire. Se planta un poste de cuarenta y cinco pies de alto en cuyo extremo superior hay una especie de capitel de fierro, puesto en equilibrio sobre una punta del mismo metal, colocada en lo más alto del poste; a aquel capitel se amarran cuatro cuerdas bien fuertes, las cuales están dobladas en su extremo, dejando un lazo suficientemente grande para que pueda pasar el cuerpo de un hombre de manera que la cuerda le sirva de asiento. Así colocados los cuatro voladores empiezan a correr alejándose del poste y bien pronto la fuerza centrífuga se multiplica y levantándose sobre el piso describen muchas circunferencias en el aire de varias centenas de pies y se persiguen sin jamás alcanzarse, sobrepasando en rapidez al vuelo del águila y del buitre. Una ligera patada en el suelo es suficiente para dar nuevo impulso a estos Icaros, quienes, bien diferentes de su patrón, no temen la pérdida de sus alas ni los abismos profundos del mar. Este juego que no tiene peligro alguno es un ejercicio saludable y económico que puede ser adaptado en las casas de campo y en los parques de recreo, como auxiliar o reemplazando a los peligrosos columpios y a los balancines. Los gimnasios de París ofrecen una especie de imitación en el juego llamado: *enjambée des géans* (Salto de gigantes).

INDICE

Prólogo de Manuel Toussaint 5
Advertencia 11
Introducción 13
La visión de México de Claudio Linati 25
Claudio Linati. Autorretrato. Fuera de texto.

Textos de Linati. (Traducción.) 69
(Los títulos y la numeración corresponden a las láminas.)

1. *Joven obrera* 71
2. *Lépero: vagabundo* 72
3. *Seminarista* 73
4. *Hacendado: criollo propietario* 74
5. *Tortilleras* 75
6. *Dragón* 76
7. *Aguador: cargador de agua* 77
8. *Soldado de línea* 78
9. *Escribiente público ("Evangelista")* 79
10. *Vendedor de dulces* 80
11. *Muchacha de Tehuantepec* 81
12. *Negro de Veracruz* 82
13. *El presidente de México* 83
14. *Pleito de dos indias* 84
15. *Dama joven* 85
16. *Hidalgo* 86
17. *Monje de la Merced a caballo* 87
18. *Muchacha a caballo con su caballero* 88
19. *Carnicero mexicano* 89

20. *Pastor mexicano* 90
21. *Criollo a caballo tirando el lazo* 91
22. *Indio apache* 92
23. *Miliciano de Guazacualco (Coatzacoalcos)* 93
24. *Caballería ligera mexicana* 94
25. *El sereno* 95
26. *Sirvienta indígena* 96
27. *Oficial de dragones* 97
28. *Regidor* 98
29. *Muchacha de Palenque* 99
30. *Negro acostado en su hamaca* 100
31. *Fraile camilo* 101
32. *Mendigo* 102
33. *Guardia Cívica de Alvarado* 103
34. *Grupo de jugadores* 104
35. *Vendedor de odres* 105
36. *Entierro de un pobre* 106
37. *Soldado de línea en uniforme de gala* 107
38. *Indio que saca pulque* 108
39. *Vendedores de pollos, de dulces, etc.* 109
40. *Mujer de ciudad Rodrigo* 110
41. *Litera* 111
42. *Fray Gregorio, carmelita* 112
43. *Coche de colleras* 113
44. *Cochero mexicano* 114
45. *Filisola* 115
46. *Morelos* 116

47. *Pelea de gallos* 117
48. *Juego del volador* 118

Trajes civiles, militares y religiosos de México. Bruselas, 1828. 125
(Reproducción facsimilar del libro original con las litografías y los textos de Claudio Linati.)

CLAUDIO LINATI

TRAJES CIVILES, MILITARES Y RELIGIOSOS DE MEXICO

BRUSELAS (1828)

REPRODUCCION

DEL LIBRO ORIGINAL CON

LAS LITOGRAFIAS Y LOS TEXTOS

MOCTETZOUMA XOCOTZIN.

Dernier Empereur du Mexique, peint par ordre de Fernand Cortez.

COSTUMES
Civils, Militaires et Religieux
DU
MEXIQUE.

Dessinés d'après Nature

PAR

C. LINATI.

Imprimés à la Lithographie Royale de Jobard.

BRUXELLES.

Publiés par

Ch. SATTA N. I. NO.

COSTUMES MEXICAINS.

Jeune Ouvrière.

Cayale de Cotonade Robe d'Indienne imprimée Bras et jambes nus Souliers de Satin.

JEUNE OUVRIÈRE.

Sexe charmant, aimable moitié du genre humain, sous tous les climats de la terre, en dépit de l'ignorance et de la barbarie, n'importe sous quelles couleurs, et sous quel costume, l'empire de tes grâces étend sa bienfaisante influence, et rend meilleurs les hommes, en imposant une trêve aux passions haineuses qui les agitent. Malgré son teint pâle et olivâtre, la jeune ouvrière mexicaine ne renonce pas au privilège de plaire, et sait, par sa vivacité naturelle, par ses mouvemens rapides et gracieux, faire oublier parfois la gentille grisette parisienne. Une coiffure artificielle, des huiles parfumées ne chargent point sa tête. La nature a donné l'éclat du jais à son épaisse chevelure, et un simple ruban en emprisonne les longs flots d'ébène. Les roses ne contrastent point avec le lis de ses joues, mais des yeux vifs et pétillans, noirs comme l'aile du corbeau, nagent dans la volupté sous deux arcs de velours qui se rejoignent sur un nez aquilin. Aucun corset ne gêne sa taille flexible comme le serpent des prairies, et ses formes se dessinent sous le léger tissu qui la couvre. Sa coquetterie se borne à bien tourner un petit pied enfermé dans un soulier de satin afin qu'il appelle l'attention, et l'arrangement perpétuel de sa mantille laisse à deux bras arrondis la faculté de prendre les poses les plus séduisantes. Son esprit naturel lui suggère des réparties piquantes qu'elle n'a pas puisées dans une lecture qu'elle ignore; légère, enjouée, sans prétentions, sans apprêt, sa piété religieuse est son seul bouclier contre la séduction; mais, si elle cède, elle se persuade bientôt que le plaisir est un crime qui ne peut exciter la colère inexorable du ciel.

Nota. La robe est d'indienne grossièrement imprimée dans le pays, ainsi que la bordure. La mantille ou tapalo est d'une étoffe de coton très-serrée qu'on appelle *manta* avant d'être peinte. On en fabrique à Puebla de los Angelos, et on en envoie d'Angleterre en blanc qu'on peint ensuite dans le pays.

LEPERO. — VAGABOND.

C'est le nom qu'on donne à Mexico à un homme de la dernière classe du peuple, de race croisée indienne et espagnole.

Le Lepero est le Lazzaroni de Naples; mais s'il y a quelque chose de plus ignoble dans ses traits, il est cependant plus indépendant; car il a moins de besoins. Sur les débris d'une civilisation dégradée, il vit au milieu d'une ville populeuse presque dans l'état de nature. Pas de chemise, pas de chaussure, un morceau de cuir et une *manta* de laine forment son habillement. Cette même couverture devient son lit pendant la nuit, et l'entrée d'une porte cochère ou les degrés d'une église lui servent d'habitation. Placé dans le jour au coin d'une rue, une commission à remplir, un fardeau à porter suffisent pour lui procurer la plus frugale des nourritures; une demi-douzaine de gâteaux de maïs, saupoudrés de piment, fournit à ses repas, l'eau de la fontaine est sa boisson. Un ciel pur constamment tempéré lui épargne la nécessité d'autres vêtemens. Vivant au jour le jour sans s'occuper du lendemain, aussitôt qu'il a gagné de quoi passer les vingt-quatre heures, couché à l'endroit qui lui sert de gîte, un léger sommeil suspend ses facultés, jusqu'à ce qu'une nouvelle aurore, renouvelant ses besoins, l'oblige à chercher de nouveaux moyens de les satisfaire.

Heureux mortel peut-être, si le poison de la corruption et du fanatisme ne venait agiter son cœur simple et son esprit parresseux, si les liqueurs fermentées ne portaient le trouble dans ses sens, si la fureur du jeu ne l'entraînait souvent au crime, et si ces nécessités factices n'en faisaient quelquefois un instrument docile dans les mains du despotisme et de la superstition !

COSTUMES MEXICAINS.

(Lépero) Vagabond.

COSTUMES MEXICAINS.

Séminariste.

Soutane de Castorine

SÉMINARISTE.

Celui qui connaît l'Espagne verra dans le séminariste mexicain une fidèle copie du séminariste espagnol. Dans tout pays qui admet la suprématie de l'autel sur le trône, appliquée aux transactions humaines, le premier des états est nécessairement celui de prêtre. Ainsi puisque rien n'est au dessus, il n'y a point de père de famille qui, songeant à donner une éducation à ses enfans, n'aspire à les voir un jour dans les hautes dignités de l'église. L'éducation y est donc théologique ; les autres connaissances ne sont que secondaires, et les séminaires, sous l'immédiate surveillance des évêques, ne sont que des pépinières de curés, où le costume même commence par séparer le néophyte du reste de la société. Mais comme il est de l'essence de toutes les institutions qui ont vieilli, de manquer leur but, rien n'est moins propre à former un bon prêtre qu'un élève des séminaires mexicains ; dans un pays où le développement de l'adolescence est précoce, à l'âge de douze ou treize ans, ces enfans-hommes, sous le prétexte d'aller voir leurs parens, obtiennent de sortir pendant le jour et puisent dans la société tous les vices qu'elle présente.

On les voit courir, jouer et fumer dans les rues avec un abandon qui contraste avec la sévérité religieuse de leur costume. Celui-ci consiste en une robe de castorine, ouverte sur les côtés, et dont la couleur varie selon les classes. Ainsi il y en a des rouges, des bleues et des brunes ; l'espèce de bande terminée en étole qui leur descend de l'épaule jusqu'aux talons varie aussi de couleur avec la soutane ; l'anneau de plomb qui l'empêche de voltiger, et qu'on distingue en arrière, devient souvent l'arme qui décide de leurs combats aux heures de récréation.

HACENDADO. — CRÉOLE PROPRIÉTAIRE.

Dans une ci-devant colonie, riche de toutes sortes de productions, et surtout de métaux précieux, dont les fondateurs ont réduit à l'esclavage les indigènes; à côté de milliers de malheureux, on trouve un homme opulent qui exploite leurs bras vigoureux pour vivre dans le luxe et dans la mollesse. Voyez cet opulent campagnard, issu de quelque conquérant du Mexique, l'étendue de ses domaines serait en Europe celle d'une province. Deux mille Indiens, anciens et légitimes propriétaires de ses champs, les arrosent de la sueur de leur front pour remplir ses greniers de maïs et ses magasins de sucre et des fruits du Tropique. Condamné cependant naguère lui-même à souffrir le joug d'une capitale éloignée et jalouse, ses richesses ne pouvaient être employées au bien de son pays.

La métropole empêchait avec soin tout ce qui pouvait élever les colonies au rang des nations. Le Créole ne pouvait aspirer à l'influence des emplois. Un système d'abrutissement lui interdisait les jouissances intellectuelles; Rome et Madrid, voilà tout ce qu'il entrevoyait au delà de l'Océan. Un luxe incommode et grossier, les solennités de l'église, les plaisirs de la table et du jeu, absorbaient ses trésors et ses loisirs. Son éducation avait tout fait pour le rendre pusillanime et énervé; mais le sol, le climat, les distances l'ont rendu agile et courageux. L'excès du despotisme, et une longue humiliation ont fini par le révolter, et cette arme, héritée peut-être de quelque audacieux compagnon de Fernand Cortès, a cessé d'épouvanter le malfaiteur, pour briller contre les oppresseurs de sa patrie.

Le Créole mexicain a versé bravement son sang pour l'indépendance de son pays; il a proclamé la liberté, l'égalité et mérité l'admiration de son siècle.

Nota. Son manteau, appelé *manga*, est une pièce de drap bleu ou vert, coupée en ovale et doublée de percale peinte. Au milieu est une ouverture par laquelle passe la tête. Elle est entourée d'un rond de velours galonné et orné de franges qui couvrent les épaules. Son chapeau est de vigogne galonné en dedans, sa veste de chamois est fermée comme une camisole. Il montre sa chemise de toile très fine bien plissée sur le devant; ses bottes sont ouvertes et rabattues sur le côté.

COSTUMES MEXICAINS.

(Hacendado) Propriétaire.

Veste et pantalon de peau de Daim. (Manga) espèce de Manteau de drap. Bottines ouvertes sur le coté. Relique.

COSTUMES MEXICAINS.

Tortilleras.

Femmes qui petrissent leurs petits gâteaux de Maïs, qu'on roussit à la poêle et qui remplacent le pain pour le peuple.

Imp. de Deroisne Platincks. Lith. de Tu Cow.

TORTILLERAS.

Le froment n'était pas connu des anciens Mexicains. Les régions situées sous les Tropiques ne sont pas favorables à sa culture ; le défaut de gelées, les chaleurs excessives, les pluies périodiques, et d'autres causes, le font croître avec trop de luxe, et nuisent au développement et à la maturité des épis. Le maïs formait, et même aujourd'hui forme encore l'aliment le plus général de la population. A défaut de moulins ou parce que la farine de maïs est difficile à pétrir, les femmes de chaque ménage sont chargées de l'élaboration de cette nourriture quotidienne. La jeune épouse apporte en dot à son mari un tabouret, et un rouleau de pierre qu'on appelle *métate* (mot indien), comme pour annoncer qu'en reconnaissance de l'accueil qu'elle reçoit dans sa nouvelle famille elle va s'occuper de sa subsistance, et apporter le repos à la mère de son époux. Les gâteaux de maïs, appelés *tortillas*, exigent un travail qui ressemble assez à celui qu'il faut pour fabriquer le chocolat. On met en infusion dans l'eau les grains du maïs, et, lorsqu'il est gonflé, on l'écrase, et on le réduit en pâte sur le petit banc de pierre incliné, avec le *métate*. L'eau et la partie fibreuse tombent peu à peu dans un baquet qui est placé au dessous, et lorsque la pâte est convenablement pétrie on en fait de petites boules, qu'on passe à une servante qui, à force de les tourner, en frappant entre les deux paumes de la main, en fait un gâteau très-mince et circulaire qu'on roussit pendant quelques instans dans une poële de fer pour lui donner un peu de consistance. Ces *tortillas*, assez fades, sont indigestes pour les Européens, qui n'aiment pas à en rehausser le goût avec du piment, comme le font les gens du pays, et elles causent quelquefois des maladies intestinales et des obstructions aux viscères de la digestion. L'usage du pain se généralise chaque jour davantage.

DRAGON.

D'immenses distances à parcourir, de riches pâturages, et l'abondance du maïs, excellente nourriture pour les chevaux, font du Mexique une région très-propre à tenir sur pied une bonne cavalerie. Les chevaux mexicains descendant des étalons de l'Andalousie conservent beaucoup des traits et des qualités de leurs pères. Vifs et nerveux, si leur croupe correspondait à leur devant, ou pourrait les citer comme des chevaux parfaits; toutefois, ce défaut est racheté par une force de résistance peu commune, et par l'aptitude à se passer de nourriture et de soins pendant une journée entière de marche. Là où les chevaux sont bons et nombreux il ne manque pas non plus de bons cavaliers, et dans ce moment on peut hardiment établir la supériorité de la cavalerie mexicaine sur la cavalerie espagnole. La guerre et le dénuement où s'est trouvée la république par suite des efforts qu'elle a faits pour établir son indépendance, ne lui avaient pas laissé le moyen d'équiper convenablement ses troupes; aussi ce n'est que depuis l'emprunt contracté avec l'Angleterre que le gouvernement a pu leur donner, et surtout à la cavalerie, une physionomie européenne. Maintenant les treize régimens de cavalerie mexicaine ne laissent rien à désirer, si ce n'est des officiers assez instruits pour savoir que la liberté civile ne doit pas détruire la subordination militaire.

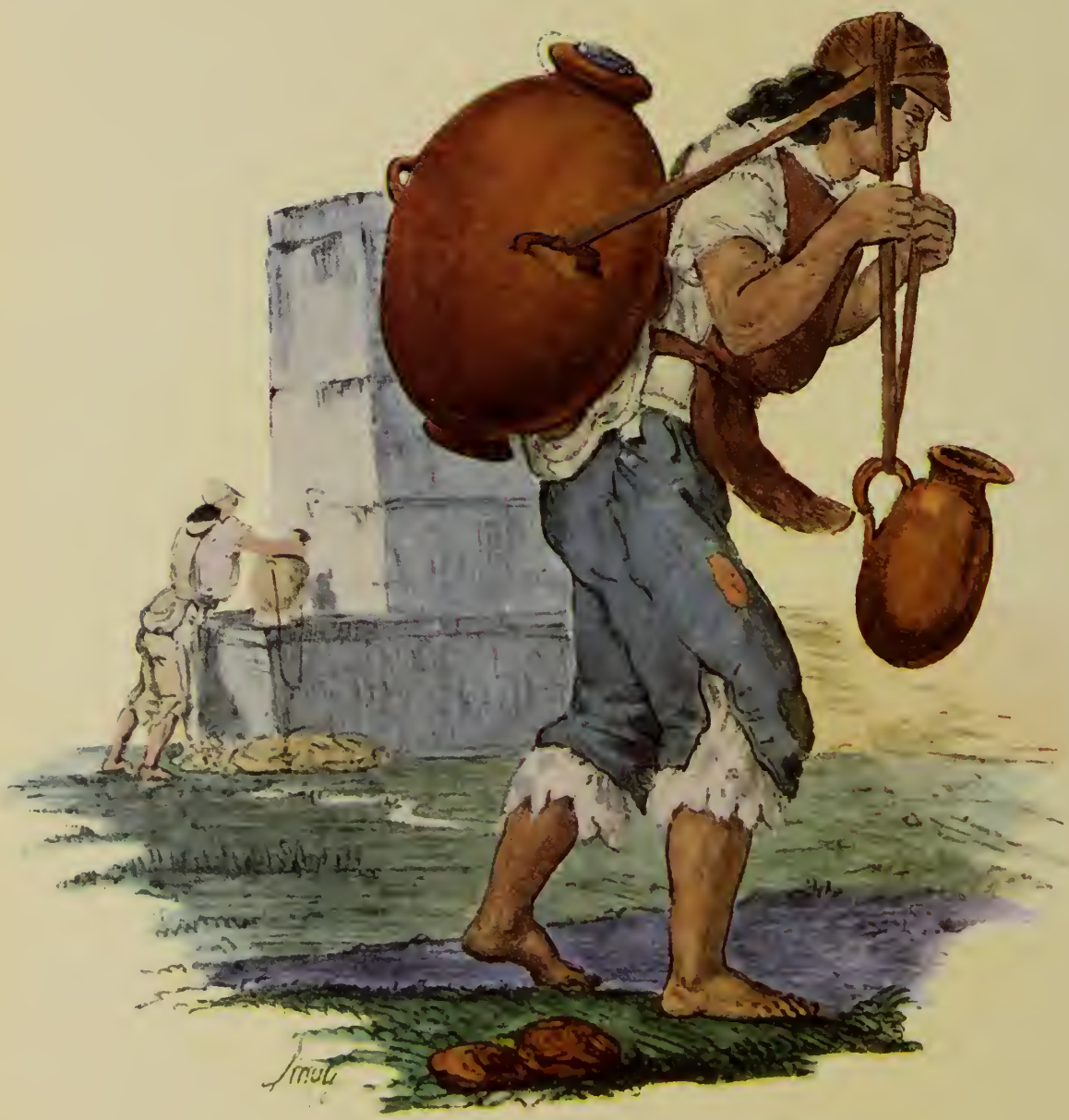
On vient de substituer un casque au chapeau rond qui distinguait les anciens cavaliers américains. Ce changement, s'il flatte l'œil davantage, n'est pas aussi commode pour le soldat. Le chapeau rond le garantissait des rayons d'un soleil presque toujours perpendiculaire, et son cou, des pluies qui tombent souvent par torrens depuis le mois de mai jusqu'au mois de septembre.

COSTUMES MEXICAINS.

Dragon. Troupe de Ligne.

Chapeau rond garni d'une bande de Mousseline

Imp. de Dewasme Pletinckx, lith. de La Cour



COSTUMES MEXICAINS.

Aguador. Porteur d'eau.

Tabher et Bonnet de Cuir. Cruches de terre

AGUADOR. — PORTEUR D'EAU.

Tous les pays offrent quelques usages dont on ne sait pas se rendre raison, soit à cause de leur incommodité, soit à cause de leur bizarrerie. Le porteur d'eau du Mexique est un des objets qui frappent le plus les yeux de l'étranger : on a peine à concevoir comment, pour porter 50 livres d'eau, on n'ait trouvé d'autre moyen que de la mettre dans un vase de terre presque aussi pesant lui-même, et dont la forme sphéroïde concentre sur un seul point le fardeau. Ce vase, ne suffisant pas seul au besoin de chaque famille, et un poids si incommode ne pouvant être augmenté, une petite réserve supplémentaire contenue dans une cruche attachée à deux courroies croisées sur la tête et suspendues par devant, sert de contre-poids au premier fardeau ; les balancemens de cette seconde cruche sont empêchés par le tablier qui l'assujettit au moyen d'un crochet. L'aguador ainsi bâillonné ou encadré dans ses doubles courroies, marche droit devant lui, sans pouvoir se permettre le moindre mouvement de tête, et apporte le liquide chez sa pratique ; un demi-réal, à peu près six sous de France, est le prix de sa course ; mais s'il travaille la journée entière il gagne de quatre à cinq francs par jour.

Les courroies qui se croisent sur sa tête l'empêchant de porter un chapeau, l'aguador est le seul être au Mexique qui porte une casquette.

SOLDAT DE LIGNE.

Ce jeune Indien, fier de son nouveau costume militaire, vient payer sa dette à sa patrie régénérée; il s'appuie sur cette arme, dont l'explosion incompréhensible et l'effet meurtrier ont consommé l'esclavage de ses ancêtres, et rayé des fastes de l'histoire la dynastie de Montezuma. Trop ignorant pour comprendre l'étendue des nouvelles destinées de son pays, ses idées confuses ne s'arrêtent pas encore peut-être sur les droits qu'on lui a ravis, et sur ceux qu'on vient de lui rendre. Il entend retentir autour de lui le nom de liberté, d'émancipation, d'indépendance; mais ces mots partent de la bouche des descendans de ces mêmes hommes qui renversèrent l'autel de ses dieux et le trône de ses rois.

Dans son air indolent, se lit à la fois l'ironie, le soupçon, ou l'insouciance d'un bienfait mal apprécié. Instrument docile jusqu'ici de la délivrance des neveux de ses oppresseurs opprimés à leur tour, la lumière n'a pas encore éclairé son intelligence; il n'a pas encore relevé tout-à-fait sa tête courbée sous un joug de trois siècles; peut-être le jour où il saura qu'il a combattu pour un pays qui fut le sien, de grands souvenirs lui révèleront ses droits et ses destinées! peut-être les liens de la civilisation et du malheur l'amèneront à fraterniser avec ses conquérans devenus ses concitoyens! alors, oubliant sa langue naturelle et les traditions antiques, il concourra à l'élévation d'un peuple puissant, composé d'élémens divers, il est vrai, mais ne formant alors qu'un seul et même corps.

COSTUMES MEXICAINS.

Soldat en petite tenue.

Veste et Pantalons de Toile Coeffé de Schakos en Mousseline

Imp. de Demasme Pletinckx, lith. de la Cour

COSTUMES MEXICAINS.

Ecrivain public, sur la grand'place à Mexico.

ÉCRIVAIN PUBLIC.

Ce n'est pas seulement au pied des autels que les femmes mexicaines déposent leurs secrètes pensées et l'aveu de leurs faiblesses ; peu d'entre elles sachant confier au papier les peines de leur cœur et les tourmens de la jalousie, elles ont recours à l'écrivain public établi au milieu de la grande place de Mexico où il n'a pour se garantir des feux du soleil que le chétif abri de son *petate* (natte de jonc). C'est d'ordinaire un Espagnol à qui la fortune n'a pas souri dans le nouveau monde , ce qui équivaut à peu près à un certificat de peu de conduite. Réduit au métier de barbouilleur de papier, il possède le secret de bien des ménages, le fil de bien des amourettes, le mystère de bien des infidélités; que d'humbles adresses, que de pétitions, que d'affaires ne passe-t-il pas par ses mains? on dirait qu'il est l'écueil contre lequel viennent se briser tous les cancans de la ville.

Malgré l'humble apparence de son établissement , il suffit pour lui procurer l'aisance. La vente de l'encre, des plumes taillées, des pains à cacheter, des chansons et des complaintes , grossit ses revenus , et, au résumé, le métier d'écrivain public dans un pays qui figurerait en noir dans la carte du baron Dupin, ne laisse pas que d'avoir ses agrémens.

Son costume à demi européen démontre son origine espagnole. La jeune créole assise à côté de lui, à la mode du pays, a renoncé au tapalo ; le mouchoir de casimir ou de crêpe de Chine le remplace , et couvre sa tête et ses épaules, car si la mode française a étendu son empire sur toute la toilette des personnes d'une certaine aisance, elle n'a pas envahi la coiffure , car aucun n'oserait entrer dans le temple de Dieu avec la tête ombragée d'un immense chapeau comme en Europe.

MARCHAND DE BONBONS.

Girodet disait que ce n'était qu'à Rome qu'on pouvait faire un bon tableau; il y a quelque chose de trop circonscrit dans cette assertion. Je dirais plutôt que ce n'est que dans les pays chauds que la véritable peinture peut se former. La haute température permet aux classes laborieuses de se dégager de ces vêtemens justes et pesans qui les couvrent dans les pays du Nord. On voit à Rome et à Naples les portefaix et les pêcheurs déployer leurs formes athlétiques teintées par un soleil ardent, et offrir à chaque instant des poses et des contrastes que l'artiste étudie, et qui le familiarisent sans qu'il s'en aperçoive avec la beauté académique. La même chose s'observe par rapport aux draperies. Ce marchand de bonbons, sous le ciel tempéré du Mexique, ne se couvre pas d'une laine grossière et immobile. Un drap souple et léger lui semble un habillement trop lourd, et il l'agite et le place de mille manières pour se soustraire à la chaleur qui l'importune. Si Phidias et Praxitèle eussent vu le jour sous le ciel rigoureux de la Thrace, ils n'auraient pas cherché le type du beau sous les voiles légers et les tuniques humides qui laissaient paraître les formes de la jeunesse grecque exercée aux jeux du cirque; mais ils auraient cherché à imiter le poil touffu des brebis qui couvraient les pâtres de l'Hœmus. On voit en effet au Mexique, chez les gens du peuple, une disposition naturelle aux beaux-arts, et presque tous les étrangers se procurent, comme une curiosité, les fleurs, les saints et les vierges de cire que les leperos de Mexico travaillent avec un goût et une correction étonnans pour des gens qui n'ont fait aucune étude.

COSTUMES MEXICAINS.

Marchand de biscuits enveloppe dans un drap de lit.

Lith. Royale.

COSTUMES MEXICAINS.

Jeune femme de Tehuantepec

Capuche de gaze brodée. Jupon collant de coton de bleue.

Lith Royale.

JEUNE FEMME DE TEHUANTEPEC.

L'Asie cite avec orgueil la beauté des Circassiennes, l'Europe celle des Grecques; quant au Mexique, sa Circassie se trouve dans la province de Tehuantepec. La race indienne, qui presque partout offre des traits qui n'ont pas grand'chose d'analogue à ce qui constitue chez nous le beau idéal, paraît s'être anoblie dans cette région favorisée de la nature. *Las Tehuantepecanas* passent pour être les plus belles femmes du Mexique. Leur teint approche souvent de la blancheur des Européennes, mais les roses ne s'y marient point à l'éclat du lis; la pâleur caractéristique des peuples indiens leur ôte ces oppositions de couleur qui ont inspiré le pinceau des Titiens et des Rubens. L'ensemble de leurs formes, l'élégance des contours de leur taille généralement élancée, l'éclat de leurs yeux noirs, leurs sourcils arqués qui se joignent sur le front, leur donnent un caractère de beauté qui peut lutter avec celle d'autres contrées, et disputer la pomme de Pâris. Si on peut prouver que la race humaine a un instinct, c'est celui des femmes pour la coquetterie. Ces Indiennes habitantes d'un pays baigné des deux côtés par la mer, le possèdent cependant au plus haut degré. La nature leur a appris à faire valoir ce que leurs charmes ont de plus séduisant, et, tandis qu'une gaze adroitement placée ne laisse apercevoir que ce que leurs yeux ont d'expression et suit avec grâce les contours de leur visage, un jupon extrêmement étroit, à ne pouvoir presque allonger le pas, serre leurs hanches, et fait voir une taille élancée et une jambe bien tournée. On pourrait dire encore qu'un autre instinct existe, celui de la médisance, puisqu'il s'attache aussi à la réputation de ces belles Indiennes; mais si l'instinct est aveugle, pourquoi ne croirions-nous pas qu'il se trompe?

NÈGRE DE VERA-CRUZ.

Une chose qui paraît fort singulière à tous ceux qui foulent pour la première fois le sol de la côte Mexicaine, c'est l'espèce de ressemblance ou d'analogie qui existe entre un nègre de Vera-Cruz dans son costume de dimanche et l'arlequin du vaudeville. Cette figure noire, ce chapeau blanc, ce sabre placé en guise de batte, tout cela réuni aux gestes plaisans et comiques des nègres forme un ensemble auquel il ne manque qu'un habit bigarré de différentes couleurs, pour vous transporter dans une scène de carnaval. On se demande, Comment cela peut-il être? Est-ce le nègre qui est antérieur à l'arlequin ou l'arlequin qui a fourni le moule du nègre? C'est une question qu'on pourrait soumettre à quelques académies savantes pour exercer leurs méditations. Quant à nous, faisant transition du burlesque au positif, nous dirons que la race des nègres sur le golfe mexicain est supérieure à celle des indigènes, des métis et des créoles. Les nègres sont robustes, gais et alertes, tandis que la race européenne y est languissante et faible, et se propage avec peine. En général, les races s'améliorent en montant du sud au nord, et se détériorent *vice versâ*. Les nègres de Guinée se développent avec avantage au Brésil et à Saint-Domingue, où la chaleur n'est pas si forte qu'au Sénégal. Les Anglais se multiplient prodigieusement et avec avantage aux États-Unis, et même sur le sol glacé du Canada, tandis qu'ils dépérissent à Honduras et à la Jamaïque. Sans les nègres la côte mexicaine deviendrait un véritable désert. Les travaux les plus pénibles, ceux sans lesquels l'homme ne saurait prospérer sont leur partage. Leur force est prodigieuse et leurs formes athlétiques; mais ils n'oublient pas de se faire bien payer.

COSTUMES MEXICAINS.

COSTEÑO. Negre des environs de Vera crux (Santa Fé) dans son costumes de dimanche

Lith Royale

COSTUMES MEXICAINS.
Le général Guadalupe Victoria.
President de la republique Mexicaine.

LE PRÉSIDENT DU MEXIQUE.

Lorsqu'une nation secoue le joug d'une oppression étrangère, qu'elle revendique ses droits et que le patriotisme conduit ses armées aux combats, ceux qui bravent la mort et les dangers sur les champs de bataille, reçoivent les marques les plus éclatantes de la reconnaissance de la patrie, et sont appelés naturellement à consolider l'ouvrage qu'ils ont commencé au péril de leur vie. Si Washington le mérita aux États-Unis, Victoria en était aussi digne au Mexique et personne plus que lui ne pouvait inspirer plus de confiance à la nation et offrir plus de garanties à la liberté. Les sacrifices qu'il a faits pour elle, la fermeté qu'il a montrée dans les circonstances les plus difficiles, les épreuves délicates qu'il a soutenues avec l'austérité d'un vrai patriote, les persécutions qu'il éprouva de la part même d'Iturbide qui craignait sa popularité et ses principe, remplacent dans Victoria ces qualités brillantes, dangereuses souvent dans le chef d'une république naissante. La planche ci-jointe représente le président de la république dans son costume de général en chef. Les souvenirs de la guerre sont trop récens pour que l'habit militaire ne soit pas éminemment en honneur ; quand une longue paix aura amené le rôle brillant de l'industrie et du commerce, l'habit civil sera plus en vogue. En attendant, tous les employés cherchent de préférence à se revêtir de l'uniforme qui atteste leurs droits à l'emploi qu'ils occupent. L'uniforme français a été si long-temps la devise de la victoire, que presque tous les nouveaux états de l'Amérique l'adoptèrent comme celui qui est en droit d'en imposer à l'ennemi. Au Mexique on a aussi adopté les épaulettes pour les hauts grades, mais on a conservé l'écharpe brodée et le bâton distinctif des généraux en Espagne.

DISPUTE DE DEUX INDIENNES.

Si l'Amérique nous a fait de funestes présens, l'Europe avec ses liqueurs fermentées s'en est vengée largement. L'ivresse, inconnue aux anciens habitans d'Anahuac, multiplie maintenant ses tableaux dégoûtans sur le sol de l'innocence et de la simplicité, et les Indiennes mêmes, entraînées par l'exemple des hommes, dépensent souvent le produit des denrées qu'elles ont vendues au marché à se procurer le petit verre de chinguirito (eau-de-vie tirée de la canne à sucre) dont une petite quantité suffit pour leur faire perdre la raison et les métamorphoser en mégères acariâtres, de douces et timides qu'elles sont naturellement. Les Indiennes portent leurs enfans enveloppés dans une couverture de laine, pièce d'étoffe qui sert également à les coiffer lorsqu'elles vont à l'église et à contenir des fruits ou autre chose qu'elles doivent porter. Dans la chaleur de leur dispute, oubliant quelquefois qu'elles ont donné la vie au fardeau qu'elles portent sur les épaules, on voit ces pauvres créatures ballottées en tous sens, suivre les mouvemens violens d'une lutte et mêler leurs pleurs et leurs sanglots aux cris et aux imprécations de leur mère. Le peuple habitué à ces sortes de scènes, les regarde avec indifférence et quelquefois avec plaisir, et les enfans des villes, héritiers peut-être des préjugés des Espagnols qui considéraient les Indiens comme une race inférieure à l'espèce humaine, croient en les attisant exciter quelque chose d'analogue aux chiens ou aux coqs dont on aime aussi passionnément les combats.

COSTUMES MEXICAINS.

Dispute de deux Indiennes.

Ayant leurs enfans sur le dos dans une couverture nouée sur le devant, selon l'usage du Pays.

COSTUMES MEXICAINS.

Dame élégante à Mexico.

Qui a fait vœu a la Vierge de faire porter à son enfant l'habit de St François.

JEUNE DAME.

Si une jeune femme, de quelque classe qu'elle soit, se trouve dangereusement malade ou craint pour les jours d'une personne qui lui est chère, elle fait un vœu. Il y a différentes sortes de vœux, il y en a de personnels, de temporaires, de perpétuels et d'extérieurs. La jeune élégante que représente la planche n° 15 s'est trouvée apparemment menacée sérieusement puisqu'elle a fait vœu de faire porter l'habit de saint François à son enfant. C'est d'ordinaire dans les mauvaises grossesses ou dans les couches laborieuses qu'ont lieu ces sortes de vœux. Il est dur au fait pour une mère qui met son orgueil dans l'extérieur agréable de son enfant, de le voir affublé d'une bure grossière, qui contraste par sa rudesse avec les grâces riantes du premier âge. Ces vœux arrachés par un élan d'amour maternel n'empêchent cependant pas que, le danger passé, les penchans du beau sexe ne reprennent leur empire, et qu'une mise élégante, une mantille adroitement croisée, un éventail cent mille fois ouvert et fermé, ne rappellent autour d'une jeune dame mexicaine les amours légers que la piété religieuse avait un moment écartés. Je crois même apercevoir un petit bout de billet qui sort de sa main potelée; ne faites pas de mauvais jugemens : au Mexique comme à Paris ce n'est que par une innocente curiosité qu'on reçoit des billets doux. On n'aura pas non plus beaucoup de peine à comprendre que l'habit du bienheureux saint François occupe beaucoup moins son enfant que le polichinel qu'il porte à la main, ce qui prouve encore qu'au Mexique comme à Paris la nature l'emporte sur les pantomimes de la société.

HIDALGO.

La courte mais brillante carrière de Hidalgo, de ce prêtre qui lui seul conçut et exécuta une révolution tendant à élever sa patrie au rang des nations, ne laissa presque pas le temps à ses admirateurs de conserver ses traits pour les transmettre à la postérité. L'auteur ayant mérité la confiance et l'amitié d'un des compagnons de l'infortuné curé de Dolores obtint la faveur de prendre une copie d'un portrait fait en cire qu'il possédait et de le perfectionner sur les renseignemens qu'il voulut bien lui donner. Cet esquisse rend donc avec exactitude les traits et le costume du chef de l'insurrection mexicaine, lorsqu'au nom de la religion et de la liberté il appela les descendans de Montézuma à sortir du sommeil de servitude où ils étaient plongés depuis trois siècles. Hidalgo, curé d'un petit village appelé Dolores, de la province de Guanajuato, indigné de la tyrannie des Espagnols qui défendaient aux Indiens de jouir des fruits que cette terre fertile offre en abondance, en les empêchant de cultiver la vigne, crut pouvoir se livrer à ses penchans philanthropiques en introduisant et en encourageant ses paroissiens à entreprendre cette culture. Le gouvernement instruit de cela fit arracher les plans qui commençaient à porter leur fruit. Alors Hidalgo se décida à secouer le joug tyrannique de la métropole. Ses démarches, ses mesures furent si bien prises que les Espagnols n'apprirent que le curé de Dolores était à la tête des indépendans que lorsqu'ils étaient enveloppés de toutes parts par l'insurrection. Ses débuts furent brillans : en peu de temps il se vit à la tête de quatre-vingt mille patriotes et menaça les portes de la capitale. Sans la trahison qui l'a livré aux Espagnols, ses talens et son énergie lui auraient fait conduire à terme une entreprise que ses lieutenans et ses successeurs ne continuèrent pas avec le même bonheur.

Hidalgo.

Curé des Dolores. Dans son costume de guerre, proclamant l'indépendance du Mexique (Fusillé le 1er Août 1811.) d'après un tableau original.

COSTUMES MEXICAINS.
Moine de la Merced en voyage.

MOINE DE LA MERCED A CHEVAL.

Aucun ordre religieux ne s'est tant multiplié en Espagne et en Amérique, si on en excepte les Franciscains, que les moines de la Merced institués pour délivrer de l'esclavage les chrétiens qui tombaient au pouvoir des infidèles. Richement dotés pour ce pieux objet, ils ont cessé de s'occuper des esclaves, ainsi que les Bénédictins de cultiver la terre ; mais ils n'ont pas cessé de jouir de leurs rentes. Cette planche représente un procureur de l'ordre, allant visiter une des nombreuses propriétés de la communauté. Qu'on ne s'étonne point si on lui voit un sabre dessous l'habit religieux. On n'entreprend jamais un voyage hors des portes de la capitale sans avoir la précaution de s'armer. L'état religieux n'en dispense pas non plus. Les routes sont souvent infestées de voleurs, qui malgré leurs scapulaires et leurs chapelets portent une main sacrilège sur les ministres de l'autel, persuadés qu'un collecteur de rentes d'un couvent n'a pas le gousset vide. Si cependant il a le bonheur d'échapper aux sinistres rencontres des voleurs de grand chemin, il n'évitera pas l'importunité des mendians, qui des environs de l'abbaye le reconnaissent à son costume blanc, et se portent sur son passage. Qu'il ne s'en plaigne pas cependant ; la mendicité est comme un herbe parasite qui entoure les murailles des couvens desquels elle reçoit l'aliment. Les Mexicains conservent encore ces formes d'harnachemens en usage au temps de la conquête. Une cloche de cuir brodé, ciselé, garni d'une frange de chaînes d'acier, couvre les hanches et la croupe du cheval dont les mouvemens se trouvent gênés par là. Les fortes averses du tropique, et les insectes incommodes expliquent peut-être la continuité de l'usage d'un si lourd appareil.

JEUNE FEMME A CHEVAL AVEC UN CAVALIER.

L'absence de routes rend l'usage des chevaux plus commun au Mexique qu'en Europe. Combien de fois ne voit-on pas de jeunes et délicates Anglaises entreprendre à cheval le voyage de Vera-Cruz à Mexico et soutenir avec courage les privations d'une route qui est loin d'offrir les *comforts* qu'elles sont habituées à trouver sur les chemins de Bristol et de Liverpool. Quant aux gens du pays, ceux qui n'ont le moyen que de nourrir un seul cheval, s'ils sont deux y remédient en y montant ensemble. Les dames surtout, soit crainte soit inexpérience, préfèrent s'asseoir sur la selle tandis que le cavalier à califourchon par derrière, dirige les mouvemens du cheval. Les selles d'ordinaire ont une pièce rapportée, qui sert de siège à celui qui monte en croupe. Ainsi l'on voit sur le même bidet la mère et son fils, la femme et son mari, la jeune fille et son amant, passant la main autour de sa taille pour l'empêcher de tomber, et cela pendant plusieurs lieues, sans causer de scandale, car c'est l'usage, et cet usage-là en vaut bien un autre. Ce qui fait de la peine aux Européens, c'est de voir ces pauvres chevaux, qui ne sont pas des plus forts, surchargés d'un double fardeau, entreprendre de longues courses, cachés sous d'énormes harnachemens. Cette planche représente le costume d'un couple de riches campagnards. Le manteau de la jeune dame est le même qu'on a vu dans la planche quatrième, espèce de tunique hermaphrodite qui fait prendre quelquefois le quiproquo lorsqu'il couvre quelque Virago aux traits basanés et masculins. Celui du cavalier s'appelle Xorongo. C'est une pièce de laine oblongue avec un trou au milieu pour passer la tête; elle est tissée à carreaux et à flammes de diverses couleurs éclatantes; on la fabrique principalement à la Puebla de los Angeles.

COSTUMES MEXICAINS.

Manière de voyager des Dames au Mexique.

Armas de Agua ou couvre-selle de peau de pantère.

COSTUMES MEXICAINS.

Boucher ambulant dans México.

BOUCHER MEXICAIN.

Si on voulait personnifier la paresse et la saleté, on ne pourrait choisir de meilleur modèle qu'un garçon boucher de Mexico, qui porte la viande à ses pratiques. Quoique les rues de la capitale soient larges, droites, horizontales et assez bien pavées, l'usage des chevaux, des voitures, et des mulets y est appliqué aux moindres besoins de la vie, plus peut-être qu'en aucune ville du continent, ce qui prouve que les Mexicains ont une prédilection décidée à se servir d'autres jambes que des leurs. Ce serait un véritable supplice pour un Européen que de parcourir une grande ville toute la journée, assis sur la croupe maigre et saillante d'un vieux mulet, sans pouvoir même étendre les jambes à cause du volume d'un bât ou d'une selle grossière; cependant l'intrépide Lepéro a trop en horreur le mouvement pédestre pour s'y résigner, et enveloppé dans une sale couverture, quelquefois dans un linceul tout taché de sang, il se promène dans les rues de Mexico, et la fumée du cigare qui sort de sa bouche pourrait le faire prendre à quelque imagination exaltée pour un vampire qui se repaît de cadavres, et dont l'haleine embrasée se répand dans les airs. Il faut avouer que les belles Anglaises, type de propreté et d'élégance, qui se trouvent à Mexico, accoutumées à voir les voitures des bouchers de Londres n'offrir rien de repoussant et de sale, doivent avoir été scandalisées à la vue de ce fantôme sanglant. Les mulets servent pour les quartiers de veau et de mouton; quant aux têtes, pieds, etc., on les colporte toutes rôties; ils sont destinés en général à la nourriture des gens du commun. Les pâturages marécageux des environs de Mexico donnent à la viande un goût tant soit peu fade, et les alimens au total n'y sont pas si nourrissans ni aussi succulens qu'en Europe.

BERGER MEXICAIN.

D'immenses distances à franchir, et l'abondance des pâturages sur un sol vierge bien arrosé et échauffé par les rayons d'un soleil perpendiculaire, tout en créant la nécessité de multiplier les chevaux, ont aussi fourni les moyens de les nourrir facilement, et l'on peut avancer que l'Amérique, proportionnellement à sa population, compte plus de chevaux que l'Europe. Le manque de routes ayant rendu inutile l'éducation des chevaux de trait, les chevaux de selle ont eu le privilège de couvrir le pays, et d'exploiter cette nature prodigue; et depuis le riche propriétaire jusqu'à l'humble gardien de ses troupeaux, les Mexicains des campagnes ne se servent guère de leurs jambes, mais vaquent à leurs moindres affaires toujours montés sur leurs fidèles coursiers. Il est curieux de voir entrer journellement dans la capitale de nombreux troupeaux de moutons, guidés par deux ou trois bergers à cheval, qui de leur longues chambrières atteignent les brebis qui s'écartent des autres et les poursuivent en décrivant mille détours si elles s'obstinent ou se refusent à suivre la route ou le sentier sur lequel on les pousse. La grande habitude des gens de la campagne de se tenir constamment à cheval, rend la cavalerie mexicaine supérieure à celle des Espagnols, surtout dans une guerre de partis comme celle qu'elle a soutenue pour conquérir l'indépendance.

BERGER MEXICAIN .

COSTUMES MEXICAINS.

Ranchero Mexicain, enlevant un officier du front de son bataillon avec le Lazo (noeud coulant) burlesque.

CRÉOLE A CHEVAL JETANT LE NOEUD COULANT.

Amour sacré de la patrie, c'est toi qui enfantes les prodiges de la vertu et du courage. Noble enthousiasme, élan généreux, tu élèves l'homme à l'égal des Dieux, d'un pâtre tu fais un héros, et du fer destiné à ouvrir le sein de la terre, tu façonnes le glaive qui porte la terreur au cœur des tyrans. Le fanatisme aveugle peut pousser l'Arabe du désert devant les bataillons hérissés de fer et de feu, mais une illusion plus puissante que la vérité l'entraîne au danger, une récompense immense lui sourit, les houris célestes l'attendent s'il périt dans le combat; mais le patriote qui brave la mort pour donner la liberté à son pays, se dévoue à ses semblables, nul prix personnel ne l'encourage si ce n'est celui qu'il trouve dans la conscience même de son sacrifice. S'il tombe, s'il meurt, sa récompense ne l'accompagne pas. Il la laisse sur la terre, gravée sur quelque pierre ou dans le souvenir de ses concitoyens. Nul égoïsme ne ternit l'éclat de son action. Le sentiment du joug qui l'opprime est son aiguillon, et le désir de la liberté lui donne des ailes. Ce créole mexicain, ce simple habitant des campagnes, rempli d'idées naturelles voit des soldats étrangers fouler le sol de son pays pour l'asservir; son cœur se gonfle et s'enflamme d'une juste indignation, il ne compte pas le nombre de ses ennemis, il ne consulte pas la bonté de ses armes : le même nœud qu'il lance aux taureaux sauvages pour enlever leur dépouille lui servira au besoin. Son coursier de noble race d'étalons andaloux comprend sa haute mission et dévore le sol de sa course rapide. Déjà il atteint le front des ennemis, il enlève un chef, et le traîne attaché à la corde fatale parmi les siens. En vain une grêle de plomb meurtrier siffle à ses oreilles, la mort étonnée n'ose atteindre le héros. Sa bravoure téméraire reçoit le prix de la réussite. C'est le seul qu'il ambitionne. Satisfait d'avoir payé sa dette à la patrie, il se retire dans son humble ferme, et anime par ses récits la jeunesse qui l'écoute à imiter son exemple.

INDIEN APACHE.

Les provinces du nord du Mexique, les deux Californies, la nouvelle Biscaye, le nouveau Mexique, sont sujets aux invasions des Apaches sauvages. Ces terribles indigènes, poussés de vallée en vallée par la supériorité des armes européennes, ont fini par trouver dans les climats rigoureux où ils se sont réfugiés l'énergie nécessaire pour se venger des usurpateurs de leur patrie. Attaquant à leur tour les Espagnols établis sur leurs frontières, c'est aux dépens de leurs nombreux troupeaux qui remplacent les ressources douteuses de la chasse, et c'est en enlevant les chevaux castillans, qu'ils parcourent les vastes Savannes du nord, et fondent inopinément sur les fermes isolées pour chercher du butin. La race des Apaches est à peu près la même que celle qui peuple les bords du Missouri, et qui aura bientôt disparu des bords de la Delaware et du Moawks. Ils diffèrent des Indiens civilisés du Mexique, par leurs traits durs, leur nez aquilin et la conformation du front. Un des Caciques les plus influens de ces tribus se présenta à l'empereur Iturbide en lui offrant le secours de quatre-vingt mille guerriers disposés à reconquérir avec lui l'indépendance d'Anahuac. Iturbide refusa de semblables alliés, qui probablement auraient cherché à régler d'autres comptes avec le héros créole. Le costume des Apaches, comme celui des Osages et des Pawnies, consiste en une couverture de laine, des pantalons de peau de chevreuil, des Mocassines, un bandeau sur le front, des ornemens, des colliers et des bracelets. Leurs armes sont l'arc et les flèches, et la lance qu'ils commencent à remplacer par des armes à feu.

COSTUMES MEXICAINS.

Cacique Apache

des bords du Rio Colorado dans la Californie.

COSTUMES MEXICAINS.

Miliciens provinciaux de Guazacualco.

Les oreilles des chevaux sont rongées par les garapatas.

MILICIEN DE GUAZACUALCO.

Le peu de sûreté qu'offrent les ports actuels de la côte atlantique des états-unis mexicains, a décidé le gouvernement à reprendre le projet conçu par les Espagnols de choisir l'emplacement de Guazacualco comme point militaire et commercial ; Guazacualco n'est ni un bourg ni une ville, ce n'est qu'une caserne, un petit fort, et quelques masures pour les douaniers, mais la rivière qui coule tout près est une des plus considérables du Mexique, et navigable à vingt lieues dans l'intérieur des terres. Sa barre est la moins variable du golfe, elle a de dix-huit à vingt pieds de profondeur, ce qui la rend propre à recevoir les gros bâtimens du commerce. Ces avantages sont balancés par le désagrément du climat. Guazacualco est situé à quarante lieues au sud de la Vera-Cruz, la chaleur y est presqu'aussi forte qu'au Sénégal; le sol, vierge et couvert de forêts où l'homme n'a jamais pénétré, produit et nourrit toutes sortes d'insectes, et leur incommode persévérance suffit pour éloigner l'homme le plus déterminé à exploiter la fertilité du terrain. Voyez ces chevaux dont les oreilles tombent desséchées. Les garapatos, espèce d'araignée tenace et écailleuse, s'attachent à tout être vivant, et préfèrent surtout se nicher dans les oreilles des chevaux qui n'ont pas le moyen de les écarter. La rivière est peuplée de caymans, ses bords de tigres et de jaguars. Le commandant ingénieur chargé des travaux du nouveau port, et d'une route qui doit traverser le pays dans sa moindre étendue jusqu'à Jehuantepée sur l'Océan Pacifique, est maintenant D. François Uccelli Italien, et ancien commandant du génie sous Beauharnais. Proscrit d'Italie pour opinion politique, il s'est réfugié au Mexique où le gouverneur appréciant les talens et les malheurs d'un officier distingué l'a chargé de cette honorable mission.

CHEVAU-LÉGERS MEXICAINS.

On aura pu remarquer ci-devant un dragon appuyé sur son cheval, avec un chapeau rond à grands bords entouré d'une bande de toile blanche. Comme on a voulu donner aux nouvelles troupes une physionomie tout européenne, le chapeau rond a été remplacé par un casque de forme grecque ou soi-disant telle. Il y a quelque chose dans les mœurs locales qu'on ne change pas sans inconvénient, car ces mœurs, ces usages ou ces costumes sont analogues aux circonstances du climat ou du sol, où on le remarque. Le soleil sous le tropique étant perpendiculaire, les larges bords d'un chapeau rond garantissent à peu près les épaules et le corps de ses feux les plus brûlans; lorsque la saison des pluies périodiques commence, les chapeaux à grands bords servent en quelque sorte de parapluie, tandis que le casque par sa forme élégante et guerrière plaît davantage à l'œil, il est vrai, mais laisse couler l'eau le long des oreilles qui restent découvertes; il est plus pesant et s'échauffe davantage à la chaleur du jour. Ces considérations néanmoins n'ont pas fait renoncer les chefs du corps de cavalerie à la petite vanité qui leur faisait adopter le casque, et au grand déplaisir des soldats les nouveaux régimens ont mis à la réforme les vastes chapeaux sous lesquels se cachaient leurs figures bronzées. Les régimens de cavalerie se ressentent dans leur tenue de l'influence anglaise. Les uniformes ont été confectionnés en Angleterre par des arrangemens pris par le général Michelena avec la maison Barclay. Soixante et dix mille fusils, un nombre proportionnel de carabines, de pistolets et tout ce qui concerne l'équipement et l'ornement des troupes ont représenté en grande partie le capital du premier emprunt négocié à Londres par ledit général. La force effective de chaque régiment de cavalerie est de 600 hommes, dont le tiers forme le dépôt et le reste est disponible ou en expédition.

COSTUMES MEXICAINS.

Lancier Méxicain

nouveau costume

Sereno

Wachman a Mexico

SERENO-WATCHMAN.

Les longs crépuscules de nos étés, les courtes journées de nos hivers sont inconnus au Mexique placé au-delà du Tropique. La lumière et les ténèbres se partagent presqu'également les jours, et lorsque six heures du soir sonnent, que le bronze des églises annonce l'instant de la prière, et que les pieux Mexicains découvrent leur tête avec dévotion, prêts cependant à assassiner celui qui ne se conformerait pas à leur dévote pratique; de tous les quartiers de la ville les Serenos se rendent à l'hôtel de la municipalité et rangés en bataille présentent un front de cent lanternes au moins pour passer à l'inspection de leurs chefs et en recevoir les instructions. Leur mission comme celle des watchmen de Londres est celle de crier l'heure et d'annoncer le bon ou mauvais temps, de donner l'alarme en cas d'incendie, d'accompagner chez eux les étrangers égarés ou ceux à qui l'ivresse a fait perdre la raison, enfin d'arrêter ceux qui troubleraient la paix publique et de les amener au corps de garde jusqu'à plus ample information. On ne peut nier que l'institution ne soit bonne, et digne d'être adoptée dans les pays où elle manque. Le Sereno de Mexico, pour conserver même dans son ministère cette teinte religieuse dont les Espagnols ont coloré la moindre de leurs actions, prélude par un lugubre *Alabado sea Dios y nª Señora de Guadalupe*, (Dieu soit loué et Notre Dame de Guadalupe), à l'annonce de l'heure et du temps qu'il va signaler. Sa voix monotone retentit dans le silence de la nuit, et le philosophe pourrait calculer que d'effets divers ce réveil produit selon qu'elle pénètre dans l'alcôve de l'ambitieux prêt à conspirer contre la patrie, de l'avide négociant dont les trésors remplissent le cœur de remords et de soucis, et du couple heureux qui s'est endormi dans l'ivresse de la volupté. Une vieille hallebarde rouillée est l'arme ostensible des Serenos de Mexico, cependant le peu de cas que le bas peuple fait des magistrats civils les oblige à en avoir d'autres d'un effet plus sûr ainsi qu'un chien, fidèle explorateur de tout danger nocturne. Voyez la pl. 25.

SERVANTE INDIENNE.

Malgré l'apparente soumission des Indiens, je crois qu'il faut attribuer à un fonds caché d'antipathie le système qu'ils semblent avoir adopté de ne point cohabiter avec les Espagnols. Près de chaque grande ville il y a un bourg ou un village exclusivement composé d'Indiens. Ils semblent être là pour les besoins et le service des citadins. Le village fournit à la ville tout ce qui exige un travail pénible ; comestibles, fourrages, combustibles, tout cela arrive sur les épaules des indigènes. Dans toutes les bonnès maisons on tâche d'avoir *una Indita* une jeune Indienne pour les choses les plus essentielles du ménage, comme puiser l'eau, faire la lessive, avoir soin des enfans, etc. Elles s'acquittent de leur tâche d'une manière qui annonce peut-être une intelligence bornée, mais toujours plus de loyauté qu'on n'en trouverait chez des domestiques créoles, Les Indiens ont des mœurs beaucoup plus simples que les Espagnols. Ils ne se livrent pas au jeu avec autant de fureur, et ils ne partagent point avec le bas peuple des villes ce penchant au vol qui le caractérise. Ils sont doux et timides ; peut-être aperçoit-on que cette timidité tient à la conscience de leur esclavage et de l'infériorité politique dans laquelle ils sont tombés. Les souvenirs de leur ancien état ne sont pas encore tout-à-fait perdus chez eux, et malgré qu'ils se soient convertis au christianisme, il reste assurément au fond de leur cœur un attachement caché aux Dieux auxquels la force plus que la persuasion les a fait renoncer. Quand M. Bulloc obtint du gouvernement actuel la permission de déterrer l'ancienne pierre des sacrifices du Dieu de la guerre, celle où l'on versait le sang des victimes, on vit arriver à la capitale beaucoup d'Indiens des environs et surtout des femmes qui y jetaient des fleurs. La prudence conseilla alors au gouvernement de ne plus laisser à la vue du public un objet qui réveillait de telles réminiscences, et maintenant elle est dans la cour de l'université, entourée d'une palissade près de Mexico. La pl. ci-jointe représente une servante indienne de Jambaya. La tunique appelée Guepil qui la couvre est d'une étoffe grossière de laine, assez ressemblante à quelques-uns de nos tapis pour le tissage et le dessin.

COSTUMES MEXICAINS.

Servante Indienne

Huipil Tunique de laine ouvrée en fleurs.

COSTUMES MEXICAINS.
Officier de Dragons
Nouveau Costume

OFFICIER DE DRAGONS.

Les élèves de l'école guerrière que Napoléon avait fondée, ne sachant pas se résigner à sa chute, se répandirent dans toutes les parties du globe, où ils crurent que la gloire et la liberté indivisibles dans leur esprit allaient encore leur sourire. Les bords de la Plata, les déserts de la Colombie, les coteaux du Péloponèse, les montagnes de la Catalogne ont reçu l'empreinte de leur course vagabonde, quand ce n'a pas été celle de leurs ossemens. Mais le même esprit de liberté conquérante, le même sentiment d'indignation, d'espérance déchue, d'ambition trompée, de mécontentement politique a réuni aussi sous quelques drapeaux des hommes qui s'étaient battus dans des rangs opposés pendant plusieurs années. Ainsi au Mexique, à côté des vieux guerillas espagnols, vous trouvez dans cle même bataillon un Bordelais républicain et un mameluck de la vieille garde. Beaucoup de ces hardis aventuriers périrent dans la malheureuse expédition du jeune Mina qui au commencement d'une brillante carrière fut surpris et fusillé par les Espagnols. Malgré tous les genres de dangers, malgré les mille aspects que la mort a pris pour les surprendre, quelques-uns de ces vaillans compagnons d'armes du plus grand capitaine du siècle existent encore dans l'armée mexicaine, et au service de la république à laquelle ils ont voué leurs connaissances militaires. C'est à eux en grande partie que l'armée doit ce goût dans la tenue qui la caractérise. La pl. qui suit est un croquis d'après nature du comte Stavoli de Parme, major de dragons aux Mexique. Ce jeune homme, après avoir fait la campagne de Russie comme officier dans le 26me de chasseurs, rentré dans son pays, n'y retrouvant qu'amertume et humiliation, franchit les mers et alla se ranger sous les drapeaux des Indépendans. Iturbide remarqua son courage et sa force et le nomma capitaine dans sa garde. Après sa chute Stavoli soutint le parti démocratique contre les modérés et se défendit pendant trois jours avec 70 hommes qui lui étaient restés contre 2000 avec lesquels le pouvoir exécutif l'assiégeait. Obligé de céder et condamné à mort, au moment d'être fusillé il dut sa grace à sa jeune et intéressante épouse, qui se jetant aux pieds du congrès national, parvint à lui sauver la vie. Exilé à la Louisiane, il rentra sous les auspices du gouvernement actuel, estimé de ses nouveaux concitoyens, et chéri de ses soldats.

REGIDOR.

La constitution mexicaine, tout en empruntant aux États-Unis du Nord de l'Amérique le système républicain, a conservé pour son organisation intérieure et réglementaire tout ce qu'elle a cru pouvoir adopter de la constitution espagnole. Comme celle-ci elle a malheureusement maintenu le déplorable article qui proclame la religion catholique la seule et véritable, et exclut et prohibe l'exercice de tout autre culte. Ce que des circonstances toutes particulières rendaient peut-être excusable en Espagne est tout-à-fait déplacé dans un pays qui a besoin de peupler ses vastes provinces, d'abattre d'immenses forêts et de mettre sa population au niveau de son étendue. Quant au régime municipal qui était ce qu'offrait de mieux la constitution des cortès, il se pourrait qu'il fût un peu précoce dans un pays qui sous certains rapports est moins avancé en civilisation ou du moins en éducation politique que l'Espagne. La grande étendue du territoire rend les vexations que se permettent certains alcades et régidors (officiers municipaux), difficiles à éviter. Les alcades des villages ont encore à leur disposition le *cepo*, peine afflictive par laquelle on punit l'insubordination ou certains délits légers. Ce *cepo* n'est autre chose qu'une grande poutre où il y a un trou dans lequel on fait entrer la jambe du prévenu qui reste emprisonné dans une attitude gênante jusqu'à expiation de sa faute. Il est facile d'imaginer que souvent la passion et l'arbitraire se mêlent de ces corrections. Quoiqu'il en soit, la municipalité de Mexico dont la pl. ci-jointe offre un membre appelé régidor, est une puissance qui représente l'élément démocratique de la capitale. Quoique les anciennes traditions du gouvernement royal entrent pour beaucoup dans ses déterminations, quoique le gouverneur de la ville exerce une grande influence sur lui, le nouveau *ayuntamiento* (municipalité) a cru devoir renoncer à la grande écharpe rouge espagnole et adopter un costume à la fois plus élégant et moderne. Peu-à-peu les conséquences du nouveau système ne s'arrêteront pas à l'enveloppe extérieure, mais elle modifieront aussi les idées. C'est alors que la lutte des pouvoirs agitera la société et fera jaillir ces talens, ces énergies, ces ambitions mêmes qui animent la vie des républiques et font de leurs histoires non celle d'un conquérant ou d'une dynastie, mais celle des nations et des hommes.

COSTUMES MEXICAINS.

Regidor.

Membre de la Municipalité de Mexico. (nouveau costume)

COSTUMES MEXICAINS.

Jeune fille de Palenque.

dans la province de Yucatan.

JEUNE FILLE DE PALENQUE.

Les provinces méridionales du Mexique sont peuplées d'une race d'hommes qui par ses traits, ses costumes et ses monumens paraît descendre d'une autre race que celle des Aztèques et avoir peuplé antérieurement à ceux-ci les plateaux d'Anahuac, d'où ils auraient été refoulés vers le midi. En Amérique comme en Europe la trace des migrations est du nord au midi. Les femmes indigènes de Tehuantepec, du Jucatan, de Guatimala et celles surtout des environs de Palenque offrent des traits plus réguliers, un teint parfois clair, et un costume qui rappelle quelque chose de celui des anciens Égyptiens et des Phéniciens. Quelques savans prétendent trouver dans les bas-reliefs et les nombreux monumens indiens qu'on déterra au Palenque des traditions de l'architecture phénicienne et se plaisent à y puiser des argumens pour prouver que la race humaine n'a eu qu'une seule et unique origine et que les fils d'Adam ont peuplé toute la terre. Quoi qu'il en soit de ces opinions, qui sont basées sur des restes d'antiquités trop peu connus et trop peu examinés, il est de fait que les monumens palenquiens appartiennent à une civilisation beaucoup plus avancée que celle des Aztèques et des peuples du nord. La belle collection des dessins recueillis par M. de la Tour Allard de la Louisiane peut en faire foi. Les ruines de Mictla et celles du Palenque et d'autres points des provinces de las Chiapas, de Jucatan et d'Oaxaca attestent l'existence d'un peuple puissant et nombreux qui a presque disparu de la surface du globe. Autour des tombeaux d'une nation qui n'est plus, la nature déploie en silence son luxe solitaire, et l'aigle blanc et le casoar planant sur des forêts impénétrables, guettent du haut des airs le reptile venimeux qui doit périr dans leurs serres. La liste de ces dangereux habitans des solitudes méridionales est très-longue et très-variée. Le serpent à sonnettes, le scorpion de la grosseur des lézards, le coralillo aux couleurs éclatantes et à la morsure mortelle, le métate qui ressemble à un long caillou, et beaucoup d'autres dont les noms indiens sont difficiles à retenir semblent s'être emparés de ce sol humide et ombragé, pour en interdire l'accès aux avides recherches des hommes. Des bois précieux encore inconnus en Europe s'élèvent dans ces régions, et il est à désirer que des routes nouvelles les traversent bientôt, pour offrir au commerce les trésors nombreux et variés qu'elles recèlent.

NÈGRE ÉTENDU DANS SON HAMAC.

Ce n'est pas seulement en Europe qu'il y a des maris qui battent leurs femmes; il y en a partout; ce n'est pas un trait caractéristique d'aucune nation. Le fort est toujours tenté d'abuser de sa supériorité sur le faible. La passion décide un acte de violence, cela n'est pas bien, mais c'est dans la nature. Ce qui cependant offre un caractère particulier et local c'est la femme russe qui pleure quand son mari ne la bat pas, et croit n'en plus être aimée, c'est le nègre libéré qui, se balançant mollement dans son hamac de feuilles d'aloès, se prémunit d'un long fouet pour réveiller l'activité de sa compagne pour qui il réserve toutes les peines du ménage. Il est vrai que tous les nègres n'en agissent pas ainsi, mais un ou deux qu'on en ait remarqués donnent le droit à un observateur d'en tirer des conséquences importantes et de les consigner dans la description d'une contrée. Rien ne fait plus d'honneur à l'époque actuelle que le triomphe presque complet qu'elle vient d'obtenir pour les droits de l'humanité outragée dans l'infâme trafic des nègres. Cependant si le blanc ne doit pas s'arroger le droit de vendre ses semblables comme un vil bétail et de les condamner à l'esclavage et au fouet, il faudrait aussi qu'il se servît de sa supériorité pour empêcher que le nègre libéré n'abusât pas d'un bienfait qu'il vient de recouvrer, et qu'abandonnant la culture de ses champs, il créât des déserts sur les pas de la civilisation, ni que la malheureuse négresse essuyât de son époux ces rigueurs auxquelles il vient d'échapper. Cela n'est pourtant que trop vrai. Soit à la Jamaïque, soit à Saint-Domingue, soit sur la côte du Mexique les nègres généralement ne se montrent pas trop dignes de la noble égalité à laquelle on les élève. Leur paresse, leurs champs incultes, leur misère, ont fourni aux antagonistes de leur émancipation, des points de comparaison avec le bien-être des nègres esclaves de la Jamaïque, de la Havane et de la Louisiane. Devons-nous chercher le motif de ces différences dans des causes factices, accidentelles, historiques, dans les lois, dans la religion, ou bien existe-t-il dans l'espèce humaine des conformations incapables de s'élever au sommet de la civilisation, destinées à ramper dans la sphère de la médiocrité, et pour qui la tutelle et la dépendance soient des nécessités? Ce n'est pas dans cette page que l'on peut résoudre de si hautes questions, mais il est toujours bon de les poser.

COSTUMES MEXICAINS.

Negre d'Alvarado étendu dans son Hamac, faisant travailler sa femme

COSTUMES MEXICAINS.

Frayle Camilo.

Moines qui assistent les criminels avant l'exécution

FRAYLE CAMILO.

La république mexicaine n'a pas encore osé réformer cette multitude de célibataires blancs, noirs, gris, pies, de toutes couleurs enfin, qui l'encombre à l'instar de la mère patrie. Si quelque communauté religieuse a été supprimé, on en est redevable à la constitution espagnole, et aux décrets des Cortès qui ont momentanément eu quelque action en Amérique, car autrement les autorités nationales auraient cru prendre une mesure impopulaire, en troublant le repos des heureux Cénobites. Mais en voyant un homme enveloppé dans un vaste manteau noir jeté nonchalamment sur une épaule, à son regard rembruni par l'ombre d'un grand chapeau oblong, à la croix rouge qui se remarque sur le fond obscur de sa draperie, vous croyez peut-être rencontrer encore un de ces terribles agens de l'antique inquisition espagnole, et un souvenir mêlé d'horreur vous retrace les scènes sanglantes de cet odieux tribunal. Eh bien vous vous tromperiez, ce moine est un philanthrope, du moins par son institution. Sa mission est d'accompagner le criminel au lieu de son exécution, de réveiller les remords et le repentir dans son ame endurcie, et de lui prodiguer les consolations de la religion, en ouvrant son cœur à l'espérance du pardon. Il faut avouer que ce pénible ministère est fréquemment nécessaire dans un pays où l'ignorance et la superstition multiplient les crimes. Les lois espagnoles sont très-peu sanguinaires, ou du moins, si elles admettent dans plusieurs cas la peine de mort, la procédure en est si longue, les preuves nécessaires si difficiles à recueillir, que beaucoup de malfaiteurs et d'assassins reconnus languissent pendant de longues années dans les prisons, avant que leur sentence soit prononcée. Le gouvernement actuel voulant se délivrer d'une effrayante quantité de voleurs de grands chemins dont la guerre de l'indépendance avait peuplé les provinces, publia un décret à dater duquel tout voleur de grands chemins qu'on arrêterait serait jugé par une commission militaire, et exécuté sur-le-champ. Outre que ces excessives rigueurs n'atteignent pas toujours le but qu'on se propose, celle-ci a eu l'inconvénient d'offrir au peuple un sujet de compassion pour le criminel qui payait de sa tête, et sans délai, quelquefois un premier attentat, tandis que d'autres, coupables de mille atrocités antérieures au décret étaient sûrs de traîner encore long-temps leur existence dans la prison où ils étaient enfermés.

MENDIANT.

Un des fléaux dont l'Espagne a fait présent au Nouveau-Monde est la mendicité. Ce patronage que la misère et l'indigence trouvent dans la chaire des églises, en attachant un juste prix à la charité, en dirige mal l'emploi et popularise le métier de demander l'aumône d'une manière fort particulière, car le mendiant offrant l'occasion au riche de faire une œuvre méritoire, croit exercer une profession utile, celle de ne rien faire sur la terre, en aidant les autres à monter au ciel. Mexico, comme Naples et Madrid, fourmille de pauvres importuns; toutes les maladies les plus dégoûtantes, les difformités les plus repoussantes, vous assiègent et vous poursuivent dans les lieux public, dans les cafés, dans les églises, comme un argument puissant pour livrer l'obole et soulager les souffrances humaines. Tantôt c'est une femme voilée au coin d'une rue, dont le nouveau-né mort ou vivant, vrai ou postiche, est étendu à ses pieds. Tantôt c'est un vieillard qu'on traîne dans une brouette, pour attester sa paralysie, tantôt c'est un aveugle qu'on porte sur les épaules, ainsi que l'indique la planche ci-jointe. Quoique cet impôt trop multiplié ne parvienne à arracher qu'une faible offrande, cependant l'importunité, les couvens, les maisons des nobles, etc., fournissent un ample revenu à un nombre très-considérable d'oisifs, et font pulluler cette vermine de la société, que les nations civilisées sont presque parvenues à extirper par des établissemens d'une sage et utile bienfaisance. Mexico est aussi inondé d'un essaim de crieurs publics de billets de loterie, et de colporteurs de pamphlets qui vous étourdissent de l'aube du jour jusqu'au soir par leur immoral trafic. La loterie n'est pas nationale ni réservée au gouvernement : la plupart sont instituées pour l'entretien de quelques confréries religieuses de quelque église ou chapelle, de manière qu'on entend crier très-comiquement, aujourd'hui c'est le saint un tel qui joue, *c'est le Saint-Sacrement, c'est la vierge de Guadalupe*, et ce qui fait un effet bizarre sur un Européen en produit un bien différent sur une dévote mexicaine, car tout en donnant sa piastre, elle croit faire un avantage au culte du saint qu'elle chérit, et satisfait en même temps et en toute conscience à sa passion pour le jeu, quand même son innocente famille aurait à payer par un jeûne prolongé, le pieux achat d'un saint billet de loterie.

COSTUMES MEXICAINS.

Manière de porter des mendians, pour exciter la pitié.

Garde Civique D'ALVARADO (descendante)

GARDE CIVIQUE D'ALVARADO.

Lorsque Vera-Cruz était encore au pouvoir des Espagnols, et que tout le commerce s'était porté à Alvarado, beaucoup d'Européens jugeant qu'ils allaient entrer dans le second port d'une grande république, s'en faisaient l'idée qu'un Français se fait de Marseille, ou un Anglais de Liverpool. Ils étaient bien étonnés lorsqu'au lieu de quais magnifiques, de docks majestueux, de magasins, d'entrepôts, de palais offrant les plus belles proportions de l'architecture, ils n'entrevoyaient qu un assemblage de masures couvertes de paille, et quelques douzaines de cabanes de bambou.

Un magistrat sanitaire, revêtu d'un brillant costume ou dont la tenue propre et le maintien austère vous en impose, n'était pas le premier être vivant qui vous abordait. Une pirogue creusée dans le flanc d'un arbre gigantesque s'avance vers vous; un homme à la figure blême, à l'aspect cacochime, couvert d'un chapeau de paille, et vêtu d'une jaquette de toile, sur laquelle on aperçoit quelques signes militaires, vous interpelle. C'est le capitaine du port. Les nautoniers de son frêle esquif sont des Mulâtres. Tout leur habillement consiste dans une longue chemise, dont la blancheur contraste avec leur teint cuivré. Mais que penser en descendant à terre, de la rencontre de cinq individus de toutes les couleurs dont est susceptible la peau humaine, pourvus de toutes sortes d'armes, les uns demi-nus, les autres enveloppés de vieux draps, et de couvertures en lambeaux, l'un coiffé d'un chapeau sans fond, l'autre endossant les buffeteries sur la peau, et tous offrant un mélange bizarre de nonchalance, de fierté, et de misère. Respectez ces guerriers patriotes; c'est la garde civique d'Alvarado. Elle vous dira que si son costume n'est pas des plus complets, la chaleur du climat l'en dispense, que si ses armes ne sont pas des meilleures, la fièvre jaune combat pour elle, et que si sa discipline n'est pas des plus sévères, elle imite en cela bien des gardes civiques d'autres pays de ce bas monde.

GROUPE DE JOUEURS.

La fureur du jeu est un des caractères distinctifs de la nation mexicaine, ou pour parler avec plus d'exactitude, l'état d'abrutissement et de nullité politique où la métropole était intéressée à laisser ses colonies ne permettait d'autres passe-temps que celui d'un jeu ruineux et continuel. Les fortunes immenses et rapides qui se faisaient au moyen des mines se fondaient avec la même facilité par les chances du jeu. Les Espagnols avaient un intérêt direct à l'encourager, car ils parvenaient ainsi à s'enrichir sans peine de ces trésors qui avaient fait couler les sueurs de milliers d'Indiens. Le gouvernement actuel, basé sur d'autres principes, visant à la splendeur et à la prospérité de la nation qui l'a appelé à consommer sa régénération, commence à poursuivre et à prohiber les réunions de jeu, et l'état de Vera-Cruz a déjà donné le louable exemple de défendre absolument les jeux de hasard soit publics, soit privés. La capitale n'en est pas encore affranchie, et une ville populeuse composée de tout ce que la société offre de bon et de mauvais présente encore à chaque pas le spectacle affligeant de l'avidité se groupant autour de quelques dés ou d'un paquet de cartes. Le jeu favori des Mexicains est le même *monte* si connu en Espagne, excepté que l'on ne découvre que deux cartes. Ce jeu est très-simple, on tire deux cartes, et le ponte joue indifféremment sur l'une ou sur l'autre : la première à sortir du jeu est celle qui gagne. Le banquier retire alors l'argent placé sur celle dont il n'est pas sorti la semblable. Son avantage consiste à ne payer que la moitié de la mise lorsqu'il retourne une des deux cartes qui sont sur le tapis. On pousse la défiance si loin que souvent on oblige le banquier à jouer avec des gants. On peut calculer à six millions de francs les sommes qu'on joue annuellement à Mexico seul. Cette planche représente un groupe de joueurs au détour d'une rue, au moment où un homme aposté les avertit que la police est à leur recherche.

COSTUMES MEXICAINS.

Le Monté.

Jeu favori des Mexicains.

COSTUMES MEXICAINS.
Marchand d'Outres à Pulque.
Boisson Mexicaine tirée de l'Aloes

MARCHAND D'OUTRES.

Il est difficile de voir un tableau plus animé que celui qu'offre un marché de Mexico. La ville n'est pas riche en boutiques ; la plus grande partie des choses nécessaires à la vie, alimens, fruits, objets d'habillemens, de chaussures et autres, sont apportés journellement par les Indiens des environs, et étalés sur le marché, ou promenés dans les lieux publics. Ces marchés ressemblent assez aux bazars d'Orient. Les femmes, assises ou accroupies auprès de leurs marchandises, invitent les passans à faire des emplettes. Ici l'on voit la marchande de souliers, à côté de celle de ciseaux, là un revendeur de mouchoirs près d'une bouquetière. Poterie, verrerie, toiles, viande, légumes, beurre, graisse, tout se trouve pêle-mêle dans une enceinte resserrée. Au milieu de ce labyrinthe de gens, de bancs, de denrées différentes, circulent les revendeurs de cigares, d'amadou, de chapelets, de bonbons, de canards, et de têtes de veau rôties ; mais celui qui se fait remarquer davantage, c'est l'Indien chargé d'outres pleines de vent, pour servir au pulque ou au vin. Quelquefois quand sa tête est cachée dans l'énorme volume dont il est entouré, on dirait que c'est quelque animal difforme, qui parcourt les rues, et s'ouvre un chemin parmi la multitude. Les Mexicains ne connaissent pas encore très-bien le tannage des cuirs et des pelleteries à l'usage de la chaussure et de la sellerie, mais en revanche ils savent donner beaucoup de souplesse au chamois, au daim et autres peaux, dont ils confectionnent des pantalons, des gilets, etc. Les peaux de boucs aussi, dont on voit le dessin, sont assez bien apprêtées et cousues pour ne pas laisser suinter les liquides ; mais elles ne le sont pas assez pour ne pas communiquer, au vin surtout, cette odeur désagréable qui est si commune en Espagne.

Le fond de la planche ci-jointe représente une cabane indienne, entourée d'une palissade végétale de cette espèce de Nopal, que les Français appellent tuyaux d'orgue, par sa ressemblance avec les tuyaux de cet instrument. Cette plante sans branches et sans feuilles est très-commune au Mexique, où elle sert à entourer les habitations. Son fruit est de beaucoup inférieur à celui du Nopal, la tuna (figue d'Inde).

ENTERREMENT D'UN PAUVRE.

On dirait que la mort a renoncé à Mexico à ses sombres couleurs, pour revêtir une livrée éclatante, ou, si l'on veut mêler du comique à un sujet aussi triste, on peut dire que les enterreurs mexicains, sous l'influence d'un soleil ardent, ont subi la métamorphose des écrevisses, qui de noir deviennent rouges à la chaleur. Je dis mal en les appelant enterreurs. Les pauvres au Mexique s'organisent en confréries pour célébrer leurs funérailles, et ils ont choisi la couleur rouge, car apparemment tel a été leur bon plaisir. L'affaire d'être enterrés convenablement est peut-être la seule qui exerce la prévoyance des basses classes : les prêtres sont les seuls qui ont trouvé le moyen d'imposer ces prolétaires vagabonds : malgré qu'ils manquent pendant leur vie des choses les plus nécessaires, ils ont en général plus d'argent qu'il n'en faut pour être enterrés. A un certain âge, hommes et femmes s'inscrivent dans une confrérie, et payent religieusement une rétribution mensuelle de six sous de France, et même d'un demi-shelling. La confrérie se trouve par là en possession d'un fonds suffisant pour payer cierges, cloches, sacristains, prières, eau bénite, caisse et enterrement. Au fond ce n'est pas si mal, du moins pour le curé de la paroisse, qui se trouve être aussi bien payé par les pauvres que par les riches. Au reste, les moindres actions des Mexicains ont un rapport plus ou moins direct avec la religion. Les cloches des nombreuses et vastes églises qui occupent la moitié de la ville font sans cesse *retentir* les airs de leur bruyante harmonie ; chaque paroisse fête pompeusement les saints qu'elle vénère de préférence.

Des processions paroissiales ont lieu très-souvent ; alors toutes les rues sont pavoisées, de riches tapis de Chine et d'Europe couvrent les balcons ; des guirlandes se croisent en tous sens ; des nuées de fleurs, et de larges hosties de différentes couleurs sont jetés du haut des maisons, sur les pas de la statue qu'on promène ; d'innombrables fusées s'élancent dans les airs, et une batterie continuelle de pétards trouble encore pendant long-temps le silence de la nuit. Les Mexicains ont une véritable fureur pour les feux d'artifices. On dit qu'un vice roi du nouveau monde, étant rentré en Espagne, son secrétaire lui demanda : Que croyez-vous, excellence, qu'on fasse maintenant à Mexico ? Il répondit gravement, on sonne les cloches, et on tire des pétards. Il ne se trompait pas.

COSTUMES MEXICAINS.

Enterrement d'un Pauvre.

Confrérie de funérailles mutuelles.

Fantassin en grande tenue.
Nouveau Costume.

SOLDAT DE LIGNE EN GRANDE TENUE.

Ce fut vers la fin de 1826, que le ministre de la guerre, Gomez Pedraza, put faire manœuvrer dans la place d'armes de Mexico, le premier bataillon complettement armé et équipé selon le goût moderne, ou le modèle français. On n'a fait de changement que dans les épaulettes, qui descendent et embrassent la jointure de l'épaule au bras. Le schako porte sur le fond les couleurs nationales et le pantalon est toujours de toile, car le drap est inutile dans un pays qui n'a pas d'hiver. Comme la population est composée d'Indigènes et de Créoles, ces derniers, se rappelant que leurs ancêtres avaient conquis le pays à l'aide de ces chevaux, que les Indiens effrayés croyaient être un monstre intelligent, homme et quadrupède à la fois, ont conservé une grande prédilection pour ces puissans alliés, et le Créole est aussi bon cavalier qu'il est mauvais fantassin. Les Indiens, au contraire, soit répugnance, crainte ou maladresse, ne se permettent pas même de chevaucher l'humble bourique, mais n'en sont que plus infatigables dans les marches pédestres. Leur force de continuité dans celles-ci tient du prodige; il y a, dit-on, tel Indien qui parcourt quarante lieues dans un jour; tel autre qui, chargé d'un fardeau très-pesant, marche toute la journée au petit trot; tel guide qui fatigue les cavaliers et les chevaux, quand même ils se relayent. Quoiqu'il puisse y avoir de l'exagération dans ces prouesses, les Indiens, par la nature de leur sol, par leur sobriété et leur conformation, sont essentiellement bons marcheurs, et un ministre de la guerre, tel que le ministre actuel, doué de génie et de persévérance, trouvera dans la nation mexicaine les deux élémens propres à faire une excellente armée: cavalerie et infanterie.

INDIEN QUI TIRE LE PULQUE.

L'aloès qui dans différentes contrées ne sert que de haie impénétrable pour diviser les champs, qui à la Havane même ne récèle qu'un jus âcre et vénéneux, est au Mexique la plante sur laquelle la nature a réuni le plus de qualités bienfaisantes. De ses longues feuilles les Indiens tirent un fil très-fin et très-solide, dont l'industrie européenne formera bientôt des tissus qui rivaliseront avec ceux du chanvre et du lin : les hamacs, ces lits portatifs si utiles dans un pays chaud où les commodités de la vie ne sont guère généralisées, sont tressés de Pita, nom que les Espagnols donnent au fil et à la ficelle d'aloès ou alzabara, que les indigènes nomment Maguey. Le papier sur lequel les anciens Mexicains écrivaient ou peignaient leur histoire était aussi de Maguey : son nom scientifique est *agave americana* et ce nom lui convient peut-être exclusivement par sa qualité particulière de renfermer dans la partie inférieure du tronc et dans un réceptacle qui se trouve au centre des racines une liqueur blanchâtre, spiritueuse et assez agréable au goût qui suppléait chez les Indiens le vin qui leur était inconnu. Quelques Européens qui se rendent au Mexique s'y habituent et la préfèrent à la bière et aux autres boissons, mais elle a le défaut de ne pas se conserver au-delà de deux jours après être tirée de la plante, et de n'être jamais assez dégagée des parties fibreuses et végétales qui lui ôtent la limpidité. Le meilleur pulque se récolte dans les plaines d'Apam, à deux petites journées de la capitale. C'est au moyen d'une longue calebasse d'une espèce qu'on cultive exprès, et qui fait l'effet d'un siphon, que les paysans absorbent le pulque et en remplissent les outres : on le clarifie en le filtrant dans des sachets et on l'apporte journellement à la ville aux pulqueries, d'où il est distribué à la population. Les indigènes l'aiment avec passion et il trouble leur raison quoiqu'il ne produise pas le même effet sur les Européens habitués au vin. En général ces derniers conviennent que le pulque est une boisson excellente pour apprécier le mérite du vin de Bordeaux.

COSTUMES MEXICAINS.

Extraction du Pulque du Maguey (Aloes) au moyen d'une longue Calebasse avec laquelle on l'aspire.

Marchand de Volailles. Marchand de Graisses. Marchande de Bonbons.

MARCHAND DE POULETS, DE BONBONS, ETC.

La ville de Mexico est bâtie sur un terrain horizontal; ses rues sont larges et droites, et même bien pavées, beaucoup de voitures s'y croisent en tout sens, mais ce sont des équipages de luxe et on n'y voit pas ce mouvement de chariots pesamment chargés qui encombrent les rues de Londres et de Paris. Le colportage est en possession de fournir aux besoins de la vie et du commerce, et la quantité de bras qu'il exige augmente la proportion de la classe laborieuse sur la classe aisée. Les places et les rues offrent un mouvement continuel de gens rembrunis par le soleil, à moitié nus, chargés chacun de l'objet qu'ils débitent, et l'annonçant par des cris perçans et variés; les Indiens surtout, qui n'entendent rien à la manœuvre de nos voitures, descendent par troupes chargées de bois, de charbons, de fourrages, plâtre, vernis, et en un mot des différens produits des environs. C'est avec la tête plus qu'avec les épaules qu'ils portent les fardeaux les plus pesans. Chaque denrée a un récipient particulièrement façonné pour la contenir; c'est ainsi que la pl. n° 39 représente un paysan apportant des poulets dans une cage qui ne sert qu'à cet usage. La femme qu'on voit près de lui est une marchande de bonbons. La consommation de cette sorte de friandise est très-grande au Mexique : aussi y a-t-il tel homme qui avec la mine et le costume d'un véritable sauvage excelle néanmoins dans l'art du confiseur et du compotier. Quelques confiseurs provençaux qui ont voulu dernièrement ouvrir des boutiques de sucreries dans la capitale se sont trouvés trompés dans leurs espérances et leurs calculs, ayant eu le sort de ceux qui apportaient des vases à Samos et des chauves-souris aux Athéniens.

FEMME DE CIUDAD RODRIGO.

Il n'y a nulle part plus de variété de costumes que dans les provinces de la république. Chaque caste a le sien; non contentes de la diversité de leurs couleurs elles y ajoutent celles de l'habillement. Les Nègres, les Métis, les Indiens, les Créoles, les Espagnols se distinguent aisément aux traits et aux costumes. Cependant la chaleur du climat ne les rend jamais trop compliqués ni embarrassans; celui des femmes consiste toujours dans un jupon et un mantelet dont la forme et la couleur varient comme on peut voir dans les planches précédentes.

Nous avons choisi les plus élégans et les plus bizarres, comme celui qui est ci-joint, et qui contraste par sa sévérité avec ce que peut avoir de séduisant la draperie légère des Palenquiennes. Les Indiens modernes ont conservé de leurs ancêtres l'usage des ouvrages en natte pour grand nombre de choses. Le panier que porte cette femme est de feuilles de roseaux tissées avec soin. On les appelle Tompeates. Les servantes s'en servent à Mexico même pour aller au marché. Pour mieux caractériser le pays cette jeune Indienne apporte un ananas que les Espagnols appellent *una pina* à cause de sa ressemblance avec les pommes du pin. Cet excellent fruit abonde dans les terres basses du Mexique, ainsi que la *chirimoya* qui renferme une pâte delicieuse d'un goût analogue à une glace à la vanille; le *mamey* dont le fruit rappelle le goût et la couleur du melon. Les différentes familles de zapotes, le cocotier, le bananier, la guayava, l'aguajate, las tunas (figues d'Inde) et beaucoup d'arbres fruitiers dont quelques uns viennent avec peine dans nos serres, compensent par leurs saveurs suaves et variées l'absence de nos raisins, qui à cause des pluies périodiques ne mûrissent qu'imparfaitement sous les régions équinoxiales.

COSTUMES MEXICAINS.

Femme de Ciudad Rodrigo

Province de Yucatan

COSTUMES MEXICAINS.
(Attelage)
Litière de Vera Cruz à Mexico.

LITIÈRE.

Lorsqu'on arrive à Vera-Cruz, l'insupportable chaleur du climat, les impitoyables légions de moustiques, mais surtout le danger imminent de succomber à l'affreux *morbus ichterode*, qui veut dire fièvre jaune, forcent à chercher les moyens les plus prompts de se soustraire à l'influence de ces lieux funestes, justement appelés le tombeau des Européens. Mais ces moyens ne sont pas ce qu'il y a de plus facile à trouver ni les plus commodes à employer. Rarement on trouve des voitures de retour pour la capitale, car souvent elle ne descendent qu'à Xalapa. D'ailleurs le chemin de cette dernière ville à la Vera-Cruz est très-difficile pour les voitures à quatre roues, à cause des sables profonds et mouvans, qu'il faut traverser dans les environs de Santa-Fé. Les mulets sont d'ordinaire la ressource des voyageurs pressés; mais on est obligé de laisser ses bagages en arrière, et il faut s'exposer pendant les premières journées au soleil brûlant de la zône torride, sur des plaines arides, embrasées de ses rayons. Une manière assez commode, surtout pour les dames, de se tirer d'embarras est de se procurer une litière, espèce de caisse suspendue sur deux brancards, que deux mulets soutiennent. Le dessin rend inutile une plus ample description. Ce moyen de voyager est lent et cher, mais en revanche il est fort doux et commode, et le balancement produit par le pas mesuré des mulets dressés pour cet usage, engage au sommeil, ce qui est un grand bienfait dans un pays où des cousins d'une énorme taille vous poursuivent toute la nuit de leurs piqûres et de leur bourdonnement. Le prix d'une litière de Vera-Cruz à Xalapa (trente lieues) est ordinairement de 50 piastres, à peu près 250 francs. Le banc de sable appelé Arénal de Santa-Fé, oppose une difficulté presque invincible à la construction d'une bonne route.

FRAY GREGORIO CARMELITE.

Un phénomène fort remarquable dans l'histoire moderne du Mexique, c'est que le mouvement insurrectionnel qui décida de son indépendance fut commencé et guidé par des membres du clergé; Hidalgo, Morelos, Matamoros étaient des curés. Rayon était chanoine, Fray-Grégorio moine. Les trois premiers, surpris par les Espagnols, furent exécutés selon les sévères instructions du vice-roi. Fray-Grégorio, au moment d'être fusillé, obtint en promettant quelque revélation, de passer plusieurs années dans un cachot de Cadix, d'où il ne sortit que lors de la proclamation de 1820. La difficulté d'obtenir la sécularisation de Rome lui fait porter encore l'habit monacal pour lequel il a moins de vocation que pour l'écharpe de général. Le costume sacerdotal néanmoins lui procure plus de vénération et de respect de la part du bas peuple et surtout des femmes, que ne lui en attireraient tous les lauriers et les couronnes que la patrie reconnaissante décerne à ses défenseurs. L'habit sacerdotal conserve encore un prestige tout-puissant sur les Mexicaines. Elles croient qu'en touchant ces hommes sacrés, elles sont en contact avec des êtres d'une autre nature, avec les gardiens de ces lieux enchantés, de ce paradis vers lequel elles s'élancent avec leur imagination méridionale. On en voit au sortir des églises embrasser à genoux avec une sorte d'extase, la robe de bure grossière des élus du Seigneur. Leurs traits, leurs yeux nageant alors dans une volupté mystique montrent que leur ame se détache pour un moment de la terre et de la matière, et s'élève vers ces brillans fantômes dont des légendes merveilleuses ont peuplé leur cerveau. Mais, pour en revenir au principal sujet de cette planche, l'esprit qui anima, en 1810, une partie du clergé mexicain, s'explique par l'injustice avec laquelle l'Espagne en agissait même avec les ecclésiastiques américains. Ceux-ci ne parvenaient presque jamais aux hautes et lucratives dignités de l'église. Les Espagnols s'emparaient des gras bénéfices, et laissaient les cures modiques et fatigantes aux indigènes. L'intérêt personnel, et l'intérêt national se trouvèrent d'accord, et l'indépendance eut des chefs tonsurés. Il n'en est pas de même de la liberté. Celle de la presse, entre autres, est aussi odieuse au clergé mexicain qu'à celui de France et de tous les pays.

Fray Gregorio Carmelite.

Carme déchaussé un des Chefs de l'insurrection.
Vénération des femmes pour les moines.

Coche de Colleras

Voiture de voyage, de Mexico à Xalapa. Vue du grand Pic d'Orizaba.

COCHE DE COLLERAS.

Le peu d'ouvrages publics entrepris par les Espagnols ont été commencés avec tant de magnificence et de grandeur que souvent ils sont restés imparfaits. Telle a été la chaussée qui devait conduire de Xalapa à Mexico. Pavée avec le plus grand soin, amenée à travers les plus grandes difficultés de terrain, liée par des ponts magnifiques, il est à regretter qu'elle ne soit pas achevée. Il arrive donc qu'après avoir fait quelques lieues commodément on tombe tout à coup dans des ornières profondes et on éprouve les plus cruelles secousses en heurtant contre les rocs que les pluies détachent des montagnes, et en franchissant les ravins qu'elles creusent le long de la soi-disant route. Ce chemin si imparfait rend nécessaire la longueur interminable des voitures mexicaines, qu'on pourrait nommer *inversables*, car tandis que l'avant-train se trouve suspendu sur un précipice les roues de derrière sont encore sur un terrain solide. Mais d'autre part de semblables routes, et de telles voitures rendent aussi nécessaire une armée de mulets pour les traîner, et en dernière analyse une bourse bien garnie pour arriver à travers mille incommodités, cahottés, meurtris, pillés, jusqu'à la capitale. Trois hommes sont de rigueur pour ces lourds équipages, deux postillons et une espèce de conducteur chargé de recevoir l'argent et responsable des effets des voyageurs. Dans le grand nombre de mulets qu'on attelle il y en a toujours une partie qui ne traîne pas la voiture, mais qui est là pour relayer ceux qui sont fatigués. Cette multitude de quadrupèdes ayant besoin d'un local fait exprès, c'est à leur commodité qu'on sacrifie celle des voyageurs qui n'ont d'autre certitude que de coucher sur leurs lits s'ils en apportent avec eux. Le prix d'un voyage en voiture de Mexico à Vera-Cruz est généralement de 250 piastres, mille francs à peu près.

COCHER MEXICAIN.

Les chevaux mexicains sont excellens pour être montés, mais ne sont pas d'assez haute taille pour être attelés. C'est ce qui fait qu'on préfère les mulets pour les voitures et les équipages, car ces derniers, construits sur d'anciens modèles, n'ont pas atteint la légèreté de nos brillantes berlines et de nos *landaus*. Le haut prix du fer qui vient tout d'Europe fait qu'au Mexique on se sert encore de longues soupentes à rochet, et de ces interminables brancards de bois assez ressemblans à des poutres peintes. Les voitures n'ont pas de siège pour le cocher, car celui-ci, pour mieux diriger les mules, animal parfois assez rétif, monte à la manière des postillons. Une berline de ville débouche donc gravement d'une rue et vous voyez premièrement paraître le cocher avec son chapeau à trois cornes et son unique botte, car la jambe qui reste du coté du timon n'étant pas en vue n'a pas besoin d'une chaussure de prix, ensuite un avant-train, et puis une caisse bien bombée et bien vernie où sont sans cesse ballottées une demi-douzaine de vieilles baronnes, et enfin arrive l'arrière-train avec un ou deux polissons qu'on décore du nom de laquais. Les nouveaux agens diplomatiques des états qui ont reconnu la république ont en vain essayé d'introduire le goût des équipages modernes, les nobles mexicains croiraient déroger aux prérogatives de leur rang en remplaçant les graves et pacifiques mules par des chevaux à courte queue et les cochers à queue par des cochers tondus. Il est aussi à remarquer que ces mules hiérarchiques portent leurs queues soigneusement enveloppées dans de petits sacs de cuirs enjolivés de plaques de métal.

Cocher d'une maison noble
Chaussé d'une seule botte

COSTUMES MEXICAINS.

Filisola Calabrais.

Général de Cavalerie, commandant de la place de Mexico (d'après nature en 1826)

FILISOLA.

Si la France peut s'enorgueillir des Lafayette et l'Angleterre des Byrons, qui ont offert le tribut de leurs bras et de leur vie à la cause de la liberté du Nouveau-Monde et de la Grèce, l'Italie aussi peut réclamer sa part de gloire dans ces honorables combats. Ses enfans épars sur différentes contrées du globe n'osant envisager le sort de leur malheureuse patrie, déçue pour toujours dans son espérance de ressaisir le sceptre national, ont cherché sous l'étendard de l'étranger la gloire ou la mort; quelques-uns de ces élèves du siècle militaire de Napoléon ont offert leurs services au despotisme, mais la plus grande partie a trouvé sous les drapeaux de Bolivar le terme d'une carrière orageuse. Un très-petit nombre a survécu au climat, aux fatigues, aux privations de toutes espèces dans ces régions désertes de l'Amérique. Filisola, né sous le ciel ardent de la Calabre, est peut-être le seul Italien qui jouisse du prix de ses longs travaux. Entré fort jeune au service d'Espagne, après avoir fait les campagnes de la Péninsule contre les Français, il parvint au grade de lieutenant et fut envoyé après la paix au Mexique. Devenu capitaine il se distingua au commencement de l'insurrection par son courage et sa fermeté. Mais bientôt, appréciant la justice de la cause mexicaine, lorsqu'Iturbide était sur le point de succomber sous ses nombreux ennemis, il se déclara pour l'indépendance du Mexique et en assura avec la division qu'il commandait alors le triomphe définitif. Envoyé après cela à Guatemala qui voulait se détacher de la fédération mexicaine, il pacifia cette province par sa modération. Rappelé par le gouvernement à la capitale, il était dernièrement capitaine-général de l'état de Mexico, chéri des soldats et des citoyens, et père et protecteur de tous ses compatriotes que le hasard amène dans ces régions lointaines. La planche représente son costume de général de cavalerie.

MORELOS.

Encore un prêtre patriote : encore un martyr de l'indépendance. Le curé Morelos, après avoir donné les plus grands développemens à l'insurrection, après avoir organisé des armées, après leur avoir imprimé un mouvement qui lui survécut, fut enveloppé dans la même trahison qui livra Hidalgo, Matamoros, et Allende à la rigueur des Espagnols. Il a été nécessaire de présenter beaucoup de costumes religieux, parce que la nation mexicaine offre une physionomie tout ecclésiastique. Le culte et ses ministres sont partout. Dans le Jucatan ils font le commerce, dans les hautes terres ils exploitent les mines, dans les congrès des provinces, et dans les chambres représentatives ils sont très-nombreux. Dépositaires presqu'exclusifs jadis des sciences et des lettres, il n'est pas étonnant qu'ils aient joué un rôle important pour et contre l'indépendance, et que le gouvernement espagnol ait sévi plus particulièrement contre eux que contre les autres, car ils étaient censés devoir être les plus fidèles à la monarchie. Tombés presque tous sous le glaive castillan ce fut des rangs armés qu'ils formèrent que sortirent Guerrero, Bravo, Vittoria et les autres chefs qui maintinrent le feu de la révolution. Au moment où ceux-ci allaient succomber à leur tour Iturbide parut, et ralliant à lui l'opinion générale affermit enfin l'indépendance du Mexique; mais voulant l'exploiter pour son compte, et aveuglé par l'ambition de ceindre le bandeau royal, il fournit à Santanna l'occasion de se mettre à la tête du parti républicain qui le précipita du trône éphémère sur lequel il était monté. Santanna accusé d'ambition dut abdiquer son importance politique, et laissa sans chef le parti démocratique. Maintenant il est entré de nouveau dans la lice, et le temps doit décider de son élévation suprême ou de son exil.

COSTUMES MEXICAINS.

Le Curé Morelos.

Un des chefs de l'insurrection Mexicaine (Fusillé par les Espagnols.)

Pelea de Gallos.

Combat de cogs

COMBAT DE COQS.

Le jeu est la passion caractéristique des Mexicains, tout ce qui est chance les charme, mais il faut dire qu'avec cela ils ne se plaisent pas, comme les Espagnols, à celles qui mettent en danger la vie des hommes, et qui ensanglantent l'arène où elles ont lieu. La course des taureaux n'y est pas un spectacle aussi national qu'en Espagne, ou du moins elle y est réglée de manière à ne pas compromettre l'existence du Taureador. On n'aime pas non plus voir les chevaux éventrés et les taureaux percés par l'épée d'un cavalier. On se contente de les voir abattus par un nœud coulant, et fatigués par l'agilité de leurs poursuivans. Il n'en est pas ainsi du combat des coqs. Cet amusement, qui n'est guère commun en Espagne, fait les délices du peuple mexicain; car il offre un vaste champ aux paris. Ce n'est peut-être pas le spectacle dont on s'amuse, c'est l'occasion de risquer de l'argent qu'on saisit. Un vaste amphithéâtre avait été construit à Mexico pour ces sortes de combats, maintenant on y joue la comédie, et les coqs ont choisi d'autres emplacemens. On ne sait pas de quoi l'on doit s'étonner davantage, de l'acharnement avec lequel se battent ces pauvres animaux jusqu'à perdre l'un ou l'autre la vie pour le barbare plaisir de l'homme, ou de la manie des joueurs qui jettent leur fortune et leur repos au hasard d'un coup d'éperon attaché à la patte d'un bipède emplumé. La planche ci-jointe représente la société mexicaine telle qu'elle se réunit et qu'elle se présente dans l'amphithéâtre des coqs. Hommes, femmes, vieillards, enfans, prêtres, militaires, de tous les rangs, se pressent autour du cirque et s'engagent dans les paris. Un homme parcourt les rangs des spectateurs, pour recueillir et prendre note des gageures. En attendant que les paris soient réglés, les maîtres des coqs les excitent pour qu'ils s'élancent avec plus de fureur au combat : tant qu'un coq conserve un souffle de vie, le combat n'est pas décidé; mais s'il fuit, il s'avoue vaincu, et ses parieurs ont perdu.

ENJAMBÉE DES GÉANS.

La planche qui termine cette collection, représente un amusement qui figure ordinairement dans les solennités et dans les fêtes religieuses ou patriotiques. Nos mâts de cocagne ne sont guère usités dans de semblables occasions. On fait taire alors la convoitise pour se donner le plaisir de cette sensation réservée aux habitans de l'air. On plante un mât de quarante à cinquante pieds de hauteur, surmonté d'une espèce de chapiteau de fer, placé en équilibre sur une pointe également de fer, plantée sur le haut du mât; à ce chapiteau, sont attachées quatre cordes fort solides, qui, relevées à leur extrémité, laissent une boucle assez grande pour que le corps d'un homme puisse y passer, et que la corde lui serve de siège. Les quatre joueurs ainsi placés commencent à courir en s'écartant du mât, et bientôt la force centrifuge se multipliant, ils abandonnent la terre et décrivent en l'air plusieurs circonférences de quelques centaines de pieds en se poursuivant sans jamais s'atteindre, et surpassent en rapidité le vol de l'aigle et du vautour. Une légère atteinte du pied contre terre suffit pour donner un nouvel essor à ces Icares, qui, bien différens de leur patron, n'ont pas à redouter la perte de leurs ailes, ni les gouffres profonds de la mer. Ce jeu qui n'offre aucun danger est un exercice salutaire et économique, qu'on pourrait adopter avec succès dans les maisons de campagne et dans les parcs de plaisance, comme auxiliaire ou remplaçant de la dangereuse escarpolette et des balançoires. Les gymnases de Paris en offrent une espèce d'imitation dans le jeu appelé l'enjambée des géans.

L'enjambée des Géans.
Jeu Mexicain

Linati

EL TEXTO DE ESTE VOLUMEN FUE IMPRESO POR LA

IMPRENTA UNIVERSITARIA

LA REPRODUCCION A COLOR DEL LIBRO DE LINATI

ESTUVO A CARGO DE LA

EDITORIAL DE ARTE, S. A.

DIRECTOR: EUGENIO FISCHGRUND

GRABADOS DE

TOSTADO GRABADOR, S. A.

IMPRESOS POR

EDUARDO CASAS

ENCUADERNADO

POR

ENCUADERNACION SUARI, S. A.

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01272 9481